

HABITANTES SOLITARIOS

**Poéticas del habitar
en la vida doméstica**

Juan Fernando Hernández

MAESTRÍA EN HÁBITAT

Escuela del Hábitat - CEHAP
Facultad de Arquitectura
Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín
2019

Primera edición, septiembre de 2019

© Juan Fernando Hernández, 2019

© Escuela del Hábitat, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín

ISBN: 978-958-783-614-1

Teléfono: 4309427 - 4309428

Fax: 4309430

Correo: habitat_med@unal.edu.co

Carrera 65 Nro. 59A - 110, bloque 24-421, Medellín, Colombia

URL: <http://www.arquitectura.medelin.unal.edu.co/escuelas/habitat>

Maestría en Hábitat. Dirección de tesis: María Clara Echeverría Ramírez

Coordinación editorial: Luis Fernando González Escobar

Corrección de estilo: Silvia Vallejo

Diagramación: Rodrigo Lenis León

Diseño de portada: Leonardo Sánchez Perea

Fotografía portada: Juan Fernando Ospina

Impreso y hecho en Medellín, Colombia por el Centro de Publicaciones,
Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización
escrita del titular de los derechos patrimoniales.

AGRADECIMIENTOS	5
PRESENTACIÓN	7
METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN Y HERRAMIENTAS	
DE TRABAJO DE CAMPO	9
Sobre las diversas fuentes	9
Sobre los instrumentos de trabajo	12
Fases de la investigación	14
CRONOLOGÍA, PERCEPCIONES Y REPRESENTACIONES	
DEL HABITANTE SOLITARIO	17
Habitar a solas: una contextualización histórica.....	17
La colonia: en policía y a son de campana	18
Solteros de la colonia a finales del siglo XIX	22
Género y vida doméstica siglo XIX	24
Solitarios en tiempos modernos.....	26
Una mirada al contexto urbano a partir de 1950	31
Representaciones sobre el habitante solitario.....	32
Nuevas soledades: solteros heterosexuales y gais	33
Milenarias brujas solitarias, solteronas desesperadas y solitarios de <i>Los Simpson</i>	36
Compañía virtual: ¿La soledad asistida o el fin de la soledad?...	38
El hogar unipersonal y el discurso de la vivienda	40
Algunas estadísticas a partir del año 2005.....	46
Cronologías del habitante solitario.....	48
RELACIONES HABITANTE SOLITARIO - HÁBITAT - DOMÉSTICO... 53	
Habitante	53
Habitante-habitar	55
Hábitat	56
Solitarios	59
Habitantes solitarios	66
Poética	68

Doméstico	70
Habitantes solitarios: poéticas del habitar en la vida doméstica.....	73
HABITAR A SOLAS. ESCENARIOS Y PERSONAJES EN LA CONSTRUCCIÓN DEL HÁBITAT DOMÉSTICO.....	75
La morada.....	75
Un cuarto para llorar (crónica).....	78
Los espacios	80
La mansión muerta (crónica literaria)	82
Solitarios de inquilinato	83
Los días de Ernestina (crónica)	84
Ritmos y rituales	85
Cocinar	87
Cocinar o no cocinar, dos formas de alimentarse	88
Adecuar y decorar.....	95
Limpiar y ordenar.....	96
Tiempo de descanso, tiempo de ocio	100
La mirada desde los otros: de amargados a independientes	102
Solitarios involuntarios	104
Se le va cogiendo el gusto (crónica)	104
Género, sexualidad y generación	106
Hombres.....	106
Dos formas masculinas de vivir el mundo doméstico	109
Mujeres	111
La sexualidad por fuera del orden regular.....	113
Jóvenes	116
La vejez	118
Los temores.....	121
Morir a solas.....	123
REFLEXIONES FINALES EN TORNO AL HABITAR SOLITARIO	127
REFERENCIAS	133

A mi madre Constanza Hernández, hermanos Mariluz y Ricardo León y a mis sobrinos Daniel, Verónica, Julián y Miguel Ángel, por soportar mis escasas visitas durante la realización final de este trabajo.

A mi doble femenina Marta Isabel Arroyave Ruiz, estoy contigo en la lucha contra lo aburrido. Luz Amparo Peláez, de tus palabras solo escucho siempre la verdad por más dolorosa que sea, lo cual agradezco. Tengo que nombrar de forma especial a Tatiana Ramírez Hernández por su apoyo incondicional y por compartir conmigo momentos indecibles de angustias, la sola presencia y voz de esta luminosa amiga ahuyenta toda oscuridad dentro de mi espacio interior.

A los profesores y profesoras de la Maestría en Hábitat. No quiero expresarme acerca de ellos con palabras demasiado elaboradas. Simplemente quiero decirles que les agradezco y que compartir con ustedes, un tinto, una chocolatina, unas palabras, acompañan esta ausencia de todo y todos desde donde se asoma mi voz al mundo. A María Clara Echeverría, por entender la libertad y la subjetividad como parte importante en la exploración académica.

Gracias morada amada por permitirme ser y estar. Tus muros, tu techo, tu piso me guardan de asuntos innecesarios y propician noches y días continuos para fraguar mis combates.

Salve mundo externo por reafirmar mi existencia. Gracias cuerpo mío por tu tenacidad y soporte, por el torrente vital de este rostro, este pensamiento, los pilares que me sostienen y estas manos que escriben. Amado seas cuerpo mío por ser esta soledad de piel y sangre.

El presente trabajo propone un tema que parece ajeno a los pensamientos y preocupaciones de la ciudad pero que, sin embargo, constituye una realidad creciente no solo en Medellín, sino en muchas ciudades latinoamericanas. Esta realidad ignorada es la del creciente número de personas que viven solas, quienes a lo largo del texto se denominarán como habitantes solitarios.

El lugar desde donde se encuentran estas mujeres y hombres habitantes solitarios es el de su morada. La forma de abordarlos y de elaborar preguntas sobre el universo al interior del hogar es a través de sus actividades domésticas cotidianas. Por eso, la pregunta principal es: ¿cómo se da el hábitat desde el habitar solitario en lo doméstico? Pregunta que a su vez lleva a al objetivo principal que es explorar cómo se da el hábitat en lo doméstico desde el habitar solitario. Pero antes de resolver este interrogante, para llegar a este objetivo, resulta pertinente preguntarse por las percepciones y representaciones que se han tenido sobre las personas que viven solas, así como por las autopercepciones que tienen los habitantes solitarios de sí mismos. Estas dos últimas preguntas conducirán hacia los objetivos secundarios que apuntan directamente hacia las maneras como se han pensado o ignorado los habitantes solitarios.

En el capítulo "Metodología de la investigación y herramientas de trabajo de campo" se encuentra la forma como se logró hacer esta investigación, las fuentes utilizadas, los instrumentos de trabajo y las fases de construcción del proceso que dieron lugar a una dinámica de trabajo propia. Este breve capítulo da cuenta del tipo de investigación en el que se inscribe el proceso pero que, dada las características flexibles y versátiles de su desarrollo, logró establecer una metodología particular.

En "Cronología, percepciones y representaciones del habitante solitario" se hace un rastreo histórico cuyo objetivo principal es el de indagar sobre las percepciones y representaciones que se han tenido sobre los habitantes solitarios en diferentes momentos de la historia, particularmente en la ciudad de Medellín; sin dejar de lado dichas percepciones y representaciones en otros sitios geográficos, que igualmente han permeado o instaurado maneras de concebir a los habitantes solitarios en la ciudad. En este capítulo hacen su aparición diferentes persona-

jes y elementos del pensamiento en la ciudad que reforzaron dichos imaginarios y percepciones. Finalmente, se trata el tema del discurso sobre el hogar unipersonal y la vivienda, tema que cobra actualidad, especialmente, en el momento de establecer los derechos básicos que al habitante solitario no le son extensibles.

En "Relaciones habitante solitario - hábitat - doméstico" se reflexiona sobre las maneras de construir hábitat desde el interior de cada ser, lo cual implica pensarse como habitante. También se desarrollan los referentes conceptuales sobre lo doméstico y sobre la poética del habitar.

"Habitar a solas. Escenarios y personajes en la construcción del hábitat doméstico" incluye los hallazgos, se desenvuelve el trabajo de campo aplicado especialmente al tema de lo doméstico. Para este fin se diferencian los diferentes ritmos y rituales que se despliegan a diario en la cotidianidad doméstica. También se reflexiona sobre la morada y su importancia en la poética del ser habitante. Igualmente, se busca distinguir las diferentes maneras de ser un habitante solitario, según el género, la sexualidad y la generación. Los temores y el morir a solas también hacen parte de este capítulo, que recoge los pensamientos y las voces de aquellos habitantes solitarios que hicieron parte del trabajo de campo en las entrevistas, las encuestas y las charlas, y que aportaron desde sus palabras elementos significativos en esta exploración.

METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN Y HERRAMIENTAS DE TRABAJO DE CAMPO

El presente trabajo se inscribe dentro de lo que se denomina la investigación cualitativa, como método de investigación usado en las ciencias sociales que busca una comprensión o exploración de las relaciones sociales. La investigación cualitativa se ocupa del entendimiento del comportamiento humano, y trata de explorar y entender las distintas realidades que componen su universo al brindar las diversas herramientas y métodos para su comprensión.

Igualmente, el carácter de esta investigación es de tipo exploratorio, ya que busca documentar un asunto sobre el cual existen pocos antecedentes. Dado entonces el carácter exploratorio se opta por reconocer que la aproximación al objeto de estudio debe nutrirse de distintas fuentes. Ello, en tanto la soledad como el habitar y lo doméstico se constituyen desde diferentes dimensiones o ámbitos (significaciones, expresiones, prácticas, rituales). Ante la falta de bagaje teórico e instrumental amplio se buscó que la metodología fuese lo más flexible y versátil posible. Lo anterior permitió que, a través de la indagación, se estructurara un proceso con lógica propia para aproximarse al objeto de estudio; es decir, a los conceptos sobre el habitante solitario y lo doméstico.

Como vimos, la presente investigación se pregunta: ¿Cómo se da el hábitat en lo doméstico desde el habitar solitario? Lo anterior implica preguntar entonces por el ser cotidiano y doméstico que a su vez es un ser poético y perceptivo. Ese enfoque cualitativo nos conduce a utilizar el método etnográfico con herramientas como la entrevista, la observación directa y participante, la fotografía, la charla informal y la utilización de fuentes primarias y secundarias.

SOBRE LAS DIVERSAS FUENTES

Uno de los descubrimientos para la elaboración de este texto, fue la poca existencia de fuentes históricas sobre hábitat referente a las personas que habitan a solas.

Así mismo, lo primero que se constató, al revisar las fuentes existentes, es que algunas de las percepciones y representaciones sobre los habitantes solitarios continúan incólumes en el tiempo, mientras otras

han tenido cambios significativos, de allí que no son percepciones ni representaciones homogéneas en cuanto a la valoración de estos habitantes.

Una de las fuentes que permite reconstruir la mirada de los otros hacia los habitantes solitarios en el tiempo es la literatura. A través de las líneas de algunas novelas y poemas se recrean estos habitantes, la mayoría de ellos hombres al margen de una sociedad que privilegia la vida en común y la convivencia en familia, epicentro de la organización social. Esa misma literatura parece centrarse más en aspectos como el contexto social y cultural, así como en el carácter psicológico y espiritual de los habitantes solitarios masculinos, ocupándose poco de la forma como ellos resuelven sus asuntos domésticos cotidianos.

Suelen ser artistas, hombres excepcionalmente creativos o disidentes sociales un poco grotescos. Si llegan a aparecer mujeres, domina desde tiempos remotos el tipo de la “solterona”, con sus excentricidades. [...] Es raro que se describa su vida cotidiana; su condición de figura literaria significativa se debe al hecho de ser casos extraordinarios, no a su existencia cotidiana, por lo que son sus rasgos especiales lo que constituye el centro de su interés (Jaeggi, 1995, p. 25).

Sin embargo, a través de las palabras y los perfiles psicológicos de estos personajes literarios pueden visualizarse rasgos parciales sobre esta manera de habitar. Charles Baudelaire escribe en sus *Poemas en prosa* el sentir de un habitante solitario, cuya morada aparece como refugio protector de su existencia en el agitado mundo externo.

¡Al fin solo! Ya no se oye más que el rodar de algunos retardados y desvencijados carruajes. Durante algunas horas disfrutaremos del silencio, sino del reposo. ¡Por fin! La tiranía del rostro humano ha desaparecido, y ya sólo he de sufrir por mí mismo.

Al fin me está permitido descansar en un baño de tinieblas. Primero que todo, dos vueltas a la cerradura. Me parece que esa medida aumentará mi soledad y fortificará las barricadas que actualmente me separan del mundo (Baudelaire, 1996, p. 35).

Además de la literatura existen fuentes como las periodísticas, tales como los reportajes, crónicas o entrevistas, sobre las cuales se puede hacer una lectura selectiva con el objeto de hallar percepciones. Igualmente,

se identifican algunos pocos estudios especializados sobre las formas de habitar, en los cuales el habitante solitario es el protagonista, así como revistas y páginas virtuales en donde la temática del vivir a solas es motivo de preguntas, debates y opiniones entre los cibernautas.

El cine y la televisión se presentan también como potencial medio de lectura de algunas de las de percepciones y representaciones sobre las mujeres y hombres solitarios, así como sobre el habitar a solas. Esas mismas percepciones y representaciones de la realidad pueden encontrarse además en algunos personajes creados para cómics y programas de televisión, como *El Chavo del ocho*, *Los Simpson*, entre otros, que aportan elementos de análisis sobre las percepciones acerca de las personas que viven solas.

Un texto transversal que sirvió de apoyo fundamental a lo largo de todo el trabajo es el de Eva Jaeggi, *Vivir a solas: una opción moderna*. Esta psicoterapeuta hace una exploración y exposición de las situaciones más frecuentes por las que atraviesan hombres y mujeres que, por una u otra circunstancia, habitan a solas el espacio doméstico y desarrollan actividades como cocinar o decorar, entre otras, que identifican los momentos de la vida doméstica donde estos habitantes se confrontan necesariamente a sí mismos y asumen el cuidado total de su existencia.

Para desarrollar el capítulo de contextualización histórica se recurrió a los textos de historia sobre la vida cotidiana, que representaron un insumo de vital importancia ya que incluyen además el análisis de los distintos momentos económicos, sociales y políticos desde donde se elaboraron las diferentes percepciones sobre los habitantes solitarios. Importantes también son los documentos oficiales, como los decretos que regulan los auxilios para vivienda que brinda el Estado, ya que en estos se evidencia cómo se privilegia a los grupos familiares y se desconoce a las personas solas.

En "Relaciones habitante solitario - hábitat - doméstico" se abordan textos especializados en hábitat, en especial el texto *¿Qué es el hábitat?* de la Escuela del Hábitat de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, en el cual escriben autores como María Clara Echeverría Ramírez que incluye elementos de reflexión sobre los conceptos del habitar, el habitante y, desde luego, el hábitat. Otros autores se refieren a temas específicamente relacionados con la soledad o el vivir a solas, por ejemplo en el texto *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, texto histórico y filosófico que da elementos para una reflexión del concepto de la soledad. También se encuentran autores que desarrollan este concepto: de un lado, Norbert Elías; del otro, la psicoterapeuta Florence Falk con el texto *Yo sola, el arte de aprender a disfrutar de la soledad*. Gaston Bachelard, por su parte, en su texto *Poética del espacio*, tributa valiosas

reflexiones que ponen a la soledad como protagonista de la poética que comprende el habitar los espacios y los recuerdos.

En "Habitar a solas. Escenarios y personajes en la construcción del hábitat doméstico" se analiza la información recogida mediante las entrevistas y encuestas, la cual se confronta, en la mayoría de los casos, con algunos de los textos ya citados que han servido en la contextualización histórica, y de forma especial en el capítulo conceptual. Su objetivo es exponer los hallazgos que se han encontrado tanto en la parte teórica como en el trabajo de campo.

SOBRE LOS INSTRUMENTOS DE TRABAJO

Antes de la elaboración de los instrumentos de trabajo se especificó el tipo de habitantes solitarios, hacia quiénes estaba dirigida la encuesta y la entrevista. Para la encuesta y las entrevistas con los habitantes solitarios se privilegiaron entonces los siguientes perfiles:

1. Mayores de 18 años.
2. Que dependieran en mayor grado de sus propios ingresos, o que si recibían auxilios lo hicieran por vejez o pobreza (con este requisito quedaban excluidos, por ejemplo, los estudiantes de provincia o de otras regiones del país que reciben ayuda de su familia para sus estudios y manutención).
3. Que no convivieran con nadie, lo cual excluye incluso a los padres o madres con niños, ya que en estos casos los ritmos domésticos varían en función de los hijos y no dependen de forma exclusiva del habitante solitario.
4. Se tomó en cuenta al habitante solitario de inquilinato, ya que a pesar de que habita en un morada donde hay otros ocupantes su espacio central está constituido sólo por su pieza, cuarto o habitación, en la cual se arraiga al mundo y desarrolla su vida doméstica.
5. Que viviese solo o sola al menos un año.

Como instrumentos de investigación se acudió tanto a la entrevista formal como a charlas informales, encuestas, observación de campo y registros fotográficos.

En el desarrollo de las encuestas se pidió consentimiento para grabar la conversación, ya que algunas reflexiones y respuestas más amplias no eran suficientes con el formato de la encuesta. También se recurrió a las charlas informales, las cuales, sin ser necesariamente entrevistas semiestructuradas, tenían una intencionalidad sobre los temas propuestos y permitían que las personas dieran su opinión libremente. Es importante

anotar que en este texto final los nombres de las personas entrevistadas aparecen modificados para proteger su privacidad.

Se realizó la encuesta a veinte personas de distinto género, estado civil y estrato social, para tener una muestra lo más amplia posible. Las charlas o entrevistas abarcaron los mismos encuestados, y se hicieron otras cinco charlas informales adicionales sin encuesta, dado que estos habitantes pidieron dialogar libremente pero sin responder la encuesta ni ser grabados. En total, fueron abordados veinticinco habitantes solitarios. A diez de ellos se les hizo un seguimiento a profundidad que incluyó varias charlas y visitas. El propósito de este seguimiento fue indagar a profundidad sobre la esencia del habitante solitario y sus formas de habitar, dado que la información suministrada inicialmente no lograba captar aspectos más íntimos de su cotidianidad.

Los entrevistados y encuestados fueron abordados con cita previa, algunos eran personas conocidas y otros accedieron luego de ser presentados al entrevistador por una persona que sirvió de enlace.

Se elaboró también una segunda encuesta de diez preguntas que buscaba indagar la percepción sobre los habitantes solitarios. Esta fue dirigida al público abierto y se desarrollaron cincuenta. Con la información de estas encuestas se crearon algunos cuadros estadísticos que acompañan la reflexión del trabajo de campo.

Las encuestas y las entrevistas se realizaron directamente en la vivienda de los habitantes solitarios con dos propósitos: el primero fue hacer observación directa sobre la morada, los objetos y la forma como el entrevistado habita. Cabe resaltar que la observación inicia desde el recibimiento en la morada y pasa por las diversas cordialidades y actitudes del entrevistado. El segundo, con el consentimiento de los habitantes encuestados y visitados, se buscó hacer un registro fotográfico de los interiores de las moradas, el cual incluyó el interior de las alacenas, las neveras y los clósets. De los veinticinco habitantes solitarios entrevistados todos mostraron un nivel de actitud abierta a las preguntas.

Algunas fotografías tienen intencionalidades que van más allá del plano estético y buscan hacer una lectura más profunda del universo doméstico de los habitantes solitarios. Por ejemplo, según el grado de confianza que se percibiera en la conversación se pidió autorización al habitante para fotografiar el interior de la nevera y las despensas; esto permitió armar una idea de la frecuencia con la cual los habitantes mercan o compran sus productos alimenticios, lo que habitualmente prefieren, lo que les gusta para cocinar y la frecuencia con que lo hacen. Se pidió permiso también para fotografiar los baños, alcobas, comedores, bibliotecas, lo cual facilitó observar el orden e importancia que se le da a ciertos objetos y, desde luego, tratar de establecer en estos objetos parte de su mundo interior, de su memoria personal.

Observar y fotografiar el ropero o clóset también ayudó a hacer una lectura de la forma como el habitante conduce su mundo. Igualmente, esta actividad ofrece al investigador importantes insumos para explorar ese mundo que se quiere abordar. Un simple vaso de agua, un tinto, un refresco con galletas, una merienda o hasta un elaborado almuerzo son elementos de observación que brindan aspectos distintivos del habitar solitario. Son actitudes y hábitos que llevan palabras del anfitrión, de su condición económica, de la disponibilidad de su tiempo para atender visitas o citas, de la calidad como anfitrión, de la imagen que desea o no proyectar de su morada, de sus habilidades culinarias o del desconocimiento de las mismas, de lo aprendido en la familia y en el mundo, de la forma en que conduce ciertas eventualidades domésticas y de la cultura en la cual creció, entre otras cosas.

También es una forma de leer los ejercicios de microterritorialidad del habitante solitario y del habitar doméstico con sus objetivos, sensibilidades y formas de comprender el mundo de la interioridad del ser puesta en las cosas y de marcar sus espacios y dotarlos de sus propios sentidos. Los espacios domésticos son los territorios que el habitante solitario construye con la distribución de los objetos y esto se constituye desde su espacio interior.

FASES DE LA INVESTIGACIÓN

1. Contextualización histórica: esta primera fase permitió identificar los períodos y temas. Dadas las características flexibles de la metodología se pudieron abordar diferentes tipos de fuentes, como se enumeró anteriormente. De esta primera parte se deriva una cronología que aparece a lo largo del capítulo "Cronología, percepciones y representaciones del habitante solitario" y se especifica aún más al final de este. Dicho capítulo histórico es transversal a todo el proceso de la investigación.
2. Aplicación de los instrumentos en trabajo de campo: el trabajo de campo y la aproximación teórica-conceptual se estructuraron simultáneamente, a partir de lo cual se avanzó en la interpretación para identificar los hallazgos emergentes en la investigación.
3. Por último, se procedió a la interpretación de la información y hallazgos, se sistematizaron las respuestas de las encuestas y entrevistas, se ingresaron a una base de datos y se graficaron las respuestas que los entrevistados respondieron en las encuestas. Estas respuestas se acompañan de la reflexión que brindan las fuentes y

de las reflexiones propias con base en todos los elementos explorados. De lo anterior se procedió a construir las reflexiones centrales y hallazgos clave del trabajo.

CRONOLOGÍA, PERCEPCIONES Y REPRESENTACIONES DEL HABITANTE SOLITARIO

HABITAR A SOLAS: UNA CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA

Hacer una exploración histórica sobre las personas que habitan en solitario parece asunto sencillo; pero cuando se intenta buscar respuestas en clave de hábitat sobre esta forma de habitar la bibliografía se hace menos generosa, lo cual obliga a un rastreo de múltiples fuentes en las cuales el ámbito del habitar cotidiano de quienes habitan solos no se halla de forma explícita, pero sí de manera implícita en algunas fuentes que se describen más adelante.

Razón por la cual se hace un primer acercamiento a los habitantes solitarios y a las valoraciones sobre estos desde la historia, como disciplina, permite explorar percepciones y representaciones que a lo largo del tiempo se encuentran arraigadas en las formas de organización social.

La historia incluye tiempo y percepción, elementos desde los cuales se quiere ubicar a los habitantes solitarios como punto focal de las memorias del habitar; para obtener una mirada retrospectiva sobre esa manera particular de habitar. Este ejercicio pretende aportar nuevas imágenes y temáticas que nutran las memorias sobre el hábitat en la ciudad de Medellín.

Antes de iniciar esta contextualización es pertinente hacer tres aclaraciones importantes:

1. Aunque la presente exploración se hace con el fin de configurar referentes históricos esta no se basa en su totalidad en documentación histórica, sino que acude a diversas fuentes, como se especificó en la metodología.
2. La documentación tampoco se refiere en algunos casos al hábitat ni necesariamente al habitar, sino a ciertos sentidos otorgados a los hombres o mujeres solas en distintas épocas, desde los cuales se hacen diferentes conexiones con el habitante, el habitar y el hábitat.
3. Es preciso recordar sobre el carácter exploratorio en la historia; lo cual se hace necesario y fundamental, ya que aporta una mirada en

retrospectiva que, como se ha dicho, permite leer las percepciones en el tiempo. Sin embargo, no se trata de un trabajo específicamente historiográfico, aunque no por ello deje de abarcar la rigurosidad que esta disciplina merece en su tratamiento.

El lugar de partida para esta exploración es la época colonial en la Nueva Granada, y después el siglo XIX en la Villa de Nuestra Señora de La Candelaria. Posteriormente, se rastrearán las percepciones sobre las personas solteras a finales del siglo XIX y principios del XX en la ciudad de Medellín, los solitarios en tiempos modernos de la industrialización, algunas representaciones sobre los habitantes solitarios, así como el concepto de hogar unipersonal y la relación de este con la vivienda de interés social.

LA COLONIA: EN POLICÍA Y A SON DE CAMPANA

En la Europa medieval toda persona debía pertenecer a una “casa o solar conocido”, es decir, que a todo hombre o mujer, fuese siervo o noble, le correspondía identificarse con un lugar, casa y grupo humano que le eran comunes y con los cuales habitaba. Esa pertenencia significaba que por norma se tenía una familia y una comunidad en la cual se representaban los individuos.

No obstante sin tu “casa”, tu clan (familia, servidumbre, parentela) no eras nadie. No era necesariamente la familia en un sentido actual, sino simplemente en una asociación mayor. Vivir solo era muy peligroso. En la época posterior a las grandes migraciones había bandadas de desarraigados que iban de un lado a otro devastando los señoríos y las residencias; los solitarios tenían menos posibilidades de sobrevivir; además de que también era un problema económico (Werner citado por Jaeggi, 1995, p. 35).

La pertenencia a una casa se extendió hasta el nuevo mundo y llegó al Nuevo Reino de Granada y la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria. Era común que los españoles que arribaban fuesen recibidos por una familia ya afincada en las colonias americanas; de esta forma el recién llegado no se instalaba solo y decía pertenecer a la casa de la familia que lo acogía. Esta forma de organización, que excluía el habitar solitario como opción, permitía a su vez un control por parte de las instituciones coloniales.

Al contrario de la ciudad gótica, en la cual varias familias se hacinaban en una misma habitación y donde la promiscuidad apenas venía siendo combatida por la iglesia, la ciudad absoluta impone la distribución por familia, haciendo de ellas la mínima unidad organizativa a partir de la cual se controlan y gobiernan los vasallos. Las mismas leyes de indias obligan a cada vecino de poblado a casarse y tener una casa: “Que los vecinos sean persuadidos a casarse [...] Mandamos que el que tuviere a su cargo el gobierno amoneste y persuada a los solteros a que se casen, si su calidad y edad lo permitiera” (Jaramillo, 1988, pp. 43-44).

La vida en estas ciudades coloniales marcó la pauta en cuanto a modelos de conducta moral y convivencia urbana, preceptos que se prolongaron en los años posteriores.

Ese discurso moral se introdujo en todos los órdenes de la vida cotidiana al buscar el control del comportamiento en las personas y aún más de las solitarias, ya que al no habitar acompañadas se decía que no pertenecían a una casa o familia, lo cual los hacía aparecer como transgresores del orden normativo y sospechosos de una conducta moral poco adecuada. Las fronteras entre lo público y lo privado aún no se definían, mientras el sonar religioso de las campanas marcaba el orden de las rutinas diarias: De acuerdo con el modelo colonial se debía vivir “en policía y a son de campana”; es decir, congregados en orden y alrededor o cerca de una iglesia. Ello permitió el control de la moral pública (Garrido, 1996, p. 140).

El chisme, la conseja y en general los rumores se perfilaron como mecanismos de control sobre el comportamiento de los parroquianos, la moral ajena era asunto que a todos competía. No obstante, en medio de aquella sociedad dominada por la moral católica y temerosa del habitar de los cuerpos en soledad, muchas personas fueron habitantes solitarios, consecuencia lógica de la multitud de azares en la vida humana, es decir, de la viudez, del abandono de la familia o el cónyuge, de la muerte de las personas con quienes se convivía. En las clases altas la soltería y la viudez eran los motivos más comunes para habitar en solitario:

Al observar en detalle a las personas que vivían en cada una de las casas de estas ciudades, se ha revelado un hecho sumamente interesante; el crecido número de personas solitarias que las habitaban. Se trataba de gente adulta que compartía una vivienda, en la que recibía compañía

y servicios. Podía tratarse de una viuda con una esclava, o de dos mujeres de las castas que vivían solas; no faltaban hermanos que se habían conservado célibes y decidían no separarse, comerciantes acompañados de un sirviente y ancianos asistidos por una esclava. Los ancianos ricos o de condición modesta viudos o solteros, podían asistir-se de sirvientes. Los infortunios de la existencia parecían acercarlos en busca de ayuda mutua (Rodríguez, 1996, pp. 111-112).

Sorprende a los estudiosos de la época colonial la composición de los hogares en el Reino de la Nueva Granada debido a la proporción de la existencia de un alto número de personas que vivían solas. Pablo Rodríguez en el texto *Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada siglo XVIII* (1997) señala:

Un fenómeno que causa sorpresa es la proporción de hogares constituidos por solitarios o por personas que no conformaban una unidad familiar. Entre un 17% y un 27% de los hogares tenían esta característica. Ahora, interesa observar que los hogares de solitarios son menores en Medellín, donde las familias nucleares son mayores y las extendidas y polinucleares son menores. A su vez, son mayores en Tunja y Cali, donde las familias nucleares son menores y las ampliadas y polinucleares mayores. Cartagena de Indias presenta un patrón similar al de las dos ciudades anteriores; no obstante, por su carácter portuario y de ventana al Reino, podría pensarse que era la más llamada a presentar un mayor número de hogares de solitarios (pp. 63-64).

En relación con las cuatro poblaciones citadas para el año 1777, la población de habitantes solitarios en Medellín era reducida frente a las familias nucleares que ocupaban el mayor porcentaje en la estructura de los hogares, lo cual se puede observar en el siguiente cuadro:

Cuadro 1. Estructuras de hogar (en %) año 1777

Tipo de familia	Tunja	Cartagena	Medellín	Cali
I. Solitarios	27	25	17	18
II. Nucleares	55	60	78	53
a. Cónyuges sin hijos	38	39	52	36
b. Cónyuges con hijos	9	10	16	4

c. Viudos con hijos	1	2	2	2
d. Viudas con hijos	7	9	8	11
III. Ampliadas	6	6	3	17
IV. Múltiples o polinucleares	12	9	2	10
Total	427	2.300	510	981

Fuente: Rodríguez (1997).

Por su parte, la situación para las mujeres que habitaban solas fue más difícil, pues se convertían en blanco fácil de los comentarios y señalamientos. Era poco concebible que una mujer pudiese vivir en solitario, sin la compañía de un varón que la defendiese, pues una mujer, y más aún joven, solía ser vulnerable a todo tipo de ataques, situación que ya se había presentado en la Edad Media europea:

No era habitual, pero siempre se presentaban casos de mujeres que se veían obligadas a salir adelante por sí mismas; a menudo habían sido expulsadas de su pueblo, tal vez porque esperaban un hijo, porque habían sido objeto de cualquier rumor, o simplemente porque todos sus parientes habían muerto. Si no recibían la protección de alguna anciana se les consideraba presa fácil; los jóvenes entraban por fuerza a sus habitaciones, las violaban y hacían del dominio público su hazaña, lo que significaba la condena social para las afectadas (Werner citado por Jaeggi, 1996, p. 39).

En el Nuevo Reino de Nueva Granada la forma de habitar en solitario de las mujeres estuvo condicionada por el rango social al cual se pertenecía. En las castas altas las mujeres se encontraban mejor protegidas. Al finalizar la época colonial la Corona española optó por un control más fuerte sobre las formas de habitar en las colonias. Se intentaba saber quién vivía en cada casa o choza y en compañía de quién o quiénes, en cuyo caso los habitantes solitarios se convertían en elementos que atentaban contra el orden que se quería reestablecer, tras los intentos de liberación del dominio español.

Especialmente después de la Revolución de los Comuneros el gobierno español intentó recuperar de nuevo el control; se dictaron disposiciones en las provincias de la Nueva Granada para buscar la sumisión a la Corona española; en aquellas disposiciones se lee el temor hacia los cuerpos y pensamientos aislados, ya sea que viviesen como vagos y deambularan por los poblados y villas o como habitantes solitarios en algún domicilio.

El bando que se publicó en 1782 no sólo mandó a recoger volantes sediciosos, libelos infamatorios y pasquines de la pasada revolución, sino que también ordenó a los alcaldes de barrios a dar noticia de los vagos y ociosos, y a los caseros de sus inquilinos [...] los casados separados fueron compelidos a reunirse y hacer vida con sus respectivas mujeres (Garrido, 1996, p. 144).

Los discursos religiosos y civiles continuarían reglamentando espacios, formas de habitar, de ser, de estar y de relacionarse. Dichos discursos llegarían a la época republicana y sus ecos aún se escuchan.

SOLTEROS DE LA COLONIA A FINALES DEL SIGLO XIX

Durante la Edad Media la soltería no era considerada como vergüenza, como sí ocurriría después con el nacimiento del ideal de la familia burguesa del siglo XIX: “El matrimonio no era como hoy una comunidad de sentimientos, sino un asunto social; por esta misma razón tampoco la soltería era un asunto privado, sino más bien una condición social” (Werner citado por Jaeggi, 1996, p. 38).

En la sociedad colonial del Nuevo Reino de Granada el temor a la soledad era común entre las mujeres jóvenes pertenecientes a las familias nobles, quienes al no encontrar pareja de su misma casta debieron enfrentar la soltería o la vida conventual. La unión libre, o amancebamiento, fue considerado un delito y se castigaba en todas las castas.

El cuerpo de las doncellas en edad de matrimonio era objeto de constante observación en cuanto a eventuales cambios que delataran una posible preñez, y los padres que no tenían suficiente dinero para la dote de matrimonio de sus hijas optaban por la vida conventual, antes de verlas con un “desigual” o con un embarazo que mancillara el nombre y la sangre de la familia. En ese sentido es ilustrativo el caso de los promotores de un convento en la ciudad de Pasto en el año 1585: “La necesidad de la obra no da espera, sino antes bien urge darle principio, pues las doncellas principales por su falta de dote no pueden casarse como su calidad lo requiere y lo que la prudencia aconseja en tal emergencia es meterlas a un convento” (Ortiz citado por Zuleta, 1996, p. 425).

Otro temor radicaba en habitar en soledad tras la viudez, en cuyo caso también el convento se presentaba como única opción para algunas mujeres que evitaban vivir en solitario:

Es el caso de doña María de Noba en la ciudad de Tunja, viuda de don Pedro Jove, quien tenía una hija, Juana de

San Joshep, profesa en el monasterio de La Concepción y que “a causa de que otros hijos varones que tiene son frailes en el convento de La Candelaria, y de estar desocupada de hijos en el siglo, ha muchos días que desea entrar por monja a ese convento, así por acompañar a su hija como por vivir y acabar en este hábito, empleándose en el servicio de Dios” (Mantilla citado por Zuleta, 1996, p. 428).

El convento, y en general la vida religiosa, se mostraron igualmente como una alternativa para los solitarios de solemnidad, quienes optaban por una vida espiritual en clausura, situación que continuó presentándose en el siglo XIX.

En la constitución de 1821 se definía como ciudadanos a los varones mayores de 21 años casados, que tuvieran renta propia, propiedad raíz o profesión y que supieran leer y escribir. Cuando en esta constitución se le dio el título de ciudadanos solo a los varones casados no se dejaba de lado, únicamente, el reconocimiento a la mujer, sino que a la vez se desconocían también como ciudadanos los hombres que optaban por la soltería y el habitar solitario. Esta constitución definiría la importancia que cobraría la institución de la familia a lo largo del siglo XIX, basada en los preceptos del ideal de familia que se impusieron desde Europa.

Durante el siglo XIX, el modelo familiar posee tal fuerza normativa que se impone a las instituciones lo mismo que a los individuos y crea vastas zonas de exclusión, más o menos sospechosas, donde las reglas de la vida privada, e incluso el derecho a esta vida, parecen más problemáticos. Pero no por ello dejan de existir. La proporción de célibes y solitarios, temporales o permanentes, por necesidad o por libre decisión, es en efecto considerable (Perrot, 1989, p. 293).

Los procesos de industrialización y urbanización fueron la base en el florecimiento de la familia burguesa. El matrimonio y la vida en familia se presentaron como el ideal de los hombres y mujeres tras la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción en el año 1845. La vida en solitario se convertiría en una vergüenza que el común de las personas trataría de evitar: “La vida en pareja era la meta común de hombres y mujeres desde temprana edad. Todos querían ‘casarse’, por amor, por aburrimiento o para escapar del hogar paterno y poder adquirir así un poco de independencia” (Reyes y González, 1996, p. 216).

La situación para las mujeres que vivían solitarias y solteras en Medellín a finales del siglo XIX es tan lamentable como para las mujeres europeas en ese mismo período. Más lamentable aún que la condición de los hombres solteros o que habitaban solitarios.

La mujer sola suscita suspicacia, reprobación o burlas. El solterón tiene sus manías; pero resulta más divertido que propiamente lastimoso. La solterona, en cambio, con su apariencia desmirriada, huele a rancio. Este “ser improductivo” (Balzac) causa bochorno. Agria, maldiciente, intrigante, incluso histérica, malvada, resulta inquietante [...] atareada como una araña en la ciudad (Perrot, 1989, p. 305).

No obstante, en una ciudad como Medellín también la sexualidad del hombre soltero, que vivía en solitario resultaba molesta y sospechosa para una sociedad que no concebía además cuestiones tan sencillas como a un hombre que atiende sus propios asuntos domésticos, los cuales continuarían considerándose oficios propios del género femenino durante todo el siglo XIX y XX.

GÉNERO Y VIDA DOMÉSTICA SIGLO XIX

En el marco de la organización social, la práctica de las labores domésticas ha servido como elemento que garantiza la unión de la familia nuclear y a partir de esta se establece la organización social. Un ejemplo de lo anterior se desarrolló a mediados del siglo XIX con la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. En el año 1854, con el anuncio de dicho dogma, la mujer pasó a convertirse en la figura que garantizaba el buen funcionamiento de los asuntos cotidianos del hogar y la cohesión de la familia. La imagen femenina fue comparada a la de María madre de Jesús, un ser asexuado de carácter dulce y compasivo cuyo rol se desarrollaba al interior del hogar; y los asuntos domésticos fueron tomados como propios del género femenino para dejar al hombre excluido de los mismos. Esta forma de pensar se visualiza claramente en algunos refranes populares: “los hombres son de la calle y la mujer de la casa”, “los hombres en la cocina huelen a rila de gallina”.

Desde finales del siglo XIX se gestaron las figuras del “ama de casa” y la “reina del hogar”, títulos que reafirmaban el confinamiento femenino a los espacios domésticos. Al hombre, por su parte, se le concedió el dominio de los espacios públicos. Tal organización del universo, con relación al hogar, impidió el surgimiento intelectual y político femenino;

al tiempo que la poética masculina como habitante de su morada fue castrada o cuestionada. Esa situación hizo que las mujeres fueran dependientes en muchos aspectos, especialmente en el económico, pero igualmente tornó dependiente al hombre en términos del cuidado de sí mismo, al quedar bajo el cuidado de la mujer, bien fuese de su madre, de su esposa, de su hermana o de su criada; además de convertirlo en un ser inactivo en los ritmos cotidianos del hogar. La naturalización social de los oficios como propios de determinado género creó así tanto dominaciones como discriminaciones y divisiones entre la ocupación de los espacios domésticos y públicos.

Algunas novelas y escritos de finales del siglo XIX, y aun del siglo XX, retratan al hombre solitario como un fracasado que cae irremediablemente en las garras del vicio; la vida doméstica de estos hombres parece ser inexistente ya que sin una mujer no saben cuidarse a sí mismos.

En la novela *Hildebrando*, del antioqueño Jorge Franco Vélez, el personaje protagonista evidencia una nueva crisis cuando por consecuencia de su alcoholismo debe vivir solo, primero en una pensión del barrio Guayaquil en Medellín y luego en un apartamento donde su situación se torna desesperante, pues no logra alimentarse bien ni cuidarse. En su vida doméstica solo lo acompaña el licor y el declive signado por su soledad.

Hildebrando, con la pérdida de la clientela de albañiles y chanceros, se quedó con la escasa [clientela] particular que aún le era fiel. Sus ingresos consistían en los intereses producidos por la cesantía que le pagaban en la universidad, más lo poco que ganaba libremente. Alcanzaba así a duras penas a mal comer, a consignar el alquiler del apartamento en el banco y a beber. No volvió a mandar un centavo, a su casa, ni a comprar un libro, ni un disco, ni a asistir a conciertos ni a cine (Franco, 1994, p. 617).

En una conversación con su mejor amigo, Hildebrando le describe algunas de sus rutinas y la angustia permanente en la que vive:

Pues hoy al amanecer me fui gateando hasta la ventana y la abrí, y arrodillado, y con los brazos abiertos, volteando a ver para arriba, me puse a rezar esta oración:

¡Dios mío, quítame esta puta vida! ¿No te parece muy bella?

—Hermosa y muy expresiva— asentí. Mi amigo prosiguió:
—En esa soledad, y todo confundido me preguntaba:

¿Quién soy yo? ¿Por qué tengo que beber en esta forma tan asquerosa?

Hildebrando se tomó cinco o seis tragos más, y no hizo ningún otro comentario. Después, cerramos el consultorio y lo lleve a su apartamento. En silencio nos despedimos y sentí que por mi mejilla rodaban lágrimas fraternales (Franco, 1994, pp. 619-620).

SOLITARIOS EN TIEMPOS MODERNOS

A comienzos del siglo xx la soledad, la soltería, y en general la vida en solitario, continuó causando temor en las personas jóvenes de Medellín. Los criterios de la familia nuclear fueron la representación de la sociedad medellinense.

En el Medellín de principios de siglo una vivencia en común de la soledad, para ambos sexos es el estado de soltería, esto es, vivir solo en un medio social que se organiza en familia, en el que el sueño de felicidad es cifrado predominantemente en la realización del matrimonio, en la vida de pareja bajo un hogar legalmente constituido; estar solo significa un fracaso y es visto como motivo de un permanente dolor (Garcés, 1992, p. 143).

En la novela *Kundry* de Gabriel Latorre, que se desarrolla en Medellín, se lee:

Carolina, ahora en edad casadera (20), no veía más en su amor que lo deseado por toda mujer honorable: el matrimonio. La sociedad señala a las solteras y ella no quería eso. Todas sus amigas se estaban casando y una especie de vacío de soledad estaba rondando. Con cada nuevo anuncio de matrimonio se sentía burlada. “¿Cuándo es tu turno?” le preguntarían sus amigas, y esa pregunta a la que no sabía responder, la haría sentirse con ganas de arañar a la mujer exitosa, que despertaba sentimientos profundos de odio, de chuzar algo, de gritar, de insultar. Esa pregunta se estaba volviendo más frecuente y la hacía sentir como si la estuvieran abofeteando. Sentirse quedada ¡oh! Primero la muerte, el convento cualquier cosa (Latorre citado por Payne, 1986, p. 175).

De forma paralela al deseo de conformar una familia con la cual vivir el resto de la vida crecía el nivel demográfico de la naciente ciudad moderna de Medellín de principios de siglo xx, como consecuencia del proceso de industrialización. Ese aumento en la población conllevó paradójicamente al anonimato y la soledad a la cual se vieron abocadas las personas entre la multitud: “La sociedad Moderna hace infelices a los individuos. El dinero y la división del trabajo son las dos formas sociales paradigmáticas de un tiempo que consigue atrapar al individuo en una red de alienación, extrañamiento y soledad” (Béjar, 1995, p. 108).

Medellín pasa entonces de ser una mediana y tranquila aldea, donde las personas solían conocerse y en la cual el espacio público era un escenario que contribuía al control moral de los aldeanos, a convertirse en una pequeña ciudad a la cual llegaban cada vez más personas desconocidas, atraídas por la naciente industria. Es decir, en la otrora mediana aldea las personas tenían la oportunidad de relacionarse entre vecinos, familiares y conocidos, lo cual fortalecía las identidades de cada quien por medio del reconocimiento de los otros; por el contrario, en la agitada y naciente ciudad moderna de las primeras décadas del siglo xx este reconocimiento hacia los otros se diluyó entre la multitud desconocida.

En el Medellín de las primeras décadas del siglo xx, y de forma especial a partir de los años veinte, se evidenciaba un agitado comercio, multitudes envolventes que generaban hastío en los individuos haciéndolos volverse hacia sí mismos.

La multitud presente en la calle comienza a generar sentimientos de individualidad; hombres y mujeres comienzan a separarse, pues son tantas las miradas de seres desconocidos que cada uno dirige el pensamiento a sí mismo; el nuevo ciudadano en la calle se ve enfrentado con su individualidad, con su indiferencia, y ante ella ve la necesidad de afirmar los motivos que lo separan de los otros, ya que en la urbe no hay tiempo para hablar, ella nos envuelve en un torbellino de acción; aparece el culto al yo (Garcés, 1992, p. 151).

Los nuevos ordenamientos sociales, producto del cambio de la aldea a urbe moderna, trajeron consigo igualmente diferentes formas de relacionarse, así como otras concepciones sobre los espacios públicos y privados, y puede decirse que el concepto de lo privado y lo público se afianza a medida que la urbe se autoprocama moderna y crece en población y territorio.

Todos los cambios que tuvieron lugar en Medellín, principalmente a partir de los años veinte, introdujeron en la vida pública transformaciones significativas. La calle se convierte en un lugar de vida, las actividades comerciales se incrementan, los lugares de ocio, bares, cantinas, esquinas crecen notoriamente; la calle toma pues, una nueva vida, adquiriendo otros ritmos de movimiento, de cambio y de aceleración de la vida social (Garcés, 1992, p. 147).

Las nuevas formas de ser y estar en los espacios públicos fueron elementos claves que contribuyeron en el proceso de individuación, lo cual posibilitó el habitar en solitario: “El individuo comienza a tener existencia justo cuando aparece la multitud, ambos son fenómenos o sensaciones creadas por la ciudad” (Garcés, 1992, p. 152).

El individualismo se acentúa cada vez más a medida que la ciudad crece en población y territorio, se cierran los círculos alrededor de la familia y los amigos íntimos, o simplemente la soledad se convierte en alternativa de vida, aunque continúa mirándose de mala manera y con temor por la mayoría de las personas. Igualmente, la vida doméstica adquiere un renovado valor, en la cual se encuentra el refugio ante la multitud desconocida. El individualismo conlleva además a la toma de conciencia sobre los derechos políticos de los individuos. No es coincidencia que en la década de los años veinte del siglo xx surjan en Medellín personajes como María Cano, y que se hable del derecho de la mujer al voto. Acto que posteriormente posibilitaría la separación de la mujer mediante su individuación legalmente otorgada, al encontrar su propio sentido por fuera, incluso, de su rol familiar.

El individualismo, fenómeno característico de las sociedades democráticas, contiene elementos originales: el aislamiento del prójimo considerado como multitud, el retiro a una privacidad compuesta por los más íntimos, el abandono de la gran sociedad y el repliegue en la vida doméstica. El individualismo emerge en condiciones históricas que hacen posible la ciudadanía, es decir, el reconocimiento del individuo como unidad política (Béjar, 1995, p. 58).

La individualización no involucra explícitamente la soledad, ni al aislamiento de los otros. Es más bien una nueva conciencia en los seres en la cual están inmersas las decisiones que nacen de las subjetividades y que afectan sus relaciones con el mundo social en donde se desarrolla la existencia.

La individualidad se contrapone a concepciones simplistas, que la homologan a la soledad o a la autosuficiencia. [...] La individualización conlleva a la articulación de los procesos sociales, en los cuales se hace presente la cohesión social. La individualización, la diversidad y el hedonismo, son expresiones de la cultura occidental; se encuentran articulados al campo de lo simbólico y de lo social (Uribe, 2010, p. 61).

La apertura a la ciudad moderna hace una contribución, no sólo al surgimiento de la individualidad, sino también a la diferenciación acentuada entre el espacio privado y el público; en el primero, la vida doméstica ofrece el encuentro consigo mismo y las identidades propias de la familia y el individuo; y en el segundo, las identidades se desvanecen en el anonimato y el tumulto.

Lo público es, por último, el espacio de lo común, frente a lo privado que es el ámbito de la separación y la diferencia. La arena pública es el lugar donde todos se encuentran y donde la reunión de individuos iguales nubla toda particularidad en la atonía de una colectividad convertida en masa. Por el contrario, el espacio privado es el marco de los matices, del despliegue de las capacidades singulares y únicas (Béjar, 1995, p. 58).

Igualmente, la vida doméstica presenta modificaciones. El uso de los nuevos espacios públicos unido a las atracciones de la ciudad moderna y el desarrollo de la tecnología modificaron algunos ritmos y labores al interior del hogar; especialmente en los hogares burgueses, los cuales inicialmente tuvieron acceso a las primeras tecnologías domésticas que de forma lenta transformaron las relaciones y actitudes hacia las labores del hogar.

Dejen ustedes la labor primorosa a las profesionales de la aguja. Si quieren ustedes ser amas de casas modernas, páguense costureras y vayan de compras. El pasarse la vida sentada y cosiendo es malsano; el salir a la calle y respirar el aire fresco de la mañana es sanísimo. Si se pasan la vida cosiendo serán viejas a los treinta años, engordarán rápidamente y serán un horror para los trajes de la moda francesa (Martínez citado por Garcés, 1992, p. 158).

La nueva proliferación de restaurantes competía igualmente con la mesa familiar; a ellos asistía un creciente número de hombres que buscaban un poco de independencia de la moral burguesa de sus familias, también concurrían los buscadores de fortuna y los solitarios que habitaban las pensiones e inquilinatos del centro de la ciudad y los nuevos barrios.

Efectivamente, en muchas de estas pensiones e inquilinatos habitaban no sólo hombres, sino también mujeres jóvenes, obreras atraídas por las oportunidades laborales, algunas de las cuales optaron por el papel de tías solteras en busca del bienestar de sus familias.

El ambiente familiar y la época histórica en la que nacieron y son educadas estas mujeres obreras forja unos valores, formas de comportamiento que, luego, en las fábricas, las hará particularmente susceptibles a las estrategias de control, particularmente en los aspectos relacionados con la disciplina de trabajo, el uso de su tiempo libre y en la prolongación indefinida de su condición de solteras (Jaramillo, 1995, p. 416).

Los patronatos de obreras se presentaron como alternativa en el control de las mujeres solitarias quienes alejadas de sus familias de provincia debían habitar a solas; situación que no fue bien vista por la clase empresarial y la Iglesia católica.

La vida en los patronatos se rige por unas reglas de conducta que se asemejan a las de un convento. La mayor parte del tiempo se dedica a la misa, el rezo del rosario o a las conferencias de formación moral dictadas por los sacerdotes de la Compañía de Jesús; otro espacio de tiempo se emplea en el aprendizaje de labores domésticas como el bordado, los remiendos o el planchado. La adaptación a estas condiciones de vida parece que en sus comienzos no conlleva mayores dificultades para unas mujeres que se sienten protegidas, pueden hacer rendir más el salario y disfrutan de un ambiente similar al de sus pueblos de origen (Jaramillo, 1995, p. 412).

A pesar de las nuevas concepciones sobre lo público y privado en las primeras décadas del siglo xx, que llegaron con el individualismo moderno, la vida doméstica en solitario no se desarrolló de forma plena, ya que la fuerte moral católica medellinense y otras formas de organización política y social aún oponían resistencia a otras maneras de habitar diferentes

al modelo de la familia nuclear. A pesar de ello, surgieron nuevos habitantes solitarios como lógica consecuencia de las dinámicas económicas de una naciente ciudad fabril, que convocó soledades a la urbe.

UNA MIRADA AL CONTEXTO URBANO A PARTIR DE 1950

El desarrollo de la industria, la violencia bipartidista de los años cincuenta y las ilusiones que despertaba una ciudad en pleno crecimiento, más conglomerada e impersonal, hicieron que necesariamente se tuviera que pensar en nuevas formas de construir vivienda.

Para los arquitectos, era incluso inapropiado denominar la vivienda moderna con el tradicional apelativo de casa, pues en ese momento una de las soluciones más extendidas en cuanto habitación eran los apartamentos. [...] La casa había sufrido una gran transformación: la tecnología, el avance de la ciencia y la industrialización habían traspasado sus paredes y se habían instalado en su interior; la manera de habitarla era otra. La vivienda moderna no representaba solamente un estilo nuevo, sino una modificación en los hábitos sociales, en los que se evidenciaba la adopción de nuevas costumbres que correspondían a valores algunas veces ajenos a la familia (Gómez, 2008, p. 72).

A principios de los años cincuenta, paralelo a estas nuevas formas de construcción de viviendas, tipo apartamento, donde se ubicaron inicialmente las clases altas y medias, la estructura de la familia nuclear como ideal aún continuaba inmersa entre el dogma de la Inmaculada Concepción del decimonónico y la moral victoriana que trataba de mantenerse a flote. A medida que avanzaba la década del cincuenta se hacían más evidentes los nuevos roles femeninos en la sociedad que aportaron otros matices a la estructura familiar, especialmente en la creciente clase media donde la mujer buscaba profesionalizarse.

El espacio ya no se divide tan claramente en un adentro y un afuera, de donde lo propio de la mujer era el adentro, es decir la casa, y lo propio del hombre era el afuera, es decir, la calle. El afuera no era ya exclusividad del hombre: aquel entró a ser compartido por la mujer quien se dirigía al trabajo, a la universidad, al club, al cine, al teatro y, por supuesto, a misa (Quintero, 1999, p. 112).

Estos nuevos comportamientos en los roles de género facilitaron otras formas de habitar, en las cuales vivir a solas se presentaba como una opción de vida, aunque no fuese bien vista por la sociedad. El mundo doméstico al cual estuvo relegada la mujer igualmente sufrió algunas fisuras, situación que no fue bien recibida por una sociedad tan conservadora como la de Medellín. A principios de la década del cincuenta un columnista del periódico *El Colombiano* escribía al respecto:

Sin embargo, los hombres son tan delicados y corteses, que en muchas naciones les han dado el voto a las mujeres y las llevan, por elección al congreso. Yo no sé si las mujeres sirven para esos cargos de representación. Personalmente creo que no, pero la cita sirve para demostrar cómo los hombres están decididos a darles el gusto que quieren. Y en ocasiones el disgusto que se merecen (“Lo que ellas quieren”, 1950, p. 5).

La elevada tasa poblacional de finales de los años cincuenta desbordó las expectativas del Plan Regulador de Wiener y Sert, y en las laderas de la ciudad se construyeron nuevos barrios, no solo por el Estado, sino también por la iniciativa de compañías constructoras privadas, así como por urbanizadores piratas y posteriormente por invasión. Igualmente, algunas zonas céntricas como Guayaquil y el sector de San Lorenzo recibieron nuevos habitantes en sus inquilinatos, especialmente a partir de la década del sesenta, quienes llegaban a través del servicio de las flotas de buses que allí existían.

Después de la década del cincuenta, por diferentes circunstancias, surgió una nueva y compleja gama de habitantes solitarios como consecuencia de una serie de factores relacionados con la urbanización y el acelerado crecimiento demográfico, que trajo a su vez al despliegue de cambios de hábitos y valores, así como a las distintas formas de sobrevivir.

REPRESENTACIONES SOBRE EL HABITANTE SOLITARIO

A diferencia de las percepciones que suelen tener un carácter más individual, la forma como se representan los individuos, según sus características, es el resultado de una compleja elaboración social, en la cual intervienen las memorias y significaciones sociales, así como la participación de las personas de forma individual. En palabras de Fernández y Romero las representaciones sociales:

son una organización significativa que integra las características objetivas del objeto, las experiencias anteriores del grupo, su historia y su sistema de actitudes, normas y valores. Son visiones funcionales del mundo que permiten a los individuos y a los grupos dar sentidos a sus conductas y comprender la realidad (Fernández, David y Romero, 2002, p. 39).

La mayoría de las representaciones han llegado a serlo por procesos históricos de larga duración. Es decir, largos períodos de tiempos de la historia en los cuales las estructuras cambian muy lentamente. La memoria colectiva almacena en ese tiempo apreciaciones, sensaciones e imágenes visuales, así como tradiciones orales sobre un asunto o personajes a representar. Es decir, las representaciones aportan o son en sí mismas elementos que contribuyen a la construcción de las identidades colectivas e individuales. Esa identidad, como se ha anotado, se configura por un largo proceso de la memoria colectiva.

Para el presente estudio, cuando se haga alusión a las representaciones sobre habitantes solitarios, estas serán entendidas como las formas en que los otros reconocen e identifican a las personas que viven solas; así como las alusiones referidas a sus prácticas del habitar y a la configuración de sus hábitats domésticos.

Nuevas soledades: solteros heterosexuales y gais

Si se tienen en cuenta los censos de 1938 y 1951 más del 60% de la población colombiana residía en zona rural; este proceso se empieza a revertir a partir de 1964 y se acelera a partir de 1985. Después de mediados del siglo xx Colombia tuvo un rápido proceso de urbanización, y pasó a tener el 75% de sus habitantes en los núcleos urbanos. A la par con muchas ciudades del país y de Latinoamérica Medellín presentaba en la primera parte de la década de 1960 un alto incremento de población, de 358.189 habitantes en 1951 a 772.887 en 1964.

Esta elevada tasa poblacional en las urbes no fue inadvertida por la Iglesia católica, la cual temía la pérdida su control moral debido, entre otros factores, a las múltiples y nuevas soledades que con sus pensamientos aislados pudiesen incitar a la desobediencia.

La Iglesia católica ha sido muy cuidadosa de que la religiosidad popular esté bajo su control, que sea complementaria más no sustitutiva, de la religiosidad institucional. Una experiencia milenaria le permite conocer los peligros de la noche, la fiesta y la muerte. Su aparato es capaz de

asimilar o destruir aquellas manifestaciones que pugnan por surgir de abajo (Arango, 1993).

Es así como el clero medellinense arremetería durante finales de los cincuenta y las siguientes tres décadas, desde el púlpito, contra asuntos como: el uso de la píldora anticonceptiva, el movimiento nadaísta, el marxismo, los hippies, el Festival de Ancón al sur de la ciudad y las nuevas modas como la minifalda. Estas manifestaciones que pugnaban por las libertades sexuales, políticas y existenciales de los ciudadanos representaban, a su vez, la búsqueda de nuevas formas de ser y habitar la ciudad. Igualmente, alrededor de dichas manifestaciones se crearon o recrearon percepciones individuales y colectivas, así como representaciones sociales sobre las personas que vivían solas.

Aun así, durante los últimos cincuenta años del siglo xx, subsistían algunas viejas representaciones urbanas del habitante solitario: hombres y mujeres, solterones y solteras de mustio aspecto y pelo encanecido, cuyo ambiente doméstico olería a rincón viejo, seres a quien todos intentarían evitar para no contagiarse de su soledad, hombres solos de dudosa sexualidad que recibían extrañas visitas masculinas en su domicilio, solteras amargadas con olor a naftalina y múltiples manías que parecerían ocultar un terrible secreto, ancianos y ancianas de lentas palabras que nadie escuchaba. Personajes a quienes el mundo indiferente arrojaba a la barraca del olvido, de la invisibilización o del prejuicio.

Paralelas a estas viejas representaciones nacían otras, algunas inspiradas en modelos extranjeros. En Estados Unidos, por ejemplo, surgió durante la Guerra Fría la imagen del playboy, hombre soltero o separado que vive solo y que pertenece a una clase media o alta. Posee este playboy ciertos intereses intelectuales y se considera un seductor heterosexual por excelencia. Imagen sugerida por Hugh Hefner creador de la revista para adultos más vendida en el mundo, cuyo signo llegaría también a la ciudad de Medellín con relativa distancia.

“Playboy apuesta por la construcción de una utopía paralela, un refugio en la ciudad para el hombre soltero”: el ático urbano. Este desplazamiento del varón hacia el espacio doméstico fue representado por Playboy como una forma de compensación activa [...]

La nueva identidad masculina del recién divorciado encarnada por Lownes no se caracterizaba por rasgos psicológicos peculiares, sino por su hábitat: [...] Por una parte solo en la cautividad de su apartamento el playboy llegará a sentirse libre. Por otra, sólo a través de un ejercicio de reapropiación del espacio doméstico y decoración interior, prácticas tradicionalmente asociadas a la feminidad, el

recién divorciado puede convertirse en playboy. En este sentido, el playboy se sitúa en el umbral de la femineidad, masculinizando prácticas (consumo y domesticidad) hasta entonces minusvaloradas en la economía de la producción que caracteriza al varón (Preciado, 2010, pp. 41-43).

Es arriesgado asegurar que esta nueva manera de representarse como habitante solitario tuviese eco en los hombres solteros de las clases alta y media de Medellín. No obstante, algunas fuentes, y en especial las orales, ponen de manifiesto una cierta tendencia a ilustrar la morada del hombre acomodado y soltero como un espacio de seducción y sexualidad con respecto al sexo femenino, preludio quizás del “apartamento de soltero”:

A mediados de la década del setenta, ya se habían casado todos mis hermanos, regresé de Estados Unidos a ejercer como arquitecto en Medellín, alquilé un apartamento [...] No quería casarme, lo decoré a mi estilo con desnudos artísticos femeninos y elementos de la finca vieja de mis abuelos, como monturas de caballo y sogas de enlazar [...] le di un aspecto muy ranchero y varonil [...] hacía fiestas con frecuencia con mis amigos solteros y me visitaban las hembras más hermosas de esta ciudad; luego abandoné ese apartamento y me fui a vivir solo a la casa que fue de mis padres en el barrio Prado, allí continúe mi vida de playboy (entrevista realizada por el autor a César Giraldo, Medellín, 2011).

Esta representación del hombre que habita solo, cuya morada ostenta elementos que reafirman su virilidad, se muestra como la contrapartida heterosexual a la representación del mundo doméstico del homosexual: “Por otra parte, ante el temor de contaminación homosexual, Playboy lucha por definir su movimiento hacia el interior como un proceso de masculinización de lo doméstico en lugar de como una simple feminización del soltero urbanita” (Preciado, 2010, p. 44).

De otro lado, a medida que finaliza el siglo xx, con el auge de la construcción de apartamentos en altura, la sexualidad “por fuera del orden normativo” pareciera encontrar en los edificios un lugar para morar en el anonimato.

El apartamento de edificio ubica en un sentido vertical una serie de anonimatos vecinales donde tiene lugar lo que Delgado nombra como sociabilidades minimalistas.

La habitación vertical en cierta medida resguarda de la mirada inquisidora del vecino (el otro social). La intimidación se traslada del lugar oculto en el afuera hacia la conquista del lugar doméstico (Correa, 2007, p. 111).

Desde la última década del siglo xx, el homosexual comienza a ser nombrado como gay, al tiempo que busca establecer su propia representación mediante su éxito profesional, el cual le permitirá respeto y credibilidad en una sociedad que lo ignora o discrimina en su doble condición de practicante de una sexualidad por fuera del orden normativo y habitante solitario.

Lo gay se configura en un doble juego, de un lado la construcción de un mundo propio cargado de una atmósfera particular que debe preservar cerrando sus fronteras a la intromisión del extranjero: la conquista de la casa, y del otro lado la búsqueda de resarcir las molestas imágenes negativas instaladas en el mundo social a partir de una búsqueda constante de la vida exitosa (Correa, 2007, p. 111).

Milenarias brujas solitarias, solteronas desesperadas y solitarios de *Los Simpson*

La vida cotidiana está llena de representaciones sobre las formas de habitar y sus habitantes, entre las que se encuentran aquellas referidas a los habitantes solitarios. Algunas de estas representaciones han subsistido y han adoptado nuevas formas a través de los años.

Sobrevive a lo largo del tiempo un temor y una sospecha hacia las mujeres que habitan solas. En la Edad Media muchas mujeres solitarias con conocimientos sobre el poder medicinal de las plantas fueron satanizadas por el cristianismo y quemadas en la hoguera. Este temor, aún presente en determinados contextos sociales y culturales, hace que las mujeres, e incluso algunos hombres, sean culpados y señalados de delitos que jamás cometieron. El 30 de agosto del 2012 algunos habitantes de una vereda en el municipio de Santa Bárbara (Antioquia) irrumpieron en horas de la noche en la morada de Berenice Martínez, única habitante solitaria de aquel sector; después de golpearla los vecinos la quemaron viva. Las razones expuestas por los atacantes para justificar este brutal acto fueron que Berenice practicaba la brujería y que los males de los habitantes de la vereda provenían de los maleficios de la solitaria mujer.

Mujeres solas como Berenice corren, en determinados contextos, el riesgo de ser acusadas de brujas, de relacionarse con los secretos del mal y de la noche. Solo basta con saber el horario y canal precisos para poder observar en la televisión las escenas de la famosa vecindad de *El Chavo*, comedia del libretista y actor mexicano Roberto Gómez Bolaños. Allí está doña Clotilde, la bruja del 71, solterona desesperada en busca de marido que trata de seducir a su vecino don Ramón mediante el obsequio de un pastel. Poco se sabe del mundo doméstico de doña Clotilde, aunque algunas veces se le ve ir al mercado con una canasta. La presencia de la mujer mayor y solitaria en la vecindad causa temor y curiosidad entre los niños, los cuales la perciben como un ser extraño en su soledad doméstica.

Ese temor aparece en la antigua soledad de las brujas de los bosques en los cuentos infantiles, brujas inspiradas igualmente en la figura de las mujeres sabias y solitarias de la Edad Media. La anciana en su pequeña casa de chocolate en el bosque, a la cual llegan los niños Hansel y Gretel sin sospechar de las terribles costumbres de la mujer. El universo de la anciana se oscurece con la terrible práctica del canibalismo, todos los objetos dispuestos en su morada parecieran no tener un fin únicamente doméstico, sino que representan los insumos para urdir lo maligno y lo oscuro. El mismo caldero donde se cuecen los alimentos, las yerbas, los frascos con pócimas y menjurjes, los animales domésticos y aún las prendas de la mujer tienen un carácter sombrío. La soledad ha tocado sus objetos y estos, como ella, están ungidos de la ausencia, coexisten con su dueña en el lado oscuro que es la intimidad satanizada de la morada.

Igualmente, en la serie de televisión *Los Simpson*, la cual se hizo popular a partir de la década del noventa, aparecen varios personajes que se distinguen de los demás por habitar a solas. Todos ellos parecen haber perdido o carecer de algo. Bernardette, más conocida como la loca de los gatos, es la representación de la mujer solitaria, quien además es una acumuladora compulsiva de animales, en este caso gatos, los cuales arroja constantemente a las personas entre los maullidos estridentes de los felinos; el nostálgico y triste cantinero Moe, a quien una desilusión amorosa arrojó a la soledad; Encías Sangrantes con su pasado doloroso y agujerado de mil ausencias, quien toca el saxofón eternamente en el recuerdo de Lisa Simpson.

Todas las anteriores representaciones del habitante solitario conviven a la velocidad de los mass-media y el mundo virtual. Universo donde las relaciones pueden limitarse a la pantalla del computador, a la tabla digital, y donde la soledad pareciera desaparecer entre la luz fría y las imágenes ilusorias del mundo virtual.

COMPañÍA VIRTUAL: ¿LA SOLEDAD ASISTIDA O EL FIN DE LA SOLEDAD?

Ya son millones en todo el mundo y siguen propagándose a pasos agigantados. Son una banda aparte, una jauría de ermitaños computarizados que no tienen ningún interés en regresar al redil

Mendoza (2010, p. 236)

La creciente urbanización, la independencia de la mujer, el aumento de la esperanza de vida, la pugna por nuevos valores en los que se incluyen los derechos sexuales y reproductivos, son algunos elementos que han contribuido al aumento de personas que habitan solas. A lo anterior se le suma, además, el desarrollo de la tecnología y en especial el perfeccionamiento de los dispositivos y medios de comunicación: teléfonos celulares, tablas digitales, computadores, Internet y sus redes sociales, etc. Si la gran paradoja de la modernidad fue la ciudad industrializada que atrajo a la multitud, pero que a su vez produjo los espíritus solitarios que querían huir de esa urbe, la de comienzos del siglo **xxi** consiste en la soledad asistida mediante el dispositivo de comunicación; algo así como una soledad con testigos y socializada.

El ideal romántico de la soledad se desarrolló en parte como reacción al surgimiento de la ciudad moderna. En la modernidad, la ciudad no solamente es más amenazante que nunca, sino que se ha vuelto inevitable, se ha convertido en un laberinto [...] La turba (la masa humana) oprime. El infierno son los otros. El alma es obligada a recluírse en sí misma (Deresiewicz, 2010, p. 22).

Pero la voz y la presencia de las multitudes se instalaron poco a poco en las moradas de los habitantes solitarios. El teléfono, la radio, la televisión, el transistor portátil, el computador, el teléfono celular, el smartphone, entre otros aparatos, hicieron su aparición en los espacios domésticos. El estar completamente aislado en la soledad de la morada se convirtió en un asunto de libre elección, pues mediante la tecnología y sus dispositivos de comunicación la soledad doméstica perdió su carácter individual.

Pero ya no vivimos en la ciudad moderna y nuestro miedo más grande no es la asfixia de la masa, sino el aislamiento

de la manada. La urbanización dio lugar a la suburbanización y con esta vino la amenaza universal de la soledad. [...] La primera de estas tecnologías, el primer simulacro de proximidad, fue el teléfono con su “conectando a la gente”. Pero durante los años setenta y los ochenta nuestra soledad se acrecentó. Los suburbios, cada vez más alejados, se convirtieron en exurbios, es decir, en áreas rurales habitadas. La familia se hizo cada vez más pequeña o se disgregó [...] de la chimenea electrónica pasamos al televisor en cada cuarto (Deresiewicz, 2010, p. 23).

El habitante solitario contemporáneo ha confiado a la máquina su soledad y ahora esta es intervenida por amigos, familia y en general por quienes quieran hacerse partícipe de ella, ya sea desde la misma ciudad donde se habita o desde otro lugar del mundo globalizado. Internet y sus redes sociales han hecho posible a los habitantes solitarios compartir desde el hogar con todos. En este contexto, los valores sociales y las formas de pensar parecen unificarse. El habitante solitario ya no es extraño, especialmente si desde la íntima soledad de su hogar puede chatear con sus amigos y familia, compartir constantemente sus fotografías y videos mediante Instagram, Facebook, Skype, comentar un tema actual en su cuenta de Twitter, estar conectado constantemente a una red de amigos, familiares, conocidos y desconocidos a través de su smartphone, asistir a una conferencia o una charla cualquiera, así como tener relaciones sexuales virtuales desde su computador personal.

El comunicarse con los otros desde el silencio de la morada se convirtió en una de las actividades domésticas, especialmente para aquellos que tienen acceso a este tipo de tecnologías. Revisar Facebook y el correo por las mañanas o por las noches, contestar los mensajes y llamadas suelen ser algunas de las actividades incluidas en la cotidianidad de quienes habitan a solas. En medio de este bombardeo informático la soledad parece diluirse. Precisamente, Deresiewicz titula su artículo “El fin de la soledad” y plantea:

No somos solamente seres sociales. También somos seres individuales, solitarios, cada uno en nuestro propio cuarto, encerrados milagrosa y misteriosamente en esa individualidad. Tener presente eso, separarse de la sociedad, es tratar de ir más allá a nuestro propio modo [...] ninguna excelencia real, personal o social, artística, filosófica, científica, o moral, puede surgir sin la soledad. “El santo y el poeta buscan la privacidad”, dijo Emerson, “para los fines más públicos y universales”. Volvemos al vidente

que busca señales para el futuro en un maravilloso aislamiento. La soledad no es fácil y no es para todo el mundo. Indudablemente no ha sido el hogar si no de unos pocos (Deresiewicz, 2010, pp. 26, 27).

De nuevo se evidencia una paradoja en la cual el habitar a solas ha ganado terreno en cuanto a su visibilidad como forma de habitar; pero a cambio de ello la soledad en su morada y sus actos son asistidos por otros constantemente gracias a la tecnología. ¿Es la soledad asistida o el fin de la soledad? La respuesta parece compleja pero se hace sencilla cuando se evidencia la ausencia física de los otros; la realidad es que se sigue habitando a solas, ya que la compañía es solo virtual, los vínculos de afecto que requieren del contacto físico y la presencia de los otros serán por siempre irremplazables.

El día que los dispositivos tecnológicos sustituyan a la cercanía física y la sensualidad del cuerpo deseado, las caricias y besos fraternales, el calor de la mano que espera ser estrechada, los abrazos de llegada y despedida que se dan los hijos y los padres; el día que las máquinas interpreten verdaderamente el valor de la soledad y la expresen como lo hacen los poetas, sería el ocaso de la especie humana.

Si un día las máquinas electrónicas escribieran piezas de teatro perfectas y pintaran cuadros inimitables, podríamos plantearnos serias preocupaciones. Si llegasen a amar la suerte de la especie zoológica estaría liquidada (Leroi-Gourhan, 1971, p. 261).

EL HOGAR UNIPERSONAL Y EL DISCURSO DE LA VIVIENDA

En las últimas décadas del siglo xx, y durante los primeros años del siglo xxi, la palabra “hogar unipersonal” toma importancia en Colombia debido al creciente número de personas que viven solas. El término parece visibilizar esta forma de habitar, y le da el nombre a la soledad que se construye en la cotidianidad de la morada.

La palabra hogar proviene de hoguera o fuego, elemento que se utilizaba al interior de los hogares y en medio del cual se reunían los habitantes. La definición de hogar según el *Diccionario especializado en familia y género*, de Quintero (2007), es la siguiente:

Unión voluntaria de personas basada en el principio de residencia común; como estrategia de supervivencia, tiene

una economía conjunta. Puede incluir vínculos sentimentales, de autoridad, de solidaridad, de poder, o presentar solo uno de ellos. [...] Conlleva la idea de asentamiento, de un fogón o lar para cocinar, para el abrigo, la protección del medio y de las condiciones climáticas, y de la defensa de sus integrantes. *Puede estar compuesto por una sola persona que está integrada en número de relaciones externas. Nunca es una unidad autónoma, y la relación entre sus miembros no está necesariamente determinada por la composición del grupo, ni por la naturaleza del hogar mismo, sino por las relaciones ideológicas, sociales y económicas que ligan esta unidad con el mundo exterior* (p. 75) [las cursivas no son del original].

Como se resalta en el texto citado, aunque sea una sola persona esta se encuentra integrada en un número de relaciones externas, por lo que se subraya también el tipo de relaciones posibles (entre otras) que ligan al integrante único o los integrantes del hogar. Es decir, desde esta primera definición queda claro que el hogar es una célula del medio que lo contiene.

Hogar unipersonal (*one-person household*)

Personas que viven solas, sin compartir la vivienda, pero están inmersas en redes. Surge por opción o por necesidad, independientemente de su situación afectiva, lo que no excluye el desarrollo de relaciones eróticas o de parejas y familiares. Aumenta en las ciudades y predomina en los adultos mayores, personas que han disuelto su conyugalidad (viudez, divorcio, separación), o jóvenes con recursos económicos que postergan o aplazan sus vínculos de pareja. *Forma parte de los hogares no familiares* (Quintero, 2007, p. 76) [la cursiva no es del original].

Los hogares llamados “no familiares”, que se resaltan en la cita, se definen en el mismo texto:

Hogar no familiar (*non - family household*)

Forma de convivencia diferente de la de familia, situaciones en donde la conformación depende más de las necesidades de sobrevivencia o de la satisfacción de las necesidades vitales de las personas. Son: los hogares, las

díadas o parejas sin hijos, los hogares unipersonales y las diferentes modalidades de relaciones de pareja que excluyen la cohabitación permanente, más no la participación en una amplia red socio-familiar (Quintero, 2007, pp. 75-76).

Que el hogar unipersonal haga parte de los “hogares no familiares” deja en claro que una persona por sí sola no representa una familia, por lo cual queda descartado el término “familia unipersonal” de los discursos, ya que el concepto de familia implica una serie de lazos que desde el principio quedan entendidos como determinantes para la definición de familia, y que se reafirman a lo largo de la misma:

Familia (*family*)

Grupo de convivencia basado en el parentesco, la filiación y la alianza; sus miembros están ligados por sangre o por afinidad, lo cual crea una serie de relaciones, obligaciones y emociones. Es el espacio para la socialización del individuo [...] Es un grupo primario por su característica de ser natural, pequeño en número de miembros, con fuertes lazos de cohesión, intimidad y afectividad [...] En tanto red relacional, es el espacio donde la dimensión intersubjetiva adquiere mayor presencia en la vida de los individuos; implica un contacto y una interacción mayor de los que se dan en el mundo público. Desde el marco legal, es el núcleo fundamental de la sociedad. Se constituye por la voluntad libre de un hombre y una mujer de conformar una familia y por vínculos naturales (celebración de un matrimonio civil o religioso, requiriendo de los efectos civiles) o jurídicos (fundados en la unión marital de hecho). *Es un sujeto de derecho, de protección jurídica de un conjunto de normas que hacen a su protección, regulación y organización* (Quintero, 2007, p. 60) [la cursiva no es del original].

Como se observa, la definición de familia no hace alusión directa al cohabitar, al compartir la vivienda con otros. Sin embargo, al implicar “un contacto y una interacción mayor de los que se dan en el mundo público” supone al menos una constancia de compartir en espacios que no necesariamente sea la vivienda en la cual se desenvuelve el hogar.

Al ser la familia sujeto de derecho, tal como se subrayó en la anterior cita, adquiere una serie de deberes y derechos que les son extensibles

según la norma, en cuanto a una necesidad básica que se satisface a través de la vivienda. Derecho al cual no acceden los habitantes solitarios al no representar una familia. La vivienda es un satisfactor de la necesidad de protección y estabilidad. Es importante aclarar que aunque una persona no conforme por sí sola una familia sí puede formar parte de una, la diferencia es que no convive con ella.

Imágenes 1 y 2. Dos condiciones en el hábitat del habitante solitario. Izquierda: mujer en pequeño cuarto con puerta de acceso y baño independiente, obsérvese la nevera junto a la cama. Derecha: elegante habitación principal de apartamento en edificio.*



*Todas las fotografías, cuadros y gráficos que aparecen dentro del texto y que no tienen fuente son propiedad del autor.

El decreto número 867 de julio 29 del 2003, expedido por el alcalde de Medellín, Luis Pérez Gutiérrez, plantea como primer y tercer considerandos, respectivamente:

1. El Acuerdo Municipal 032 de 1999 creó el subsidio municipal para vivienda de interés social [...]
2. Se hace necesario adecuar la reglamentación existente sobre administración y adjudicación de los subsidios (Alcaldía de Medellín, 2003).

Este decreto define la noción de grupo familiar para la adjudicación de los subsidios de vivienda, mediante el artículo 2 de la siguiente forma:

Para efectos del presente decreto se asimila la noción de grupo familiar a la de hogar que se entiende el conformado por los cónyuges, las uniones maritales de hecho o el grupo de personas unidas por vínculo de parentesco hasta tercer grado de consanguinidad, segundo de afinidad y primero civil, *que compartan un mismo espacio ha-*

bitacional (Alcaldía de Medellín, 2003) [la cursiva no es del original].

Define el decreto, en el artículo 20, los requisitos mínimos para postular al SMV (Subsidio Municipal de Vivienda):

a) El jefe/a del *grupo familiar* postulante debe ser mayor de 18 años.

b) Conformar *grupo familiar* de acuerdo con lo establecido en el artículo 2 del presente decreto. [...]

Parágrafo: Las *personas que formen parte de grupos familiares beneficiados con el SMV se podrán postular al subsidio cuando en el futuro conformen un nuevo grupo familiar*, siempre y cuando cumplan con las condiciones exigidas para ello (Alcaldía de Medellín, 2003) [la cursiva no es del original].

Tres asuntos quedan claros según este decreto: el primero de ellos es el carácter de grupo; es decir, el conjunto de dos o más personas que se reafirma constantemente, como se aprecia en los resaltados con cursiva. Dicho carácter de grupo es condición determinante para acceder a la vivienda de interés social.

En segundo lugar, deben existir determinados lazos de consanguinidad o de primer grado civil (matrimonio). Y como tercer asunto, a diferencia de la definición de familia que hace el *Diccionario especializado en familia y género*, donde el cohabitar o morar en compañía no se hace presente de manera explícita como requerimiento en la definición de familia, aquí sí se señala que el grupo familiar debe compartir un mismo espacio habitacional.

Es importante resaltar la diferencia entre los términos “grupo familiar” y “familia”, en los cuales el habitante solitario y su hogar unipersonal no encuentran asidero ya que por una parte como habitante solitario conforma un hogar unipersonal, el cual hace parte de los hogares no familiares y, como se ha dicho, no constituye o representa una familia como persona sola; aunque de hecho puede hacer parte de una familia con la que no cohabita. No obstante, en segundo lugar, al no compartir su morada tampoco hace parte de un grupo familiar según el decreto 867 de 2003.

Como se ha visto, desde la colonia hasta la actualidad pertenecer a una “casa” o grupo familiar con el cual se cohabita sirve de garante para el reconocimiento como ser social de derechos. Vivir solo, por el

contrario, anula a las personas de ciertos derechos y espacios como ciudadanos, como el derecho a la vivienda de interés social y la priorización para recibir ayudas en algunos casos. Aunque distintas han sido las formas de representar a los habitantes solitarios a través del tiempo a estos aún se les observa como seres extraños, personajes anómalos al margen de la sociedad que todavía privilegia la vida doméstica compartida.

En el 2014, la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, en su Escuela del Hábitat (CEHAP) y las corporaciones Talentos y Primavera, en contrato con el ISVIMED (Instituto Social de Vivienda y Hábitat de Medellín), realizó una caracterización de los inquilinatos de Medellín con el objeto de implementar una política pública para los mismos. Se encontró que más del 70% de los inquilinatos de esta ciudad están habitados por personas solas, en su mayoría hombres entre los 25 y los 60 años que no están cobijados por ninguna política pública, ya que no pertenecen a ningún grupo poblacional específico en cuanto a etnia, preferencias sexuales o edad. Estos hombres no son considerados ni jóvenes, ni adultos mayores; es decir, no se ha visualizado la soledad de algunos habitantes de la ciudad como un factor de vulnerabilidad. Soledad que en muchos casos es causada por el desplazamiento, la segregación y la violencia. Estos solitarios tampoco están contemplados en ningún programa que los cobije, ya que las políticas nuevas de vivienda solo incluyen en los programas de interés social a las familias o parejas. Se hace fundamental entonces introducir consideraciones y políticas acerca de los hogares unipersonales.

En julio 22 de 2010, mediante decreto 1262, se introducen reformas a los decretos anteriores y se tienen en cuenta, parcialmente, a los hogares unipersonales, los cuales poseen características diferentes a los grupos familiares, que tradicionalmente son objeto de atención.

En ello, se modificó el decreto 867 del 2003 y se introdujo el siguiente parágrafo:

En los casos de *reasantamiento de población* localizada en zonas de alto riesgo no recuperable, de población ubicada en áreas comprometidas con el *desarrollo de proyectos de movilidad y transporte, espacio público y equipamientos sociales* o zonas sometidas a mejoramientos incluidos en el plan de desarrollo, *podrá ser objeto de subsidio municipal de vivienda el Hogar Unipersonal, entendido como aquel que está integrado por una sola persona que reúne los requisitos y no se halla inmersa en los impedimentos para acceder a dicho beneficio, de acuerdo con el presente decreto y demás normas que lo modifican, adicionen o*

complementen (Alcaldía de Medellín, 2010) [la cursiva no es del original].

Como puede observarse, si bien el citado decreto reconoce la existencia de los hogares unipersonales y les permite el acceso a la vivienda de interés social, sólo se hace en los casos en que el Estado tiene comprometidos proyectos de gran infraestructura que afecten dichos habitantes; fuera de estos, el habitante solitario y su hogar unipersonal quedan de nuevo invisibilizados y sin protección de sus derechos.

Imágenes 3 y 4. Izquierda: cuarto exterior con servicios habilitado como vivienda unipersonal. Derecha: edificio con viviendas unipersonales, solución privada para personas con recursos suficientes.



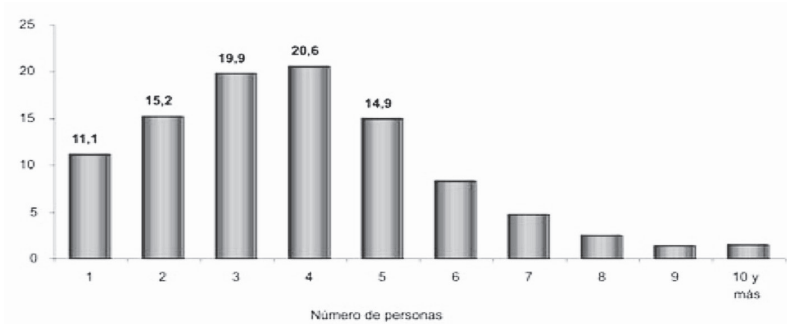
ALGUNAS ESTADÍSTICAS A PARTIR DEL AÑO 2005

Según los datos del censo del año 2005 en Colombia aumenta cada vez más el número de habitantes solitarios.

Como se observa en el gráfico 1, según los datos suministrados por el DANE el número de hogares unipersonales o de personas que viven solas alcanza una cifra de 11,1%, cifra significativa ya que se trata de más del 10% de la población. Hay que considerar que en esa cifra se registraron los datos de los habitantes solitarios ocasionales, por ejemplo jóvenes que se desplazan a las grandes ciudades con el fin de terminar sus estudios, y otras personas cuyas expectativas de hogar no son las de permanecer solas. Sin embargo, como anotan los datos demográficos, el habitar a solas se hace cada vez mayor en número debido a múltiples factores, especialmente al acelerado proceso de urbanización, el cual tiene una gran incidencia en los cambios culturales y desde luego en la composición de los hogares.

Gráfico I. Distribución de hogares en Colombia según número de personas 2005

Habitantes solitarios



Fuente: Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) (2005).

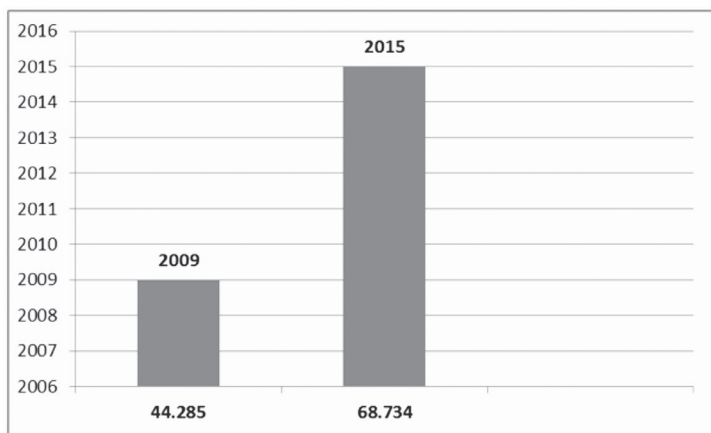
La familia y el habitar en compañía han representado, con el tiempo, una de las formas de vigilar y regular a las personas. Aunque las percepciones y representaciones sobre el habitante solitario también han variado esta forma de normalizar a los individuos mediante el cohabitar colectivo y, preferiblemente, con la familia nuclear, aún permanece en las estructuras sociales y políticas. Prueba de la anterior afirmación es que aún desde la colonia, para el caso de Colombia y Medellín, un individuo que no pertenezca a un grupo familiar con el cual cohabite es susceptible de ver vulnerados muchos de sus derechos como ciudadano.

El habitar a solas, el ser habitante solitario y disfrutar de la libertad y las inmensas posibilidades creativas que brinda la íntima soledad doméstica en la cual se puede apoyar el espíritu para tomar vuelo, se percibe a lo largo del tiempo como un derecho que muy pocos han pensado como tal.

En las múltiples facetas del vivir y del habitar, el construir la morada anhelada desde los sueños personales de cada quien es una de las maneras del habitar poético al que alude Martin Heidegger. Donde el sonido de los pasos, de quien se escucha a sí mismo caminar en su morada, le reafirma que tiene un lugar en el mundo y que habita feliz consigo mismo.

Obsérvese, en el gráfico 2, cómo se ha incrementado el número de personas que viven solas en un año al pasar de 44.285 en el 2009 a 68.734 en el 2015. La tendencia va en aumento.

Gráfico 2. Número de hogares en los que habita una sola persona, comunas y corregimientos de Medellín



Fuente: encuestas de calidad de vida en Medellín, años 2009 y 2015 (archivo Alcaldía de Medellín).

CRONOLOGÍAS DEL HABITANTE SOLITARIO

En la ciudad de Medellín las formas de percepción del habitante solitario en el tiempo se observan con pocas variables, no solo en el campo social y existencial, sino también en el campo político. Muestra de lo anterior es que las personas que habitan a solas suelen perder algunas garantías, como se ha expuesto.

Las maneras del control social también se visibilizan en las formas del habitar, en lo cual el cohabitar en grupo posibilita entonces dicho control; en cuyo caso el habitante solitario es visto entonces como transgresor de la norma, ya que queda al margen de las formas normativas del habitar.

Han existido diferentes formas de representación sobre las personas que habitan a solas. Las más conocidas hasta hace unos años aludían a los solterones “amargados”, o a los hombres y mujeres “fracasados”. No obstante, en los últimos años se habla de las personas “independientes” como nueva percepción sobre los habitantes solitarios.

Con el nacimiento de la ciudad moderna aparece la individuación y la soledad como opción de vida, pero, debido al fuerte peso de la familia nuclear en la ciudad, el habitar a solas no es bien visto en una sociedad tan conservadora como la de Medellín. Paradójicamente, la ciudad moderna e industrializada, en las primeras décadas del siglo xx, a la par que reforzó la vida en familia y cerró los círculos sociales en torno a los

amigos más íntimos, también creó individuos cada vez más solitarios.

El habitar en solitario ha sido mirado de forma peyorativa, no se le ha encontrado potencial en el tiempo, no ha sido pensado como el derecho de poder habitar en la forma que se desea, como una de las tantas gamas del habitar en las cuales se encuentran insumos para realizar la existencia con la autodeterminación que posibilita la individuación y la exploración de las capacidades personales para recrear la vida mediante la personalización del espacio doméstico.

El nacimiento del ciudadano moderno coincide o da paso al ser político, que pugna por el reconocimiento de sus derechos, los cuales incluyen nuevas formas de habitar tanto los espacios públicos como los privados. Derechos en los cuales el hábitat sería el escenario, donde él y los individuos interpretan sus formas de ser, de estar, de habitarse y ser libres.

La siguiente es una síntesis de los principales eventos en el reconocimiento del habitar en solitario como forma de habitar. En esta se toman eventos mundiales, nacionales y locales. Algunos no incluyen directamente el habitar a solas como referencia, pero sí hacen alusión a la pugna por los derechos políticos y existenciales de las personas que buscan la valoración de las múltiples formas de ser, estar y elegir cómo habitar.

Cuadro 2. Cronologías del habitante solitario

Habitante	Habitar	Hábitat
Colonia: los individuos venidos de la metrópoli eran recibidos en las casas de los afincados en las colonias. No obstante, existía un alto número de personas que vivían solas	Se debía habitar en grupo, es decir, pertenecer a una "casa". Las personas que habitaban a solas eran casi nulas en la sociedad	Poca vida material, es decir, pocos objetos en la organización de la vida doméstica
Colonia y siglo XIX: no era bien visto una mujer que viviera sola, lo cual la hacía vulnerable	Las mujeres solteras de las castas altas se recluían en los conventos o vivían la soltería	El convento, hábitat monacal de la colonia y el siglo XIX. El espacio público es escenario del control moral de las personas
1821: primera constitución define sólo como ciudadanos a los varones casados mayores de 21 años	Se pide que los hombres solos y separados sean compelidos a vivir con sus mujeres	La vida en la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria estaba organizada por el ritmo de las campanas, el espacio público era lugar de vigilancia de la conducta moral de los individuos, asunto que a todos competía

<p>1845: habitar solo y estar soltero (a) es motivo de vergüenza y burlas</p>	<p>Dogma de la Inmaculada Concepción, la familia nuclear es el ideal para convivir. El espacio doméstico es el lugar femenino por excelencia. Las labores del hogar y el celo de la mujer en él, intentan moldear al hombre y a los hijos</p>	<p>Los espacios domésticos son considerados como propios de la mujer, y los espacios públicos de los hombres. Se construyen representaciones propias de esos espacios según cada género</p>
<p>1900-1936: aparece el individualismo con la ciudad moderna, la soledad se convierte en una opción de vida, pero paradójicamente nunca bien vista debido a la fuerte moralidad antioqueña. Con la industrialización aparecen también habitantes solitarios de cuartos de pensiones e inquilinatos que llegan a la ciudad en busca de oportunidades laborales. 1936: se penalizan las relaciones entre personas del mismo sexo</p>	<p>El individuo vuelve a su espacio doméstico, en contraposición con la multitud presente en las calles, hay soledad pero también un reforzamiento de los lazos familiares y círculos de amigos. Se crean los patronatos de obreras para habitar bajo la vigilancia de la iglesia y evitar que las obreras habiten solas</p>	<p>La aldea provinciana se transforma en agitada ciudad, tráfico vehicular, nuevos usos del espacio público y privado, diferenciación entre ambos. El automóvil y el tranvía se convierten en protagonistas de las calles. Se crea la vivienda obrera y surgen nuevos espacios para el ocio y el descanso en la ciudad, clubes sociales para las clases altas, baños públicos para las clases populares y altas. Cambian las formas de percibir los espacios públicos, se desea borrar el pasado aldeano de la ciudad y modernizarla a toda costa</p>
<p>1950: surge en Estados Unidos, durante la década del cincuenta, la imagen del playboy, hombre soltero que organiza su vida doméstica en solitario</p>	<p>Sigue privilegiándose el habitar en familia, el soltero o la soltera que viven solos son considerados "amargados," los separados "fracasados"</p>	<p>La ciudad crece, plan piloto de José Luis Sert y Paul Lester Wiener, nuevos barrios de obreros construidos por iniciativa privada y del Estado, surgen los barrios piratas. Llegan a la ciudad nuevas olas de inmigrantes como resultado de la violencia bipartidista</p>
<p>1960-1970: nuevas formas de pensar, movimiento hippie, nadaísmo, píldora anticonceptiva. El edificio y el apartamento se convierten en una forma moderna de habitar; la colonización del aire en el hábitat humano</p>	<p>Pugna por los derechos ciudadanos, políticos y existenciales que buscan la aceptación de nuevas formas de habitar la ciudad. Aparecen nuevas formas de constitución del hogar</p>	<p>Barrios de invasión, surgimiento de nuevos inquilinatos en los cuales habitan familias y solitarios que llegan a la ciudad de Medellín en busca de nuevas oportunidades. Migración del campo a la ciudad promovida por el Estado en el gobierno del presidente Misael E. Pastrana Borrero</p>
<p>Años 80: aparece el VIH. Se habla del "apartamento de soltero". 1980: se despenalizan las relaciones homosexuales</p>	<p>Habitar en el núcleo familiar se considera el ideal en la mentalidad antioqueña de fuertes lazos religiosos</p>	<p>Construcción del Metro en Medellín. Llegan personas de otras partes del país a buscar empleo, proliferación de inquilinatos y nuevos barrios de invasión</p>

<p>Años 90: empieza la revolución en las comunicaciones. Prevalece el habitante de la familia nuclear</p>	<p>Violencia en la ciudad, crea territorialidades, fronteras invisibles</p>	<p>La ONG francesa Pact – Arim y CORVIDE intervienen inquilinatos en el sector de San Lorenzo. Desplazamiento rural y urbano</p>
<p>2002: cursa proyecto de ley sobre matrimonio entre parejas del mismo sexo. Aumento de la tasa poblacional de personas solitarias. Se pone de moda el término “hogar unipersonal”</p>	<p>Se privilegian los grupos familiares para la adjudicación de Viviendas de Interés Social (VIS), los hogares unipersonales quedan por fuera de este derecho</p>	<p>Vivienda de Interés Social en Colombia. El habitante solitario es un ser desconocido en la ciudad y el país, se ignoran sus derechos</p>
<p>2014: política pública de inquilinatos en Medellín deja al descubierto que el 75% de los habitantes de estos lugares son personas solas</p>	<p>El estudio sobre inquilinatos en la ciudad de Medellín toma gran fuerza debido a que no sólo se visibiliza de forma más evidente esta forma de habitar, sino que en ella subyacen otras</p>	<p>Escuela del Hábitat, CEHAP de Medellín, sugiere en estudio de inquilinatos medidas para visibilizar los derechos de las personas solas en cuanto a la vivienda</p>
<p>2010: se reconocen los hogares unipersonales mediante decreto 1262 del 2010 para acceder a la vivienda de interés social, pero sólo en caso de reasentamiento, por planes de desarrollo o por habitar en zonas de alto riesgo. Crece el número de habitantes solitarios en la ciudad. Se extiende el subsidio de vivienda para hogares unipersonales. 2016: se aprueba el matrimonio igualitario en Colombia, la adopción por parejas del mismo sexo pero, también se radicalizan los grupos de derecha y religiosos en contra de las minorías sexuales. Se promueve un posible referendo para que las personas solas y separadas, al igual que las minorías sexuales no puedan adoptar niños</p>	<p>Aparecen en la red consejos para las personas que viven solas, el término “independiente” se hace popular para llamar a las personas que viven solas 2016: la Organización Mundial de la Salud (OMS) declara a las personas solteras y solas como “infértiles”</p>	<p>En términos de hábitat se desconocen los derechos y garantías de los hogares unipersonales. El mundo globalizado por la técnica en las comunicaciones crea un nuevo habitante que vive su vida social, y algunas veces la sentimental, mediante la virtualidad de las redes sociales</p>

RELACIONES HABITANTE SOLITARIO - HÁBITAT - DOMÉSTICO

Habitantes solitarios

HABITANTE

El concepto de habitante, según los preceptos de Martín Heidegger, hace alusión a quien en su cotidianidad construye, adecúa y mora en un espacio. Habitante es quien moldea dicho espacio con las acciones de su habitar-poético que no son otra cosa que las actividades cotidianas del vivir.

En la definición del *Diccionario manual de la lengua española* (2007) habitante es: "Persona que vive en un lugar determinado y forma parte de la población". Una definición más reciente del *Diccionario enciclopédico Larousse* (2009) define habitante como: "Cada una de las personas que constituyen la población de un barrio, ciudad, provincia o nación". Estas dos definiciones sobre qué es habitante incluyen indirectamente diferentes escalas del espacio en el cual se habita. Todos los seres son habitantes en una u otra escala, o en ambas, incluso los nómadas son habitantes de un territorio específico que recorren y sobre el cual establecen sus rutinas y ritmos. Los habitantes se constituyen en savia y sangre de la misma tierra que los sostiene.

La primera escala del ser habitante la constituye el habitarse a sí mismo, lo cual implica una conciencia del cuerpo y del ser que halla su espacio interior, donde habita desde sí para los otros.

Solo la experiencia del espacio interior puede fundamentar una conciencia clara de que cada persona es única y tiene un asidero en sí misma, incluso si la situación externa es adversa y dolorosa. La conciencia del espacio interior impide la desesperación y la desesperanza (Jaeggi, 1995, p. 8).

Desde la mirada de los psicoterapeutas ese espacio interior se adquiere en la niñez cuando se interioriza un mundo propio, en el cual habitan solo los sueños y las expectativas de cada quien. Un espacio-universo cuyo soporte material es el cuerpo:

La madre se encuentra cerca donde el niño pueda acudir a ella, pero no se la solicita inmediatamente; basta con que esté allí. Solo esta sensación —estar protegido por otro ser humano y al mismo tiempo sentir que no se le necesita— posibilita durante el proceso de desarrollo la experiencia de que existe un “adentro” y un “afuera”, de que hay un espacio interior que puede llenarse con imágenes y figuras, vivencias y sensaciones. Más adelante, la presencia del otro no tiene por qué ser real: se ha formado un espacio interior en el que están presentes imágenes y sentimientos de seguridad y certidumbre (Jaeggi, 1995, p. 8).

Desde este punto de vista se puede inferir que cada quien es habitante de su cuerpo, constituyéndose con esto habitante de sí mismo; es decir, se habita en primera instancia en la construcción interior que se hace con los elementos que se toman o que se dan del afuera, y con los cuales se construye el habitante en primer grado capaz de morar un espacio interior. Lo anterior significa construirse y pensarse a sí mismo, lo cual se constituye en la base para habitar y, por lo tanto, para ser un habitante:

la cuestión del “espacio interior” se hace presente en múltiples facetas y en diversas manifestaciones.

La expresión suena un poco mística y ampulosa. Pero es precisamente de esta ampulosidad de donde yo quería partir para llegar a una vivencia concreta y comprensible. Porque, ¿qué otra cosa es este “espacio interior” que aquello que se percibe y se experimenta en cualquier vida cotidiana marcada por una vitalidad interna y una participación personal en todo lo que implica vivir: la comida, el trabajo, el amor, los amigos? (Jaeggi, 1995, p. 9).

Abordar el habitante desde su espacio más íntimo y secreto, el cual está dentro de sí, permite partir desde lo indecible y abstracto del sentir y el pensar único de cada persona para adentrarse desde allí a los interminables cuestionamientos que presenta la constitución del hábitat; al tiempo que facilita mirar desde la individualidad de cada quien y desde sus expectativas la forma como quiere habitar en su existencia.

El haber abordado la idea de espacio interior remite a pensar el hábitat como concepto que comprende el cuerpo y el pensamiento humano como lugares desde los cuales se habita; donde se gestan los sueños, los temores, las pasiones, las ideas, donde se percibe lo objetivo y se

construye la subjetividad de cada ser. Desde ese espacio interior que es el “adentro” de cada ser y con los insumos que se obtienen del espacio exterior que es el “afuera” se construye el individuo, se gesta el ser social que habita ese afuera y, por ende, se cimentan las bases para habitar el mundo. En otras palabras, cada ser habita según el color y forma de sus sueños y expectativas: “En ello es requisito indispensable el reconocimiento de los elementos constituyentes de las subjetividades contemporáneas en nuestros territorios diversos, y de las tramas y pertenencias de los habitantes con los cuales se interactúe” (Echeverría, 2009, p. 64).

En el espacio interior desde el cual se gesta el habitante se generan las particularidades de ese habitante que son, en última instancia, las subjetividades desde las cuales se habita poéticamente el mundo. Contrario a ello, tales particularidades suelen ser negadas o invisibilizadas por las miradas normativas que crean un “habitar oficial” que termina imponiéndose de forma globalizada, y desconoce hábitos, cotidianidades y expresiones particulares e individuales. Es decir, el habitar termina convertido en un discurso oficializado en el cual se incluyen o excluyen las expresiones o formas individuales del habitar, según las necesidades del poder reinante.

Habitante-habitar

En el espacio interior de cada ser se atesoran y procesan las vivencias y percepciones del espacio exterior, del afuera. Ese espacio exterior aporta entonces interrelaciones, percepciones, memorias, sensaciones... la vida con todos sus sonidos, colores, formas, gustos, olores, sentimientos, placeres, torturas, razones, locuras, normas, delitos, tendencias, verdades, mentiras, incertidumbres, ritmos, cuerpos, bienvenidas y despedidas.

El espacio interior captura imágenes de ese universo exterior, constituyéndolas en memorias colectivas e individuales y, en esta última, tiene gran importancia el espacio interior ya que sólo allí reposa la memoria individual. La memoria colectiva es asunto del adentro y del afuera, pero la memoria individual solo es competencia del espacio interior de cada persona, que la puebla en la singularidad de sus imágenes.

De allí, que se habite cuando se tiene la capacidad de habitarse a sí mismo y esto lo permite en mayor grado la memoria individual que es insumo fundamental para el marcaje o la huella de cada persona.

Se es habitante en el despliegue de los hábitos al habitar. Es decir, en el ejercicio cotidiano de los ritmos al interior de la morada, en la cual se expresan los gustos, los afectos, los sueños y se organizan las rutinas que se establecen de acuerdo, precisamente, a esos gustos, sueños y

afectos. Esos hábitos al habitar del habitante dicen de sí y de su cultura, de su yo y de los otros, de lo tomado del afuera y de la expresión íntima de un adentro.

En este caso, se trata de la posibilidad de gestar lo propio en el habitar y no solo lo heredado o determinado. Ello nos lleva a indagar por la costumbre y el hábito, y por cómo se da la resolución de las relaciones entre habitantes con las fuerzas determinantes del espacio, expresadas en normas y objetos; lo cual propone una pauta clave para comprender las formas de habitar y la libertad para hacerlo (en ejercicio de tal derecho) (Echeverría, 2009, p. 72).

Igualmente, se es habitante y se habita cuando se tiene la certeza de construir ese habitar. Habitar no se reduce entonces al hecho de ocupar una vivienda, sino que además incluye la afectividad y lo que se proyecta de quien habita una morada convirtiéndola en una representación de su propia persona, de su adentro.

Habitar es la acción del habitante elaborada con sus hábitos que son sus marcas, es decir, la manera o forma con las que señala sus preferencias frente al mundo que lo rodea, lo que desea y siente de ese mundo. Estas marcas son, finalmente, las huellas de su encuentro con ese mundo vivido y el producto de las relaciones de su adentro y su afuera.

Pero tal construcción es susceptible de ser restringida al ser elaborada por otros, desde lo institucional, lo normativo, lo comercial, para conducir al miedo, la vergüenza, la negación de las subjetividades o a la condena hacia algunas formas de cohabitar o de alejarse, desde la satanización de quienes construyen su habitar con actitudes por fuera de la norma.

Es decir, ese habitar corre el riesgo constante de no ser una construcción desde las expresiones, necesidades, expectativas y satisfacciones de cada habitante, sino un producto elaborado y controlado, susceptible en alto grado de ser mercantilizado e impuesto. Se podría decir que habitar no se limita a ocupar, demorarse, construir, sino que incluye también una conciencia consigo mismo, una actitud hacia la vida, y que es finalmente la vida en la cual se constituye el escenario mayor donde se interpretan todos y todo.

Hábitat

El espacio interior es, entonces, donde se habita en primer grado, donde se gesta el habitante en su primera persona del singular. Pensar ese espacio interior en clave de hábitat remite a la noción de que todo

habitante es un constructor potencial de hábitat, ya que construye desde sus sueños, desde sus anhelos, desde su poética.

Es decir, que pensar en clave de hábitat no se limita únicamente a los discursos de vivienda y del medio ambiente, sino que implica el reconocimiento de todas las formas de significación que subyacen en las percepciones e imaginarios grupales e individuales, así como en el desenvolvimiento de las relaciones cotidianas del ser en el espacio y el tiempo.

Las formas sociales de reconocimiento y representación sobre hábitat van configurando inconscientes colectivos que se expresan en los conflictos, en los discursos, en las intervenciones y en las políticas. Así, es preocupante el reduccionismo al que vamos llegando en la concepción del hábitat, tanto desde las políticas como desde las intervenciones inmobiliarias con la reducción del hábitat a la vivienda y de esta a un bien ínfimo; e incluso en ocasiones desde la misma investigación no se exige reconocerle a este, al hábitat propuesto por la sociedad, el cumplimiento del enorme universo de significación que implica: lo simbólico, social, cultural, económica, ambiental y funcionalmente (Echeverría, 2009, p. 70).

Imágenes 5 y 6. Recuerdos en los objetos, exteriorización del espacio interior que existe en cada habitante.



El hábitat comprendido como espacio interior no se agota en los espacios físicos del afuera, también implica una elaboración humana del ser, el cual ha de construirse el hábitat en tales espacios físicos. Elaboración que subyace y se inicia en lo inefable de cada persona y

que se materializa en las prácticas, en los hábitos, en las preferencias al habitar, y desde la historia de vida de cada quien.

De otra parte, el hábitat como campo de conocimiento debe procurar indagar sobre las particularidades, las expresiones y la inclusión de las subjetividades del ser. De allí que no se trate de una fórmula homogénea heredada y transmitida de generación a generación, sino que se constituye desde lo heterogéneo del pensamiento humano, lo múltiple y lo diverso. La libertad es elemento constituyente en la creación del hábitat, ya que solo desde la libertad se eligen y se expresan los elementos para habitar, para construir hábitat.

Al ser la libertad elemento constituyente de hábitat, entonces el hábitat debe estar exento de imposiciones funcionales, estéticas o morales sobre las formas de habitar; ya que dichas imposiciones coaccionan la diversidad y mixtura de formas, las subjetividades que se expresan desde el espacio interior de cada habitante y, por ende, impiden el habitar poético al cual alude Martín Heidegger.

De igual manera, preguntarse por el hábitat desde el espacio interior del ser lleva implícita una relación entre cuerpo y expresión. Desde allí, desde el cuerpo y la mente humana que crean la expresión en forma de espiral hasta el infinito, se desarrollan interminables acepciones sobre hábitat. Por ello hábitat no es un concepto cerrado y circular que pretende definiciones estándar y niega los cuerpos y pensamientos, por el contrario, incorpora cuerpos y pensamientos en su espiral abierta. Cuerpos y pensamientos distintos con sus vitalidades o laceraciones son acogidos en sus propias oscuridades, o en su luz, en el placer bullicioso de la compañía o en la quietud silenciosa de la soledad. Uno y todos tienen derecho, en hábitat, a significar presencia desde el palpar de sus corazones y los íntimos matices de sus pensamientos.

Contrariamente, hábitat implica esencialmente una relación vital entre cuerpo, materialidad, expresión y vivencia en y del espacio, asociada al reconocimiento de los cuerpos, reales y simbólicos, que somos. Desde allí, desde hábitat, hay que amar esos cuerpos, reconocerles el derecho que tienen a expresarse como se expresan, a ser lo que son, a comunicarse desde ello, a poner sus palabras, materialidades y huellas en esa ciudad que es (que debe ser) de todos (Echeverría, 2009, p. 65).

Al iniciarse la espiral de hábitat en el cuerpo y pensamiento humano señalamos que empieza a gestarse en la primera escala del habitar y del ser habitante, es decir: el espacio interior de cada persona.

Lo anterior ubica al habitante como el elemento pensante y activo en la constitución del hábitat, al igual que génesis del mismo. El habitante es el centro de estudio del campo de conocimiento de hábitat, y al mismo tiempo construye hábitat mediante la acción de configurar, expresar y demorarse al ejecutar acciones en los espacios y territorios que ocupa. Se piensa hábitat desde el habitante, porque es el habitante el cerebro y mente, al igual que corazón y emoción, de hábitat como campo de conocimiento.

SOLITARIOS

Multitud, soledad: términos iguales y convertibles para el poeta activo y fecundo. Quien no sabe poblar su soledad, tampoco sabe estar solo en medio de una multitud atareada

Charles Baudelaire

Es necesario recordar que en el presente estudio el término solitario está relacionado con las forma de habitar y, de forma específica, con las personas que habitan su ámbito doméstico sin la compañía de otros, sin dejar de tener en cuenta que, a pesar de habitar a solas, tienen una red de relaciones. Sin embargo, vale la pena explorar un poco más el significado del término solitario, ya que por sí solo suele desencadenar toda una serie de sensaciones, actitudes y pensamientos cuando se le utiliza para calificar la singularidad de cada ser.

Como noción generalizada, solitario remite a la ausencia de compañía, a los lugares áridos y desérticos, así como a las personas que viven aisladas o que al vivir con otras personas conservan una actitud distante.

El término solitario deviene de la palabra soledad, que inicialmente está asociada al aislamiento o a la ausencia. Para Octavio Paz el sentimiento de soledad en las personas no es una ilusión, como podría ser el sentimiento de inferioridad, sino la expresión de un hecho real: “somos, de verdad distintos. Y, de verdad estamos solos” (Paz, 2007, p. 38).

En esta alusión a la diferencia como creadora del sentimiento de soledad, reposa una de las razones del porqué de una forma u otra; todas las personas llevan dentro de sí un solitario que habita desde su espacio interior, donde igualmente se gesta esa diferencia. Esa soledad se hace consciente a medida que se percibe la propia singularidad del ser.

Estamos solos. La soledad, fondo de donde brota la angustia, empezó el día que nos desprendimos del ámbito

materno y caímos en un mundo extraño y hostil. Hemos caído; y esta caída, este sabernos caídos, nos vuelve culpables. ¿De qué? De un delito sin nombre: el haber nacido (Paz, 2007, p. 91).

Para designar la soledad en la lengua inglesa se diferencian las palabras *loneliness* de origen sajón y *solitude* de origen latino. Ambas se refieren a la soledad pero de forma distinta; *loneliness* alude a un estado de soledad que se vive con melancolía o a una soledad impuesta; por ejemplo, los ancianos que no tienen a nadie o la ausencia que se siente al no estar con las personas amadas. Por el contrario, *solitude* se refiere a la soledad que se busca; es decir, a la soledad que en cierto modo se disfruta, por ejemplo, por las personas que dicen alejarse de otros seres por un tiempo en busca de una paz espiritual, o por quienes deciden vivir solos de modo voluntario pues dicen disfrutar del silencio y la quietud de sus moradas. El concepto del espacio interior aparece de nuevo cuando la psicoterapeuta Florence Falk define el concepto de soledad, el cual proviene según sus palabras de un interior íntimo que subyace en cada ser.

Muy en el fondo de nuestros corazones probablemente entendemos que la soledad es una parte natural de la vida, pero la soledad existencial, la consciencia de que dentro de nosotros hay un núcleo propio que ningún otro ser humano, sin importar el grado de intimidad, podrá tocar nunca, puede ser inquietante (Falk, 2007, p. 40).

Para Norbert Elias, al igual que para otros autores, la soledad tiene múltiples facetas. Hay distintas formas de soledad que no siempre aluden al cuerpo que carece de la presencia de los otros:

El concepto de soledad tiene un espectro bastante amplio. Puede referirse a personas cuyo deseos de amor dirigidos a otros se han visto heridos y perturbados tan precozmente [...] Otra forma de soledad y aislamiento social en sentido estricto, se da cuando una persona vive en un lugar u ocupa una posición que le imposibilita frecuentar a otras personas de la clase que siente que necesita [...] Pero eso no es todo, el concepto de soledad se refiere también a una persona que vive en medio de otras muchas pero que carece de importancia para ellas [...] El vagabundo, el bebedor de alcohol metílico que se sienta junto a un portal mientras los peatones pasan apresurados, forma parte de este grupo (Elias, 2011, pp. 104-105)

El solitario moderno, que como se ha dicho, apareció a finales del siglo XIX con el individualismo, hace de su surgimiento una respuesta a los nuevos ordenamientos sociales y en especial al nacimiento de las grandes urbes, de la sociedad industrializada y democrática:

El “sentimiento de igualdad” inclina a los hombres a la independencia, a la separación como consecuencia de un extrañamiento recíproco entre seres que no se necesitan más que ocasionalmente. El individualismo, moral de la sociedad democrática, separa a los hombres y les convence de que la soledad es, en realidad, una muestra de fortaleza (Béjar, 1995, p. 59).

Este solitario, de las grandes ciudades que nacen con la industrialización, denigra de la multitud, pero suele perderse entre ella y crea de paso la gran paradoja del ser solitario en medio de la muchedumbre bulliciosa.

Era la explosión del año nuevo; caos de barro y de nieve atravesado por mil carruajes, reluciente de juguetes y de bombones, hirviendo de codicia y desesperación, delirio oficial de una gran ciudad, hecha para perturbar el cerebro del solitario más fuerte (Baudelaire, 1996, p. 21).

No obstante, se debe tener cuidado al hablar de los hombres y mujeres solitarios ya que es fácil caer en estereotipos creados por múltiples percepciones y representaciones. La literatura, el cine, la poesía, el teatro y en general las artes han ayudado a crear diferentes modelos de solitarios, con variaciones unos de otros, pero todos coinciden como elemento común en su distanciamiento o desprecio con respecto al mundo que habitan. Hermann Hesse, por ejemplo, retrata al solitario moderno producto de la sociedad industrializada.

Otro prototipo del solitario en la literatura es el individuo que desprecia al mundo, caracterizado de manera muy penetrante en *El lobo estepario* de Hermann Hesse. En la década de los veinte y en la de los sesenta esta novela encontró una aceptación fervorosa por parte de la juventud que se rebelaba contra las normas burguesas y cuyo pesimismo y hastío frente a la sociedad se veía expresado en ella con todo detalle (Jaeggi, 1995, p. 28).

El cine ha mitificado algunos actores y personajes solitarios que de una forma u otra ejercen cierta fascinación en el público. Uno de estos personajes fue la actriz Greta Garbo quien en una de sus líneas de la película *Grand Hotel* pronunció la frase *I want to be alone* (quiero estar sola), que se haría premonitoria en su vida al retirarse del cine a la temprana edad de 36 años para encerrarse a vivir solitaria. Esta actitud creó entre sus admiradores toda una leyenda a su alrededor, y se instauró de paso el mito de la mujer solitaria, huraña, fría y distante cuyo universo es impenetrable; características que hasta entonces sólo le eran otorgadas a los hombres, especialmente en la literatura.

Escritores como Gabriel García Márquez han dado vida en sus novelas a un ideal de solitarios con características fantásticas, cuya soledad se apodera de forma literal de sus cuerpos y sus vidas. Uno de estos personajes es Rebeca Buendía que habita el tiempo estático de su soledad doméstica, ajena al ir y venir de los suyos en Macondo. Rebeca vivió su soledad con la convicción de que ser solitaria era su único destino.

Aureliano triste permaneció en el umbral, esperando que se desvaneciera la niebla, y entonces vio en el centro de la sala a la escuálida mujer vestida todavía con ropas del siglo anterior, con unas pocas hebras amarillas en el cráneo pelado, y con unos ojos grandes aún hermosos, en los cuales se había apagado las últimas estrellas de la esperanza, y el pellejo del rostro agrietado por la aridez de la soledad (García, 2001, p. 172).

En la novela *La muerte en Venecia* Thomas Mann hace una semblanza del solitario a quien atribuye características sensibles, pero igualmente dramáticas y poéticas:

Los sentimientos y observaciones del hombre solitario son al mismo tiempo más confusos y más intensos que los de las gentes sociables; sus pensamientos son más graves, más extraños y siempre tienen un matiz de tristeza. Imágenes y sensaciones que se esfumarían fácilmente con una mirada, con una risa, un cambio de opiniones, se aferran fuertemente en el ánimo del solitario, se ahondan en el silencio y se convierten en acontecimientos, aventuras, sentimientos importantes. La soledad engendra lo original, lo atrevido, y lo extraordinariamente bello; la poesía. Pero engendra también lo desagradable, lo inoportuno, absurdo e inadecuado (Mann, 1985, pp. 46-47).

Otra de las representaciones que se ha construido sobre el solitario es aquella que suele identificarlos desde la mística y lo espiritual con los ermitaños y anacoretas, cuyas vidas están por lo general caracterizadas por valores que incluyen el ascetismo, la penitencia, el alejamiento del mundo urbano y la ruptura, para centrar su cotidianidad en el silencio y la meditación.

En particular, el hecho de estar solo se ha entendido como una dimensión esencial de la experiencia religiosa, aunque restringida a unos cuantos elegidos. A través de la soledad de espíritus excepcionales, el colectivo renueva su relación con lo divino. El profeta y el ermitaño, el sadhu y el yogui van tras sus iluminaciones, buscan sus trances en el desierto, en el bosque o en la cueva. Porque la voz calmada y tenue solo habla en el silencio (Deresiewicz, 2010, p. 21).

De igual forma, se ha idealizado el solitario oscuro, aquel que oculta secretos y conspira grises tinieblas en su silencio. Huidizos y enigmáticos, hombres y mujeres solitarios despiertan intrigas en algunos y temores en otros, al igual que suscitan admiración a quienes no son capaces de enfrentar su propia soledad, a quienes temen hallarse solitarios y habitar solos su espacio interior: “¡Desgracia grande la de no poder estar solo...!”, dice en algún paraje La Bruyère, como para avergonzar a todos los que corren a olvidarse en la multitud, en el temor, sin duda, de no poder soportarse a sí mismos” (Baudelaire, 1996, p. 72).

Imágenes 7 y 8. Izquierda: mesa de noche con fotografías de habitante solitaria en diferentes momentos de su vida. Derecha: biblioteca de habitante solitaria en la cual se observa una fotografía suya en compañía de un ser amado que hoy existe únicamente en sus recuerdos.



Desde el nacimiento y, posteriormente, con la educación para la vida, cada persona es enseñada a dejar de lado su vasto universo interior, con esto se pretende evitar el aislamiento y que de esta forma hombres y mujeres no se acostumbren a ser y estar solitarios, pues así se aseguran las tradiciones de las culturas, la supervivencia de la especie humana y el desarrollo de las técnicas.

Al nacer, el individuo se encuentra en presencia de un cuerpo de tradiciones propias a su etnia y, sobre planos variados, un diálogo se emprende desde la infancia entre él y el organismo social. La tradición es biológicamente tan indispensable a la especie humana como el acondicionamiento genético lo es a las sociedades de insectos: la supervivencia étnica depende de la rutina, el diálogo que se establece suscita el equilibrio entre rutina y progreso, la rutina simbolizando el capital necesario a la supervivencia del grupo (Leroi-Gourhan, 1971, p. 224).

En las sociedades primitivas la convivencia con los demás no solo es necesaria para la supervivencia del grupo, sino que también es garante de la seguridad integral de los individuos. Hombres y mujeres solitarias son llevados a vivir al margen de la misma sociedad que no solo los considera vulnerables, sino que muchas veces acentúa dicha vulnerabilidad al negarles posibilidades.

La soledad de los cuerpos es considerada malsana para el espíritu humano, los solitarios suelen ser observados como una rueda suelta que puede caer en el lugar menos deseado. La convivencia con el clan asegura que nadie se disperse y que los pensamientos aislados no atenten contra el orden establecido. Dicho temor a los solitarios y a la soledad existe desde el origen mismo de las sociedades, la *Biblia* señala en el "Génesis" que Dios, al crear al hombre y verlo solo, pensó: "y el señor Dios dijo: No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda idónea".

El grupo es la única fuente de salud. El solitario es un enfermo, una rama muerta que hay que cortar y quemar, pues la sociedad misma pelagra si alguno de sus componentes es presa del mal. La repetición de actitudes y fórmulas seculares no solamente asegura la permanencia del grupo en el tiempo, sino su unidad y cohesión. Los ritos y la presencia constante de los espíritus de los muertos entretejen un centro, un nudo de relaciones que limitan la acción individual y protegen al hombre de la soledad y al grupo de la dispersión (Paz, 2007, p. 203).

Temor, rechazo, admiración, crepúsculo o radiante mediodía, el ser solitario no encuentra un consenso único entre las formas de percepción y representación, por lo cual no existe como tipo específico, lo que permite elaborar una amplia poética alrededor del ser solitario. A pesar de lo anterior, mujeres y hombres tienden cada vez más a dejar atrás su poética creadora, la cual han fundado desde la inefable soledad de su espacio interior, y que ahora intentan suplantar por la virtualidad técnica que crea la falacia de la compañía: “La reducción de los medios de creación individual y la escasez de las salidas hacia la aventura, han acarreado la aparición de compensaciones que se alejan de la vida real” (Leroi-Gourhan, 1971, p. 392).

Se sabe que el humano es un animal sociable pero, como se ha visto, la soledad y el ser solitario tienen valor y significancia social, religiosa, artística y filosófica; además de ser espacios para la creación y encuentro con el propio ser. La necesaria soledad no se traduce precisamente en desvincularse de los procesos sociales, sino en el encuentro de espacios y momentos para organizar el mundo personal y las ideas que lo rondan, para el encuentro consigo mismo y el desarrollo de aptitudes y proyectos que nacen en el espacio interior del ser.

Cada vez es más evidente la paradoja entre la técnica y la soledad. Las nuevas generaciones desconocen el valor del ser solitario y buscan en la virtualidad alejarse de ello.

Parece que los jóvenes de hoy no desean la soledad, no saben qué es eso, no se imaginan qué valor pueda tener. De hecho, su forma de utilizar la tecnología (o para ser justos, nuestra forma de utilizar la tecnología) parece involucrar un esfuerzo constante por evitar la posibilidad de la soledad, un intento continuo, cuando nos sentamos solos en nuestros computadores, de mantener la presencia imaginaria de los otros (Deresiewicz, 2010, p. 24).

Como sugería Charles Baudelaire, es importante aprender a poblar la soledad. Hay momentos en los que necesariamente los seres necesitan estar solos, para dormir, para pensar en los demás, pensar el mundo y pensarse a sí mismos, para razonar algunas situaciones o problemas, para la creación, para la nostalgia, para el recuerdo, para la intimidad del propio cuerpo; para muchas otras razones la soledad es necesaria ya que desde ella se manifiestan los temores y anhelos de cada ser. Algunas veces es preciso permitirse el estar solo y no percibir la soledad como una experiencia traumática; por el contrario, desde ella se posibilita escuchar la voz que habita en el espacio interior, que dice sin máscaras quién es cada quien y lo que verdaderamente desea como habitante de su vida. Como ser poético creador de hábitat.

Habitantes solitarios

Vivir sola es como estar en una fiesta donde nadie te hace caso

Marilyn Monroe

Distintos han sido entonces los momentos en los cuales surgieron las representaciones sobre los solitarios; así como varias las disciplinas desde las cuales se han observado, sin que se haya establecido un consenso que clasifique al solitario como un tipo de hombre o mujer en especial; lo cual, como se ha anotado, permite que la poética y el imaginario sobre los solitarios sean bastante generosos. De hecho, sobre la soledad y el ser solitario existen miles de paradojas utilizadas como refranes, dichos populares y frases célebres: “no hay peor soledad que la de estar mal acompañado”; “la soledad es la mejor compañía y la más sincera”; “jamás hallé compañera más sociable que la soledad”... entre otros.

A pesar de tantos refranes que aluden a la soledad y a los solitarios en los discursos de vivienda y los estudios de hábitat estos aparecen sin palabras, mudos, desdibujados y paradójicamente más solitarios aún, pues su presencia parece ser inadvertida en medio del bullicio de los discursos mercantilistas de la vivienda, los cuales van dirigidos a las familias, en tanto estas representan un potencial de ganancia. Estos discursos son, claramente, incongruentes en sus ofertas y soluciones, ya que estas parecen diseñadas precisamente para personas solas.

El habitante solitario escapa a las rigurosidades académicas y, en general, a todo tipo de discurso que intenta definirlo como concepto homogéneo; escapa, en tanto solo cada quien tiene conciencia de su espacio interior, como una percepción más clara de lo que espera de las situaciones externas. Es decir, solo cada ser conoce o percibe sus más íntimos anhelos y, por lo tanto, sabe o intuye qué circunstancias pueden hacer cambiar sus decisiones. Un habitante solitario no se reconoce simplemente por la singularidad de ciertos elementos en común, ni tampoco se deduce como una fórmula matemática. No es suficiente entonces decir que los habitantes solitarios son aquellas personas que habitan sin la compañía de otros, en una vivienda o habitación para organizar su vida a solas.

Solo los mismos habitantes son quienes “podrían” definirse como habitantes solitarios o no; ya que ellos conocen sus más íntimas expectativas; y debe de hacerse énfasis en la palabra “podrían” pues en las decisiones y posibles certezas del ser juega un papel importante el azar; es decir, los sucesos frente a los cuales no tienen dominio los seres.

Lo anterior significa que, aunque una persona esté totalmente convencida de que habitará en solitario toda su vida, porque así ha sido su decisión, desconoce los posibles eventos que puedan suceder en el futuro, de los cuales depende si puede o no mantener firme dicha decisión. Por ejemplo: una tragedia, enfermarse y tener que ser asistido por alguien con quien deba convivir, hacerse cargo como deber de otra persona (familiar o cónyuge, entre otros), verse en una situación fortuita que le obligue a habitar con otras personas, son algunas eventuales posiciones por las cuales la decisión de vivir solo puede dejar de ser una certidumbre.

Esas posibles situaciones del azar revelan la fragilidad de las certezas humanas, dado que estas incluyen igualmente la riqueza y la pobreza, la salud y la enfermedad, la seguridad de pertenecer a determinadas clases sociales y en general la vida y la muerte. Ello, finalmente, deja como única certeza la siempre diversa, compleja e impredecible composición de la naturaleza del hábitat, similar a la naturaleza del ser. Existen algunas preguntas sobre si se deben considerar como habitantes solitarios algunas personas cuya soledad al habitar no es continua; por ejemplo, las personas que conviven con una u otras personas los fines de semana.

¿Qué ocurre con el/la soltero/a que tiene una pareja estable pero vive separado/a de ella? En este caso, ¿no se organizan las tardes y los fines de semana en conjunto, y el vivir a solas se limita a la compra diaria? Y ¿debemos incluir aquí a la mujer y al hombre solos con niños pequeños? (Jaeggi, 1995, p. 13).

También habría que preguntarse por las diferencias entre quien vive a solas de manera voluntaria y quienes lo hacen de forma involuntaria; así como quien habita a solas de manera provisional y que piensa que habitar a solas no es el ideal en su futuro:

no es tan fácil clasificar a las personas de acuerdo con la simple diferencia entre quienes viven a solas de forma "voluntaria" y quienes lo hacen de manera "provisional". Las capas profundas de la mente humana casi nunca dicen con toda claridad "sí" o "no"; la imagen deslumbrante de la vida en pareja no surge sólo de las revistas ilustradas y en forma artificial, sino que emana de profundos anhelos de protección y confianza, satisfacción corporal y espiritual. [...] También resulta probable que la respuesta cambie en distintas etapas de la vida. Resulta insuficien-

te “consultar” en estas cuestiones a las opiniones que la persona expresa conscientemente (Jaeggi, 1995, p. 13).

Existen entonces tránsitos fluidos entre la soledad y la vida en pareja, así como compañías que no necesariamente involucren un compartir la intimidad sexual o el diálogo entre adultos; por ejemplo, en personas que viven con sus hijos pequeños de los cuales deben ocuparse. Si bien no existe el habitante solitario como tipo sí se encuentran algunos patrones similares de habitar en solitario, que coinciden con circunstancias de vida en común.

POÉTICA

El habitar es poético desde su esencia y reafirma la libertad como elemento constitutivo del hábitat. La poética es una expresión de libertad que se ratifica a sí misma en el lenguaje como una ensoñación. Dicha ensoñación está desprovista de parámetros y ligaduras que intentan fallidamente constreñir, medir o alinear toda imagen proveniente del ilimitado espacio interior de cada ser: “la poesía contemporánea ha puesto la libertad en el cuerpo mismo del lenguaje. La poesía aparece entonces como un fenómeno de la libertad” (Bachelard, 2010, p. 19).

Al ser el habitar un asunto poético, una reafirmación de la libertad como elemento constitutivo de hábitat, en tal poética radica entonces por excelencia el lenguaje de hábitat, mediante el cual el habitante deja su marcaje, establece sus rutinas, dota de sentido propio su hábitat en su demorarse, en su construir de cotidianidad.

La poética del habitante surge de una libertad sin límites que únicamente existe en el espacio interior de cada quien, como expresión subjetiva del ser que la crea y recrea, y con la cual forma las “palabras” y acciones para expresarse hacia el afuera; para abrirse a ese afuera en el cual convive y habita con los otros y fundar sus espacios íntimos en donde tenga más posibilidades de permitirse su despliegue creativo, la seducción para encantar o, simplemente, la evocación de alguna parte de sus vastas formas estéticas internas. En palabras de Gaston Bachelard se trata de vivir lo no vivido y de abrirse a una apertura al lenguaje.

Este lenguaje poético del habitar se traduce en los ritmos cotidianos, en los objetos que evocan memorias, en la expresión de las formas que acompañan el habitar, en los olores y colores que se dispersan en la morada, que dicen del cuerpo y la esencia de quien la habita.

Aspiran a determinar el valor humano de los espacios defendidos contra fuerzas adversas, de los espacios amados.

Por razones frecuentemente muy diversas y con las diferencias que comprenden los matices poéticos, son espacios “ensalzados”. A su valor de protección que puede ser positivo, se adhieren también valores imaginados, y dichos valores son muy pronto valores dominantes. El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido. Y es vivido, no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación (Bachelard, 2010, p. 28).

La libertad, como elemento constitutivo del hábitat, se fortalece en la poética del habitante. Nacida en libertad la poética no solo es inaccesible a las mediciones geométricas y a la homogenización, sino que además se presenta siempre renovada debido al carácter subjetivo de cada habitante que pone nuevas aristas en su lenguaje y aporta, de paso, otras formas de ser, expresar, marcar y estar; así como renovadas imágenes que dejan al descubierto manantiales inagotables en las formas de habitar, que no pueden estar administradas por un conocimiento normativo que las regule. Tarea esta difícil y casi absurda en tanto dicho manantial no deja de emanar nuevas formas de habitar a borbotones.

La imagen en su simplicidad no necesita un saber. Es propiedad de una conciencia ingenua. En su expresión es lenguaje joven. El poeta, en la novedad de sus imágenes es siempre origen del lenguaje. [...] En los poemas se manifiestan fuerzas que no pasan por los circuitos del saber (Bachelard, 2010, pp. 11, 13).

Agazaparse, expandirse, contraerse, llevar a la primera potencia las imágenes que se hacen y deshacen una y otra vez en la intensidad de la morada es habitar y, por consiguiente, es construir hábitat desde el lenguaje apropiado: la poética libertadora.

Agazapar pertenece a la fenomenología del verbo habitar. Solo habita con intensidad quien ha sabido agazaparse. Llevamos en nosotros, a este respecto, toda una reserva de imágenes e imágenes del agazapamiento, podría suministrarnos duda el psicoanalista, si quisiera sistematizar estos recuerdos que no confiamos voluntariamente (Bachelard, 2010, pp. 30, 31).

Imagen 9. Objetos como parte de la poética del espacio.



La poética del habitar no surge siempre entonces como un acto pre-determinado; aunque también se perpetúe el poetizar desde el rememorar de hábitos ancestrales que se reproducen en los actos simples, rutinarios y cotidianos. Cada día trae nuevas imágenes que se yuxtaponen a la tradición de los ritmos que pueblan el diario vivir. Decir que se habita en constante poética es afirmar que se habita desde sí; es decir, desde el espacio íntimo y soberano que subyace en cada ser.

DOMÉSTICO

La mayoría de diccionarios etimológicos coinciden en que la palabra doméstico proviene del latín *domus*, o sea “la casa”; de hecho otros diccionarios también la definen como lo relativo a la casa o el hogar. Más allá de las definiciones enciclopédicas el universo de lo doméstico no solo está profundamente enraizado en la casa y el hogar, sino que también constituye una posesión del tiempo y el espacio en el cual se recrean percepciones y representaciones. La posesión del tiempo y el espacio está en las mismas bases de la creación de lo que Leroi-Gourhan algunas veces denomina “abrigo artificial” para referirse a la morada.

[...] resulta singular que las primeras casas conservadas coincidan con la primera aparición de las representaciones rítmicas. [...] corresponden a una verdadera toma de posesión del tiempo y del espacio a través de símbolos, a una domesticación en el sentido más estricto, puesto que terminan en la creación de la casa, de un espacio y tiempo domesticables (Leroi-Gourhan, 1971, pp. 304, 305).

Esa domesticación del tiempo y el espacio al interior de la morada define ciertos ritmos que permiten el ordenamiento de los hábitos. Dichos ritmos están regulados por un tiempo domesticado y socializado, el cual a su vez rige el movimiento de todos los individuos dentro y fuera de sus moradas.

El ritmo de las cadencias y de los intervalos regularizados se sustituye a la ritmicidad caótica del mundo natural y se vuelve el elemento principal de la socialización humana. La imagen misma de la inserción social, al punto de que la sociedad triunfante ya no tiene por cuadro más que cuadrículas de ciudades y de carreteras, donde la hora rige el movimiento de los individuos (Leroi-Gourhan, 1971, p. 306).

Los ritmos y labores al interior de la morada constituyen la faceta más visible del universo doméstico; a partir de estos los habitantes tienen la oportunidad de llevar a la praxis su poética y su representación del mundo conocido. Lo doméstico es una construcción permanente en la cual está inmerso el potencial de la persona que habita; se perpetúa igualmente la memoria colectiva y se satisface el cuerpo, a la par que se organiza el universo íntimo y social circundante.

La organización del espacio habitado no es solamente una comodidad técnica; es, al mismo título que el lenguaje, la expresión simbólica de un comportamiento globalmente humano. En todos los grupos humanos conocidos, el hábitat responde a una triple necesidad: la de crear un medio técnicamente eficaz, la de asegurar un marco al sistema social y la de poner orden, a partir de allí, en el universo circundante. [...] todo hábitat es evidentemente un instrumento y, por este hecho, está sometido a las reglas de la evolución de las relaciones de la función y la forma (Leroi-Gourhan, 1971, p. 311).

El conjunto de ritmos cotidianos al interior de la morada y, en especial de los quehaceres domésticos, dan pauta de la capacidad de autonomía de los habitantes; si se entiende por autonomía la libertad de decidir la forma como desea habitar y conducir su vida cada persona. Estos ritmos domésticos, además de permitir la práctica de la poética, implican técnicas de sobrevivencia que enseñan al habitante a cuidar de sí mismo y a aprender a cuidar a otros.

Sin embargo, en nuestro caso, a pesar de la ausencia de otros en la morada, los habitantes solitarios están inmersos en una red de relacio-

nes en las cuales la vida doméstica en general tiene unas particularidades y dinámicas propias de su cultura. Los habitantes solitarios son también replicantes de hábitos ancestrales al igual que las familias y quienes viven en compañía, e igualmente adoptan y experimentan los cambios que el mundo actual impone en las formas de habitar.

Hombres y mujeres que experimentan “la experiencia de vivir solos y solas” establecen y restablecen dinámicas propias. Las personas que viven solas en hogares unipersonales no son ajenas a los cambios y dinámicas que se han dado en las familias contemporáneas: poseen similares problemas, dificultades y preocupaciones que las otras topologías de familia (Uribe, 2010, p. 65).

Imágenes 10 y 11. Dos habitantes solitarias en sus quehaceres domésticos y en condiciones distintas. Izquierda: cocina amplia semi-integral. Derecha: cuarto pequeño donde la habitante solitaria duerme y cocina. Para permitir la luz en el cuarto la habitante debe permanecer con la puerta abierta, como se observa en la foto.



Como acciones que llevan a la construcción del hábitat, las labores y ritmos domésticos forman parte del ejercicio del habitar. El desarrollo de la destreza en las técnicas domésticas ofrece una potencial lectura sobre la manera como habita desde su interior cada quien, cómo habita su morada, el barrio, la ciudad, la tierra, el universo. Esas destrezas develan también la capacidad de crear y recrear los espacios íntimos y privados de la morada, la capacidad de servirse y servir, así como el gusto y el disfrute por la vida. Se puede afirmar que el conocimiento y manejo del mundo doméstico son técnicas fundamentales de sobrevivencia que

todos deberían conocer. La forma personal como se asuma ese mundo revela la posición existencial y política de cada ser.

HABITANTES SOLITARIOS: POÉTICAS DEL HABITAR EN LA VIDA DOMÉSTICA

El ser habitante empieza desde el espacio interior de cada ser, donde se habita lo vasto y se escapa a las mediciones de la geometría. Ese espacio interior es por excelencia el lugar de todas las posibilidades, de los sueños y, por consiguiente, donde se gesta el ser poético. “La inmensidad está en nosotros. Está adherida a una especie de expansión de ser que la vida reprime, que la prudencia detiene, pero que continua en la soledad” (Bachelard, 2010, p. 21).

El ser poético que subyace en la inmensidad del espacio interior es creador de imágenes que aportan variados matices y expresiones susceptibles de ser compartidas socialmente; lo que hace de la poética del habitar una experiencia que puede aportar soluciones o respuestas en torno al hábitat. “Por muy paradójico que parezca, es a menudo esta ‘inmensidad interior’ la que da su verdadero significado a ciertas expresiones respecto al mundo que se ofrece a nuestra vista” (Bachelard, 2010, p. 222).

El hábitat, como construcción, envuelve la inagotable fuente de las formas del habitar que continuamente emergen de los ensueños y posibilidades del ser humano. De esas inagotables fuentes del habitar beben las soledades deseadas y las circunstanciales; es decir, aquellas que se presentan como decisiones personales al elegir cómo vivir, y otras que llegan a los destinos de cada quien sin haberlo deseado. La poética se constituye desde esas fuentes en el lenguaje de hábitat.

Los ritmos, olores y sabores al interior de la morada crean el universo de lo doméstico, las labores del día a día que representan la praxis de la poética del habitante. La significación que la sociedad ha otorgado a estas labores ha sido una construcción cultural y política que ha negado posibilidades a hombres y mujeres y, de paso, inscribió percepciones e imaginarios erróneos frente al vivir a solas y los habitantes solitarios. Así mismo, en un sentido técnico, lo doméstico tampoco debe asociarse con un solo género, como hoy ocurre, ya que sus labores implican la sobrevivencia y la salud de los habitantes, cualquiera que sea su esencia, condición o circunstancia.

Habitar a solas comprende un acto de responsabilidad consigo mismo que igualmente implica un autoconocimiento del espacio interior que se habita en primera persona

Si se está solo cualquier aspecto de lo cotidiano debe hacerse algo muy personal y propio, más que en la vida de pareja, y precisamente esto únicamente es posible cuando logramos el acceso a nuestro “espacio interior”, en el que podemos estar solos sin miedos ni presiones (Jaeggi, 1996, p. 9).

Las razones por las que una persona vive sola están ligadas al ejercicio de la vida; es decir, a la cotidianidad de los actos simples y trascendentales que desencadenan consecuencias y decisiones en el destino de los seres. Podría suponerse que quien habita a solas tiene un sentido de territorialidad más exacerbado frente a su espacio doméstico, debido a que la construcción de su habitar se convierte plenamente en un ejercicio personal en el cual está involucrada toda su existencia. Toda subjetividad creadora implica igualmente una natural responsabilidad con el afuera, con el mundo habitado por todos que es más limitado, desposeído de afecto y solitario; en el espacio interior todo es posible... hasta el amor. Allí dentro no cesan las imágenes y las voces compañeras, aun cuando se duerma.

HABITAR A SOLAS. ESCENARIOS Y PERSONAJES EN LA CONSTRUCCIÓN DEL HÁBITAT DOMÉSTICO

LA MORADA

A la inversa y en contra de todo, la casa nos ayuda a decir: seré un habitante del mundo a pesar del mundo

Gaston Bachelard

Es preciso aclarar que en el presente trabajo las palabras casa, apartamento, pieza, piso, cuarto y vivienda serán interpretadas como la morada; es decir, el espacio habitado donde cada quien organiza su vida y vive a su modo parte de la cotidianidad, el lugar que es su punto de referencia en el mundo y en el cual los habitantes solitarios desarrollan toda su poética doméstica.

El hombre no puede vivir únicamente en el mundo exterior con sus puntos de orientación, regiones, calles y caminos. Perdería su apoyo si no tuviera un sólido punto de referencia hacia el cual estén dirigidos todos sus caminos, punto del cual salen estos y al cual regresan. El hombre precisa tal centro por el cual se arraiga en el espacio y al cual van referidas todas sus relaciones espaciales (Bollnow, 1993, p. 81).

No todas las personas que habitan a solas lo hacen en una casa o en un apartamento, algunos habitan en un simple cuarto con servicios y entrada independiente que alguna vez fue un garaje. Otros, incluso, comparten algunas partes de la vivienda con sus vecinos; son los solitarios de inquilinatos quienes a pesar de habitar áreas comunes y servicios de una misma casa como baño, sanitarios, corredores, lavadero, patio y la misma entrada de la calle, reconocen que su morada se reduce a una pieza; los demás lugares de la casa de inquilinato están contruidos por un colectivo muchas veces desconocido con el cual intervienen funcionalmente esos espacios, pero en el cual su rastro como habitantes solitarios se diluye, o simplemente no existe.

Para quien habita a solas muchas veces su morada se convierte en su más inmediata compañía, no solo es el refugio que le da cobijo y calor, sino que guarda sus más íntimos secretos, plasma sus gustos estéticos, organiza el mundo vivido y sueña el mundo que quiere vivir. La casa es una prolongación de su existencia que lleva la impronta de su soledad.

El piso no es solo lugar de refugio y campo de expresión, sino que puede cobrar vida y convertirse en una pareja, como un libro o una obra de arte. Sin embargo, se requiere una capacidad para dotar de vida al mundo que es difícil de adquirir. Cuando se vive solo, esta capacidad es más importante que todo lo demás. La fuerza consciente de configuración desempeña un papel muy importante. Nada ocurre “porque sí”. Es difícil, pero, cuando se logra, fortalece el sentimiento de autoestima (Jaeggi, 1995, p. 62).

La morada es el lugar donde se alberga el cuerpo, el cual a su vez acoge el espacio interior de cada ser, es el punto al cual está referida la vida con respecto a lo doméstico y, por lo tanto, a una parte importante de la cotidianidad que a su vez refleja la esencia de cada quien y lo que espera con respecto a su existencia; así la morada es el primer universo real en el cual se hace tangible el espacio interior, en ella se despliega gran parte de la poética del habitar porque allí se abrigan los recuerdos pero también los sueños, la morada es por excelencia un lugar para soñar y ensoñar: “Si nos preguntaran cuál es el beneficio más precioso de la casa, diríamos: la casa alberga el ensueño, la casa protege al soñador, la casa nos permite soñar en paz” (Bachelard, 2010, p. 36).

Quien habita a solas construye su poética en el ejercicio cotidiano de morar, el sonido inequívoco de sus propios pasos le habla continuamente de su existencia, de su pasado y presente. La soledad como única compañía confronta continuamente al habitante, lo obliga a pensarse a sí mismo y su relación con el mundo en que vive. La morada por su parte suele aportar elementos en ese constante monólogo interno al que obliga la soledad, a la vez que como espacio habitado llama al habitante solitario a que la piense, a que la conozca y reconozca; ya que el olor de ese habitante, su tiempo, sus fluidos, sus hábitos y hasta su piel que se convierte en polvo y se acumula en los objetos y rincones, desgastan la existencia de ese espacio habitado, de esa morada que no solo sostiene un cuerpo físico, sino un universo creado por el habitante a partir de los monólogos internos que ha desatado su soledad.

La morada constituye un elemento potencial para la lectura sobre los individuos que la habitan. Si esa morada es ocupada por una sola

persona la lectura puede arrojar datos más certeros acerca del espíritu que allí vive, especialmente cuando esta ha sido construida y adecuada en el tiempo por el mismo habitante. Esa morada construida transmite a los ojos de quien la lee un esplendor o una decadencia, la gloria o el olvido que le asiste a quien la habita, así como la quietud o el agite de su cotidianidad. Charles Baudelaire en su poema “El Saltimbanqui” relata la imagen de un viejo poeta cuya fatalidad se refleja en su morada:

vi a un pobre saltimbanqui encorvado, caduco, decrepito, una ruina de hombre recostado contra uno de los postes de su casucha. Una casucha más miserable que la del más embrutecido de los salvajes, y cuya penuria iluminaban todavía muy bien dos cabos de vela derretidos y humeantes.

[...] Entonces me dije acabo de ver la imagen del envejecido hombre de letras que ha sobrevivido a la generación que encontró en el su brillante divertimento: la imagen del viejo poeta sin amigos, sin familia, sin hijos, degradado por la miseria y la ingratitud pública, a cuya barraca el mundo olvidadizo no quiere entrar más (Baudelaire, 1996, p. 48).

Gabriel García Márquez describe también la morada derruida de Rebeca, el personaje más solitario de su novela *Cien años de soledad*, quien tras la muerte de su amado José Arcadio se encerró a vivir sola e incomunicada. La morada de Rebeca, destruida por el tiempo y el olvido, refleja su espíritu devorado por una soledad inquebrantable, una pena indecible que solo puede ser leída en la destrucción de las paredes que la albergan.

[...] la casa estaba en pie porque no habían tenido en años recientes un invierno riguroso o un viento demolidor. Los goznes desmigajados por el óxido, las puertas apenas sostenidas por cúmulos de telarañas, las ventanas soldadas por la humedad y el piso roto por la hierba y las flores silvestres, en cuyas grietas anidaban los lagartos y toda clase de sabandijas, parecía confirmar la versión de que allí no había estado un ser humano por lo menos en medio siglo (García, 2001, p. 172).

La morada del habitante solitario es por excelencia la cuna de su soledad, el lugar donde encuentra la esencia de sí mismo, el mayor confi-

dente de su cuerpo y sus más profundos secretos. Esa morada ha de ser el nido donde crece y se fortalece la libertad del alma que la habita; por eso, al crecer y fortalecerse esa libertad, se gesta el hábitat que permite ser. Es decir, la morada de quien habita a solas además de ser la cuna de su soledad es, igualmente, la cuna de su libertad.

La casa en la vida del hombre suplanta contingencias, multiplica sus consejos de continuidad. Sin ella, el hombre sería un ser disperso. Lo sostiene a través de las tormentas del cielo y de las tormentas de la vida. Es cuerpo y alma. Es el primer mundo del ser humano. Antes de ser “lanzado al mundo” como dicen los metafísicos rápidos, el hombre es depositado en la cuna de la casa. Y siempre, en nuestros sueños, la casa es una gran cuna (Bachelard, 2010, p. 37).

Un cuarto para llorar (crónica)

Mercedes es una mujer de 70 años que vive sola en un cuarto con puerta de entrada independiente y servicios. El espacio que ocupa mide aproximadamente tres metros y medio, al interior hay una cama pequeña y un televisor, al cual Mercedes llama su “mejor amigo” pues según ella es el único que le habla. Debajo de la cama guarda su ropa en una caja de cartón; en un rincón hay un pequeño lavadero donde lava sus prendas y los utensilios de cocina, y enseguida de este pequeño lavadero hay una tabla con una hornilla de un solo puesto donde cocina. Tiene además una nevera de la cual está muy orgullosa pues la compró con mucho esfuerzo y logró pagar hasta la última cuota.

Mercedes proviene de una familia numerosa, sus padres tuvieron diez hijos, de los cuales aún sobreviven siete. Ella nunca se casó pero tuvo una hija. Sin embargo, la relación entre ambas no es la mejor. Sara, su hija, le pasa un dinero mensual que cubre la renta del cuarto y algo de la alimentación.

El cuarto solo tiene una pequeñísima ventanilla por la cual entra un poco de luz; por esta razón debe mantener la puerta de la calle entreabierta para que circule el aire. En el cuarto, Mercedes permanece de pie a la hora de preparar sus alimentos, limpiar y lavar la ropa, la otra parte del tiempo se sienta sobre la cama y ve continuamente la televisión. Tan pequeño es su espacio que aun sentada en el sanitario Mercedes corre la cortina, que hace las veces de puerta del baño, y desde allí observa sus programas favoritos.

No le gusta escuchar música a muy alto volumen, ni el ruido de los niños bulliciosos que juegan y hacen travesuras. A pesar de esto, hasta

el cuarto le llega el sonido ensordecedor de la música de sus vecinos, los niños corren y hacen algarabía en la calle, la gente se habla a gritos de balcón a balcón; entonces cierra la puerta y le quedan dos alternativas: prender una bombilla que le da una tonalidad sepia a su rostro y a su cuarto, como si todo allí fuese una vieja foto olvidada, o conformarse con la luz del televisor que cambia constantemente según las imágenes y colores en la pantalla, y que hace ver la silueta de Mercedes en la oscuridad como una aparición fantasmal intermitente.

Mercedes tiene también dos nietos pero estos solo la visitan dos veces al año:

A principios de cada diciembre llegan mis nietos a traerme un mercado y darme algún regalo y dinero. Yo sé que ellos necesitan que la navidad los coja con su conciencia tranquila y por eso me visitan en esa fecha. Mi hija no viene nunca, me consigna mensualmente la plata y punto, ella y mis nietos me llaman una vez al mes y si estoy enferma se comunican con una vecina para que me colabore.

El encierro constante de Mercedes ha afectado su salud, sus ojos no soportan algunas veces la excesiva luz del día y cuando sale debe usar lentes oscuros: "Por aquí hay unos culicagados muy malcriados que se burlan porque uso lentes grandes de sol, pero como este cuarto es tan oscuro no me acostumbro a la luz cuando salgo", dice.

Las fechas de celebración son los días favoritos de Mercedes para encerrarse; especialmente la navidad, año nuevo y el día de la madre:

Esos días son los que doy gracias a Dios por este cuarto, pues cierro la puerta y me echo en la cama a llorar. Puedo estar encerrada en estas cuatro paredes y llorar sin que nadie me vea, es que yo siempre tuve un carácter muy fuerte y decía lo que pensaba y eso como que no le gusta a nadie.

Un día Mercedes se resbaló al salir del baño y se golpeó una pierna, pero aunque sintió mucho dolor no le dio importancia y pasó el resto de la semana con una cojera en su pequeño cuarto mientras hacía las labores domésticas. Solo cuando tuvo la necesidad de salir a realizar la compra de los víveres semanales se dio cuenta que podía cojear en su cuarto, pero que caminar una distancia grande le resultaba casi imposible. Entonces regresó a su cuarto y se sentó en su cama a pensar sola y en silencio:

Comprobé ya, definitivamente, en ese momento que soy una mujer vieja, pobre y sola. Pensé muchas cosas y hasta me di cuenta que la mayoría del tiempo sólo hablo una vez a la semana con la cajera del supermercado donde compro mis cosas y una vez al mes cuando me llaman mis nietos, el resto del tiempo permanezco callada y sólo escucho y veo la televisión. En esta vida sólo me tengo a mi misma y a este cuarto donde puedo llorar y llorar hasta que ya no pueda más, así gasto todas las lágrimas y cuando salgo no le doy el gusto a nadie. Que me digan que soy una vieja sola, pero nunca una vieja amargada.

LOS ESPACIOS

Algunas personas que viven solas no cuentan con más espacios que un simple cuarto mientras muchas otras viven en casas o apartamentos de dos o tres habitaciones; e incluso hay quienes habitan mansiones. Algunos habitantes tienen la capacidad de ocupar los distintos espacios de su morada como si estuviesen habitados por otros seres; mientras otros, por el contrario, dejan espacios vacíos, habitaciones poco ocupadas donde sólo habitan recuerdos, o los objetos y el polvo acumulado en esas cosas que se guardan y rara vez, o nunca, se utilizan.

No obstante, muchos habitantes solitarios, al igual que una familia, suelen dar el mismo uso regular a sus habitaciones. La sala casi siempre es el espacio social, la alcoba principal, el baño privado y muchas veces hasta el estudio suelen ser los lugares más restringidos a los otros, espacios de las más íntimas soledades. Allí construyen el sueño y el ensueño y por lo tanto son espacios fundamentales en la constitución poética del habitante:

De hecho, las pasiones se incuban y hierven en la soledad. Encerrado en su soledad el ser apasionado prepara sus explosiones o proezas.

Y todos los espacios de nuestras soledades pasadas, los espacios donde hemos sufrido de la soledad o gozado de ella, donde la hemos deseado o la hemos comprometido, son en nosotros imborrables. Sabe por instinto que esos espacios de su soledad son constitutivos (Bachelard, 2010, p. 40).

Desde el balcón o la ventana se observa lo otro que es el entorno de la morada; algunas veces muy familiar y cercano al mundo doméstico

que se habita a solas, otras veces tan distinto y distante que se diría que el adentro y el afuera de la morada son dos universos que se desconocen mutuamente. En la cocina está el agua, el fuego y el alimento, elementos necesarios para el fortalecimiento de la reafirmación del ser que habita el cuerpo y para la vida de ese mismo cuerpo que a su vez habita la morada. El fuego y la luz permiten la continuidad del día en la morada, el habitante solitario entregado a una poética nocturna de su habitar cierra las cortinas a la oscuridad exterior y con su morada iluminada existe para sí, construye un hábitat particular con su capacidad onírica y ejerce su libertad alejada de las estructuras de corto vuelo que reducen la construcción del hábitat a los razonamientos medibles, a la comodidad y la producción en serie de los modos de vida y los hábitos.

Es incluso a través del fuego, por lo menos en los orígenes, como la casa es también lugar de la luz, y esta, que revela de lejos su presencia al viajero nocturno, o congrega al anochecer a todos sus ocupantes, permanece como uno de sus más poderosos símbolos. Sólo dentro de su área, negando el ritmo natural del día y la noche, el hombre puede proseguir sus actividades hasta el momento de dormir o reduciendo las horas de sueño (Pezeu-Masabau, 1988, p. 66).

Por el contrario, otros habitantes solitarios dan usos renovados a los espacios, la sala será el estudio o simplemente un sitio de descanso personal, unos cojines sobre una alfombra hacen las veces de lugar de lectura, el comedor que suele reunir a la familia en torno a las comidas es en la morada de algunos habitantes solitarios un lugar social, allí sus invitados se sientan alrededor de la mesa y además de cenar o merendar también conversan, cantan, beben, ríen incontrolablemente mirándose unos a otros o se cuentan secretos. Otros habitantes solitarios utilizan su habitación únicamente para dormir en las noches, prefieren leer y dormir las siestas en el cuarto de invitados; quizás desde su espacio interior buscan impregnar con su olor todos los espacios de su morada, pues saben que en ella todos le pertenecen, los utilizan según su gusto o necesidad y disfrutan al reafirmar el control de su territorio doméstico.

El modo como se utilizan los espacios de la morada es una potencial fuente de lectura del espíritu y la personalidad de quien la habita. Indica el apego a lo tradicional, a los recuerdos de una cultura y familia de la cual ese habitante aprendió las diferencias y usos de los espacios domésticos o la capacidad y audacia de reinventar ese hábitat doméstico a partir de la libre e inagotable poética que desde su morada lo fortalece como habitante del mundo.

La mansión muerta (crónica literaria)¹

Desde el momento en que el doctor le dijo a Alexander que sólo le quedaban seis meses de vida su casona empezó a morir con él. Alexander había heredado la mansión por parte de su madre. Otrora su familia estaba compuesta por sus padres y dos hermanas. El barrio Prado de la ciudad de Medellín era en su infancia el barrio idílico donde casi todos soñaban vivir, sus calles sembradas de guayacanes amarillos y cadmios perfumaban el ambiente y le daban a la zona un aire de paraíso en el cual parecía reinar la felicidad.

En su infancia a Alexander le gustaba jugar a los fantasmas con sus hermanas y primos en el sótano de su casa, o esconderse allí y quedarse en silencio cuando estaba de mal humor. En 1973 Alexander se fue a estudiar a Estados Unidos. En las primeras vacaciones, al regresar a su casa, su padre murió de un infarto fulminante mientras dormía. Su madre no pudo soportar la tristeza y decidió ocupar otra habitación, cerró casi definitivamente la puerta de la habitación matrimonial y sólo trajo de allí sus objetos personales y algunas fotografías. Sus hermanas también evitaron ingresar en aquella habitación; una vez a la semana Merceditas, la empleada doméstica, la abría para hacer la limpieza.

Alexander terminó sus estudios y regresó definitivamente a Medellín, sus hermanas se habían casado y marchado a vivir con sus respectivos esposos al extranjero. Alexander también se casó pero su matrimonio fracasó y después de vivir solo por un tiempo en un apartamento decidió volver de nuevo a la casona de su infancia al lado de su madre y Merceditas, quien después de unos meses decidió marcharse a su pueblo natal.

Una mañana de noviembre del año 1998 Alexander preparó el desayuno para él y su madre, fue a despertarla pero al mirarla se dio cuenta que estaba muerta. Entonces clausuró aquella habitación y se quedó solo en la casona de seis habitaciones, tres baños, dos patios, un inmenso comedor, dos salas y un jardín en el que se habían muerto las flores y donde poco a poco empezaron a dormir los indigentes.

Cuando el médico alertó a Alexander de los pocos meses de vida que le quedaban decidió avisarle a sus hermanas, quienes vinieron a verle y se quedaron con él algunas semanas; luego cada una de ellas regresó al exterior donde estaban sus esposos e hijos. Terminaron por llamarlo con frecuencia casi diaria, pero Alexander invadido por su cáncer y cierto resentimiento contra el mundo muy pocas veces contestaba el teléfono. Una tarde decidió abrir la habitación de su padre pues escuchaba ruidos, allí descubrió entonces un gran agujero en el cielo raso ocasionado por la humedad. Aquella misma noche dos ladrones intentaron ingresar sin éxito a la mansión por la puerta del garaje, al día

¹ En esta crónica se acude a la mezcla de elementos de la realidad con tratamientos literarios simbólicos.

siguiente Alexander clausuró también aquella puerta con gruesas capas de cemento.

Cuando su dinero comenzó a escasear decidió hipotecar la casona y contrató a Carlos, un mensajero de confianza para que le comprara los víveres, pagara los servicios y retirara el dinero del alquiler de una propiedad que aún le quedaba. En los días de lluvia crujía el techo y el agua entraba por el segundo piso; los grifos se dañaron, la humedad invadió todo y arruinó los muebles, llenó de hongos las fotografías familiares y borró los rostros. Alexander no quería reparar aquella casa pues la sentía tan enferma y desahuciada como su cuerpo.

Alexander llamó a una de sus hermanas el día 8 de septiembre del 2010, le dijo que buscara quién podía vender los objetos de la casa y que compartiera el dinero con su otra hermana, que el moriría en cuestión de pocos días. Al día siguiente algunos parientes de Medellín, a los que alertó su hermana desde el exterior, fueron a verlo con la intención de internarlo en una clínica. Buscaron a Carlos para que les abriera la puerta, este acudió y cuando ingresaron llamaron a Alexander en todas las habitaciones de la casona. Entonces uno de sus primos que estaba allí recordó el sótano y los juegos de la niñez, al bajar encontraron el cuerpo sin vida de Alexander sentado en el mismo lugar donde solía esconderse cuando era un niño. Al contrario de la mayoría de los seres que por lo general temen morir a solas Alexander había descendido hasta la más vieja de sus soledades para morir.

Los familiares vendieron los enseres y clausuraron la casa, pero los indigentes y drogadictos se la tomaron por un tiempo. Alexander fue cremado, mientras la mansión muerta aún continúa su proceso de descomposición a un lado de la calle Moore del barrio Prado en Medellín.

SOLITARIOS DE INQUILINATO

A grandes rasgos, un inquilinato es una vivienda donde habitan varias personas, ya sean familias o individuos, en cada una de las piezas o habitaciones. El valor del arriendo de la pieza varía según la calidad y el lugar donde está ubicado el inquilinato, y las normas de convivencia están señaladas por un administrador que se encarga de recoger el dinero del arriendo. Esta es una oferta de vivienda informal que no está regulada por ninguna ley. El inquilinato surge como lógica consecuencia de las dinámicas urbanas y las formas de sobrevivencia propias de la ciudad. Al no estar sujeto a ninguna regulación, su calidad habitacional suele ser deficiente y además, generalmente, también se presenta especulación en los precios.

Las personas que habitan solas en un inquilinato constituyen un caso especial, porque no viven propiamente solas, pues el espacio que ocupan lo comparten con otros habitantes. A pesar de esto, saben que

sólo la habitación o pieza por la que pagan es donde pueden desarrollar su existencia, tener su intimidad y guardar sus pertenencias. Por lo tanto, estas personas viven su soledad en la pieza de una casa donde generalmente hay hacinamiento. Es decir, viven solas encerradas en una habitación, mientras a su alrededor se vive el agite y la falta de espacio para el encuentro íntimo de los propios cuerpos y el pensamiento. Comparten las áreas comunes del inquilinato, los baños, los lavaderos, los corredores, la puerta de entrada y sólo ocasionalmente la cocina, pues en la mayoría de estos inquilinatos las personas cocinan en la misma habitación. No se debe confundir el inquilinato con la vivienda compartida, pues en esta última los habitantes comparten los gastos de arriendo y servicios y algunas veces de alimentación, mientras que en un inquilinato cada quien se ocupa de pagar sólo la pieza que ocupa y los servicios públicos son cancelados por el administrador, por lo cual este suele restringir frecuentemente las horas de lavado de ropa, de baño, así como el uso de algunos electrodomésticos.

Por lo tanto, la poética del habitar a solas en un inquilinato se constriñe en medio de tantos problemas y restricciones. El habitante solitario de inquilinato sólo cuenta con su pieza en la cual construye su mundo. Muchos de ellos sufren agresiones de todo tipo por parte de los otros habitantes, son seres desprotegidos ya que como personas solas no tiene derecho a la vivienda de interés social. Si se trata de un hombre suele ser mirado como un ser de “dudosa sexualidad”, y si es una mujer se le observa como una persona vulnerable; si se trata de una persona de la tercera edad difícilmente se le alquila un cuarto, pues se le considera una carga para los demás.

Encerrados en su habitación, donde suelen adquirir una palidez característica, estos habitantes escuchan los conflictos cotidianos del inquilinato, la música que llega de otras habitaciones, los lamentos y maldiciones del día a día.

Se llega a ser habitante solitario de inquilinato por muchísimas circunstancias, y en algunas de ellas se comprueba que vivir solo no siempre es una elección. El inquilinato es para el habitante solitario un hábitat que nunca termina de construir pues nada en él le pertenece, nada es suyo, ni siquiera su habitación, carece de territorio, y sólo su espacio interior es el lugar que puede habitar constantemente, pues la mayoría de habitantes de inquilinato suelen cambiar con frecuencia su estadía de un inquilinato a otro.

Los días de Ernestina (crónica)

A Ernestina se le fue su único hijo de 22 años con una italiana y jamás volvió. Sola en su cuarto de inquilinato en el barrio San Diego de

Medellín evoca la memoria de su muchacho con cierto aire de amargura: “Él no es que se haya olvidado de mí, sino que no sabe cómo buscarme, me dijo que volvería, pero de eso hace ya cinco años y no sé nada de él”.

Ernestina es una mujer de 60 años, su voz tiene un tono casi infantil, como si en su interior hubiese una niña que pide un poco de ternura, unas palabras de aliento al menos, que seguro no ha podido escuchar en sus años de espera y quizás nunca en su vida. Las relaciones de Ernestina con los demás habitantes del inquilinato no son muy buenas pues los demás habitantes la ven como una vieja loca que sólo habla de su hijo: “Dígame usted cómo no voy hablar de mi hijo si es lo único que tiene valor para mí en esta vida”.

La pequeña habitación de Ernestina está decorada con elementos de cocina como ollas y un colador, así como algunos cuadros en los que sobresalen las fotos de su hijo. Ernestina sobrevive vendiendo cigarrillos y dulces en un cochecito de bebé que arrastra desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde. Con lo que gana logra pagar ocho mil pesos diarios por el arriendo de su pequeña pieza y comer algo. Dos o tres veces al año visita a su hermana que vive en un barrio alejado de la ciudad: “La visito con la esperanza de que me diga algo de mi hijo, ya que ella tiene teléfono y mi hijo lo sabe, tal vez algún día llame y venga por mí”.

Los objetos de la pequeña pieza de Ernestina hablan de la ausencia de alguien que se extraña y que no viene, de su pobreza, y de una esperanza cotidiana que nunca desfallece.

Cada mañana Ernestina arregla la mercancía de su coche de bebé, le reza una oración a la virgen, y mientras sueña con el regreso de su hijo se va a vender sus dulces y cigarrillos en el sector de La Alpujarra. Cada noche de regreso lava la ropa del día, calienta algo de comer en una pequeña hornilla que tiene en su habitación, luego cierra la puerta y entonces, enfrentada a la ausencia que se lleva su felicidad a cuentagotas, mira las fotografías de su muchacho y de nuevo eleva una plegaria al cielo. Se duerme temprano, a eso de las ocho y media, pues al otro día posiblemente llegue su hijo con los brazos abiertos, resplandeciente como un sol. Por lo pronto, sólo tiene la certeza de sus pasos lentos al arrastrar el cochecito de dulces por la ciudad.

RITMOS Y RITUALES

En el capítulo "Cronología, percepciones y representaciones del habitante solitario" se aludía al universo de lo doméstico como todo aquello que no sólo está profundamente enraizado en la casa y el hogar, sino que también constituye una posesión del tiempo y el espacio en el cual se recrean percepciones y representaciones. En el mundo domésti-

co esa posesión del tiempo y el espacio es posible mediante la creación de unos ritmos que definen lo cotidiano y lo extraordinario al interior del hogar: “Los ritmos son creadores del espacio y del tiempo, por lo menos para el sujeto; espacio y tiempo no existen como vivido sino en la medida en la cual son materializados en un envoltorio rítmico” (Leroi-Gourhan, 1971, p. 301).

Mirado desde el universo de lo doméstico, los ritmos no son otra cosa que las actividades que se desarrollan de forma habitual al interior de la morada. Constituyen las maniobras de sobrevivencia que han sido aprendidas de generación en generación y hacen parte de la memoria cultural y colectiva de los pueblos: cocinar, decorar, limpiar, dormir, descansar. Es decir, las acciones que permiten la apropiación del tiempo y del espacio, y que son finalmente actividades comunes de cada cultura desarrolladas por las personas en la vida doméstica. “El territorio donde se despliegan y se repiten día con día las acciones elementales de las ‘artes de hacer’, es de entrada el espacio doméstico, esta vivienda a la que uno desea ardientemente retirarse, porque allí se conseguirá la paz” (De Certau, 1999, p. 147).

Estos ritmos algunas veces son rituales cotidianos que rememoran ciertas costumbres o reglas ancestrales que se han establecido en la memoria colectiva y que dan cuenta de una cultura, nacionalidad, región o memoria familiar; que se expresan en las costumbres culinarias, el manejo del tiempo, la forma de decorar, la manera de atender las visitas y los rituales sagrados al interior del hogar, entre otros aspectos.

Los ritos colectivos de la comida en común, y algunas veces también los del descanso nocturno en grupo, aseguran que una parte de cada quien permanezca atenta a las expectativas del grupo y que más allá de la vida personal una parte importante del comportamiento se mantenga sometida a aquel (Pezeu-Massabuau, 1988, p. 203).

Así como en las moradas donde conviven las familias y en general las personas acompañadas, en el universo de las personas que habitan a solas estos ritmos y rituales suelen ser reguladores de la vida doméstica para la sobrevivencia. Es común, especialmente entre las personas jóvenes que deciden vivir solas, pedir y recibir consejos de sus padres, familiares y amigos sobre algunos aspectos relacionados con la cocina, el arreglo de la ropa y la limpieza, entre otras cosas. En la actualidad existen en Internet una gran cantidad de páginas que aconsejan a las personas que viven solas sobre reglas básicas para la vida doméstica. Una de estas páginas pregona “Los diez mandamientos para vivir solo” y da varios consejos sobre la organización del tiempo doméstico y sobre

las visitas de los amigos. Sin embargo, la gran mayoría de las personas jóvenes o adultas poco siguen las recomendaciones escritas sobre el vivir a solas y prefieren escuchar a su familia o sus amigos.

Las personas que viven acompañadas, ya sea con su familia, amigos o compañeros, se suelen regir por los patrones que impone la cultura y el ritmo de las actividades fuera del hogar, es decir; estudiar, trabajar y salir a divertirse. Por lo tanto, hay unos horarios establecidos para las comidas, para el aseo, para el descanso y el sueño. Estos patrones son reproducidos por las personas que habitan a solas. No obstante, al no existir un consenso regulador con otras personas, los tiempos de estos ritmos suelen ser más laxos en las personas que habitan a solas. La ejecución de los ritmos o la forma como se llevan a cabo contienen la impronta personal del habitante solitario y describen en cierta medida su personalidad, su ocupación, la memoria afectiva que lleva dentro de sí. Sus gustos, anhelos y temores revelan la geografía de ese vasto espacio interior que existe en cada ser y que se materializa en la valoración y disposición de los objetos, así como en el tiempo y el espacio que moldea lo tangible e intangible al interior de la morada unipersonal.

Cocinar

Uno de los ritmos que envuelve al tiempo y al espacio de la vida doméstica es la alimentación. Alimentarse tiene todo un papel protagónico en la rutina diaria y de ello depende en buena medida la vida y la calidad de la misma. La cocina es por lo tanto el escenario donde se gesta la mayor parte de la sobrevivencia. La misma palabra hogar, que deviene de hoguera, tiene relación con el fuego donde se cocían los alimentos y alrededor del cual se congregaba el clan para alimentarse y estar junto a los suyos.

En cada caso, hacer —la— comida es el sostén de una práctica elemental, humilde, obstinada, repetida en el tiempo y en el espacio, arraigada en el tejido de las relaciones con los otros y consigo misma, marcada por la “novela familiar” y la historia de cada una, solidaria tanto con los recuerdos de infancia como con los ritmos y las estaciones (De Certau, 1999, p. 159).

No obstante, alimentarse de forma adecuada y especialmente cocinar la propia comida suelen ser las actividades más difíciles para quienes habitan a solas. Es común escucharles decir a algunas amas de casa que conviven con sus familias, cuando por algún motivo se quedan solas, frases como: “Todos salieron y no he hecho nada de comer pues me da pereza cocinar para mi sola”, o tal vez: “Hoy estoy sola, haré de comer algo muy sencillo pues no me gusta cocinar sólo para mí”.

Imágenes 12 y 13. Izquierda: cocina en cuarto unipersonal en edificio para habitantes de inquilinatos, barrio Colón. Derecha: cocina integral en unidad cerrada.



Cocinar o no cocinar, dos formas de alimentarse

Amalia, Andrés y Héctor son tres personas que viven solas y, a pesar de que tienen estratos sociales y ocupaciones diferentes comparten algo en común: a ninguno le gusta cocinar. Amalia es una abogada ejecutiva que administra la cooperativa de trabajadores de una conocida empresa en Medellín, quien vive en un pequeño pero cómodo apartamento del barrio Boston. Andrés es un estudiante de sociología en una universidad pública, vive de sus ingresos como cajero en un club de encuentro para gays, su pequeña morada sólo es una habitación en un barrio popular con entrada independiente y servicios. Héctor es profesor en una universidad pública que habita en un edificio al sur de la ciudad en un exclusivo sector del barrio El Poblado.

Amalia es separada y durante muchos años atendió a su esposo y a sus dos hijos, especialmente los domingos y feriados cuando descansaba de su trabajo. Tras la separación sus hijos se casaron y Amalia optó por comprar el apartamento donde hoy habita:

Siempre viví en función de mi esposo y mis hijos, odiaba cocinar pero debía hacerlo pues era la obligación de mis días de descanso. Mis hijos nunca aprendieron a cocinar y mi marido simplemente no sabía ni le interesaba aprender. Yo recurrí de recién casada a los consejos de mi suegra y las recetas de mis tías y mi abuela. Ahora que vivo sola suelo comer en restaurantes durante la semana y los fines de semana pido a domicilio (entrevista realizada por el autor a Amalia Carvajal, Medellín, 2012).

Andrés vive relativamente cerca de la casa de su madre, así que va todas las mañanas a desayunar antes de ir a la universidad. Su mamá le prepara además un fiambre para el almuerzo, por las noches se toma algún refresco y papitas fritas o galletas dulces que compra en cualquier tienda: “Nunca me ha gustado cocinar, es más, no sé ni freír un huevo, la cocina me aburre. Afortunadamente mi madre vive cerca y allí desayuno y me empacan el almuerzo todos los días. La comida la embolato con cualquier cosa” (entrevista realizada por el autor a Andrés Pérez, Medellín, 2012).

Por último, Héctor desayuna siempre cereales o frutas, a los cuales sólo agrega yogur o leche, almuerza preferiblemente en un restaurante vegetariano y de noche asiste a un gimnasio y come algo ligero: “Nunca me preocupé por cocinar, la cocina quita tiempo, tengo una cocina integral con todos los utensilios pero la mayoría de ellos están sin usar, pues sólo recuerdo haber calentado agua para un té, nada más” (entrevista realizada por el autor a Héctor Ceballos, Medellín, 2012).

A excepción de Héctor que, aunque no cocina, es más consciente de la necesidad de llevar una alimentación sana que complementa con la actividad física, tanto Amalia como Andrés, y en general la mayor parte de las personas entrevistadas que viven solas y no cocinan, suelen tener problemas derivados de sus hábitos alimenticios. Amalia ha ganado algo de peso, pues los días de descanso le gusta reposar en la cama y mirar la televisión o películas en DVD, llama por hamburguesas, pizza o pollo y papas a la francesa a domicilio, acompaña sus comidas con bebidas gaseosas y sólo camina las seis cuadras que separan su apartamento de su oficina, allí en su trabajo se mantiene sentada en la silla de su escritorio, o en reuniones que suelen terminar con almuerzos ejecutivos.

No me preguntes por ejercicios o dietas, vivo muy ocupada y en mis días de descanso duermo todo el día o permanezco en mi cama mirando la televisión, esa es mi forma de descansar, no quiero saber nada de la cocina, a ella voy sólo a preparar un tinto cuando alguien viene a visitarme (entrevista realizada por el autor a Amalia Carvajal, Medellín, 2012).

Andrés no tiene ni una simple hornilla en su habitación independiente, tampoco objeto alguno que indique que prepara tan sólo un café. Al interior de una canastilla de papeles se observan una gran cantidad de envoltorios de paquetes de galletas y papas fritas, y sobre su escritorio hay una botella de dos litros de bebida gaseosa a medias. Andrés fuma al menos diez cigarrillos diarios, su piel es pálida, su cuerpo luce una notable delgadez y acepta tener problemas con la alimentación.

Como debo bajar a casa de mi madre a diario por el desayuno y el almuerzo algunas veces se me hace tarde y no alcanzo a bajar, entonces desayuno con un tinto y un cigarrillo en la universidad y almuerzo gaseosa con pan y salchichón, o si tengo dinero me como un perro caliente. Sí, he tenido problemas gástricos, pero cuando me gradúe empezaré a alimentarme bien y quizás hasta tenga tiempo y ánimo para aprender a cocinar (entrevista realizada por el autor a Andrés Pérez, Medellín, 2012).

Las palabras de Andrés revelan en cierto modo una ambigüedad en su forma de habitar, a su cuarto independiente lleva constantemente amigos o compañeros de universidad, duerme los días festivos hasta la hora que quiere, puede estudiar sin ser interrumpido. Andrés mantiene su cuarto y el baño completamente ordenado, las cosas están en su lugar, parece que llevara las riendas absolutas de su vida doméstica y que fuera autónomo e independiente de forma absoluta. Pero cuando habla de la alimentación se descubre una dependencia de su madre. Con respecto a este tema, la poca importancia que le ha dado a la posibilidad de instalar al menos una pequeña mesa con una hornilla y utensilios básicos de cocina muestra un cierto desgano por algunos asuntos elementales de vivir solo. Andrés no gana lo suficiente para pagar domicilios o almorzar constantemente en restaurantes.

Sería por supuesto un error considerar la cocina como el único patrón para medir la capacidad para vivir solo. Pero ya que la comida es una necesidad primaria y el refinamiento en la preparación de los alimentos forma parte de los avances culturales de la humanidad, al preguntarnos si alguien sabe cocinar o no, no formulamos una pregunta secundaria. El hecho de que en nuestra sociedad de bienestar aumentan las enfermedades digestivas demuestra que en este campo es fácil sufrir trastornos [...] Si una persona es única responsable de su vida, pueden aparecer problemas en el campo de la alimentación y la cocina en determinadas circunstancias, problemas que no se habían tenido al vivir en pareja o en la familia (Jaeggi, 1995, p. 70).

Por el contrario, los habitantes solitarios que disfrutan cocinar parecen mezclar el gusto por las artes culinarias con cierta alegría y estética que acompaña las acciones al cocinar y servir la comida. A diferencia de las tres personas antes citadas, Alberto es un arquitecto que disfruta

cocinar los domingos. Congela la comida en pequeños recipientes y la consume en el transcurso de la semana. Tiene mermeladas de varias frutas que el mismo prepara y que ofrece a algunos de sus invitados con pan y té. La mesa del comedor es además el lugar donde atiende a sus visitas; es claro que las palabras en las reuniones de su casa están acompañadas con algo de comer, beber o ambas cosas. Es decir, la alimentación y de forma especial la que él mismo prepara hace parte de su habitar poético. Por eso la mesa de su comedor es el centro social de su apartamento, los objetos sobre ella tienen dos funciones, una es decorar y la otra es ser útiles a la hora de comer: una pequeña bandeja con cucharitas, tenedores y cuchillos, un recipiente rústico que contiene portavasos, un servilletero, todos estos objetos sobre la mesa son de madera como la mesa y las largas bancas. Parece una instalación artística en la cual tienen encuentro la palabra, el oído, el gusto, el olfato, la vista, el tacto y la risa.

Alberto aprendió a cocinar en Europa, cuando era un joven estudiante y de repente se dio cuenta que repetía constantemente los mismos platos y que algunas veces se alimentaba de cualquier manera:

Un día pensé que simplemente estaba atentando contra mi salud y entré a una librería por un libro de recetas. Me sentí tan bien con lo primero que preparé que llame algunos amigos y los invite a cenar, se asombraron de mi buena sazón la cual ni yo mismo conocía. Desde entonces, cocinar es una de mis alegrías (entrevista realizada por el autor a Alberto Botero, Medellín, 2012).

Eva Jaeggi anota al respecto:

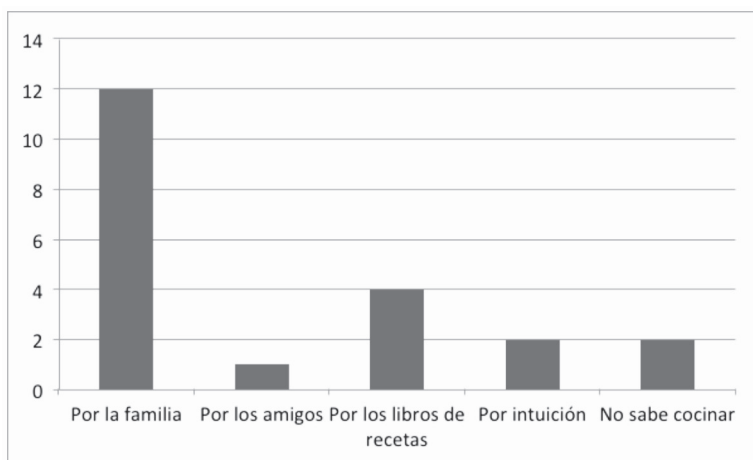
Así como los niños que acaban de aprender a hacerse un pudín o a freír salchichas quieren a veces renunciar a la comida materna, de la misma manera algunos de los solitarios disfrutan de sus capacidades recién adquiridas. Incluso un hombre maduro y de éxito [...] se permite alabanzas orgullosas sobre sí mismo [...] Cocinar para los amigos forma parte de las experiencias más importantes de muchas personas que viven solas, por lo que se suele hacer con mucha frecuencia (Jaeggi, 1995, p. 69).

Habitar a solas lleva a desarrollar un gran sentido de responsabilidad con el propio ser, porque se piensa constantemente en las circunstancias de la vida, en las relaciones con los demás y en la forma como se percibe el cuerpo habitado. A menos que se cuente con los recursos ne-

cesarios para pagar una empleada doméstica o para alimentarse constantemente a domicilio o en restaurantes, saber cocinar y disfrutarlo es una necesidad básica de quien habita a solas:

Poder cocinar parece estar relacionado con “proveerse”. Prepararse uno mismo la comida es una manera sencilla pero eficaz de comprobar que uno se ha hecho verdaderamente adulto, verdaderamente independiente, que uno, en sentido literal, “no se va a morir de hambre”. Esto tiene consecuencias en sentido figurado. Es como si la persona se mostrara que tampoco hay que temer a morir de hambre espiritual. Esta sensación se amplía y se enriquece gracias a la experiencia de que se está en condiciones de proveer también a otros (Jaeggi, 1995, p. 69).

Gráfico 3. Cómo aprendió a cocinar



Como se observa en el gráfico, la mayoría de los habitantes solitarios contestaron haber aprendido a cocinar gracias a su familia, un segundo puesto lo ocupan aquellos que recurrieron a los libros de recetas, la intuición también juega un papel importante a la hora de cocinar, sólo dos hombres contestaron no saber cocinar.

El arte necesario de la cocina se aprende, la mayoría de las veces, en el seno familiar. A pesar de esto, la intuición y los libros de recetas son una opción cuando poco se recuerda de las recetas de familia o se ha carecido de estas enseñanzas. Existen en Internet algunas páginas con recetas para personas solas, también hay una variada oferta de libros de recetas especializados en este tipo de habitantes.

Si se tiene el cuidado de observar los libros de recetas para personas solas se verá cómo la mayoría aluden específicamente al hombre. En la rutina doméstica de quienes viven solos, los roles de género suelen perder su validez.

No obstante, hay que anotar que no es una regla general, pues factores como la comodidad económica o la cercanía de la familia, entre otros, pueden hacer que una actividad tan básica como la cocina sea todavía desconocida para quienes viven solos; especialmente para los hombres que en el primer caso recurren a la ayuda de las empleadas domésticas o a los restaurantes y, en el segundo, a la visita casi diaria a la casa de los padres o familiares donde se resuelven asuntos como la alimentación, lo cual hace que la persona tenga poco interés en aprender el arte de la cocina.

La cantidad exacta para cocinar para una sola persona suele ser otro de los problemas más frecuentes con los que se enfrentan los habitantes solitarios. De un total de veinticinco personas entrevistadas nueve afirmaron tener dificultades (al menos en un principio) con la medida exacta al cocinar, lo cual genera que se desperdicie comida: “Con lo que nunca he podido es con los granos, especialmente con las lentejas y frijoles. Terminé preparando más de la cuenta y aunque congelé lo que sobra, pierdo el gusto por los granos después de congelados” (entrevista realizada por el autor a Mercedes Silva, Medellín, 2011).

Imágenes 14 y 15. Memes de la página de Facebook Vivir solo. Obsérvese como están directamente dirigidos al hombre y su forma de alimentarse cuando vive solo.



El rol de géneros tan difundido en la sociedad moderna industrializada dejó en el imaginario la creencia de que la cocina es asunto femenino. Sin embargo, en la sociedad posmoderna el individuo surge en contraposición a la uniformidad de dicha sociedad. El cuidado de sí mismo, que incluye un cuerpo sano, rompe las fronteras de los roles masculino y femenino, especialmente en los asuntos domésticos.

Imágenes 16 y 17. Izquierda: alimentos congelados para la semana en el refrigerador. Derecha: la mesa servida para el invitado: pan de centeno, mermelada de la casa y té. Este habitante convierte el acto de cocinar en toda una provocación a los sentidos, nada se deja al azar. La mesa cuidadosamente servida y los utensilios en ella hablan también de su sentido estético y clase social.



Imágenes 18, 19, 20 y 21. Fotografías de interiores de neveras, algunas llenas otras vacías, lo cual no siempre es signo de pobreza. El interior de una nevera y los cajones de la alacena pueden hablar de los gustos de la alimentación, de la frecuencia con que se cocina, y hasta de la salud del habitante.



A excepción de la falta de recursos para abastecer la nevera de víveres, en cuyo caso la situación económica es determinante, la nevera y su contenido dice algunas cosas de su dueño. El indiferente a los placeres de la cocina sólo tiene agua fría en una jarra mientras el resto del espacio se pierde sin víveres que conservar. Quien dispone de poco tiempo desperdicia verduras y frutas al lado de tomates blandos donde crecen los hongos. Aquellos que se ocupan constantemente de su cocina tienen alimentos congelados, frutas y verduras frescas que, gustosas, disponen en la tabla para picar y preparar ensaladas; cada alimento ocupa su sitio en la nevera según sus días de conservación, en el congelador hay pollo y pescado, en las parrillas jugo, queso, arepas... las cosas que se consumen diariamente. No se trata de establecer diferencias entre quienes viven acompañados y quienes viven solos, simplemente se trata de saber qué tipo de habitante solitario habita su morada, cuánto tiempo dispone para sí mismo y cómo alimenta el cuerpo que alberga su espacio más profundo, que es ese espacio interior que le hace ser un habitante particular.

Adecuar y decorar

En términos generales adecuar es ajustar o acomodar una cosa a otra; por su parte, el término decoración proviene del latín *decoratio*, y hace referencia a la tarea de decorar. Este verbo está vinculado a la acción de embellecer o adornar algo. Con el ejercicio de adecuar y decorar se busca una composición de elementos ornamentales con el fin de crear, en un espacio interior, un ambiente al gusto de quien lo habita.

Tanto la adecuación como la decoración son ejercicios de territorialidad; esta se entiende como la marcación y apropiación, mediante su propio sentido del espacio, por parte de quien lo habita. Los objetos que se utilizan para decorar o adecuar llevan la impronta de sus propietarios, ya que a través de los objetos se pueden hallar, además de los gustos estéticos, rasgos parciales de las nostalgias, los amores y desamores del habitante, así como de los deseos, valores y estilos.

En la morada del habitante solitario los objetos y la manera en que están dispuestos en el espacio hablan de la forma de pensar y actuar en el mundo de su propietario. Si la despensa y la nevera pueden ofrecer datos de los hábitos alimenticios de los habitantes solitarios los objetos y la forma como están dispuestos en el espacio pueden proporcionar datos de su cultura, profesión y, en algunos casos, del estado mental, emocional y espiritual, así como de sus sentidos de vida.

Cuando se arregla y ornamenta un espacio se devela gran parte del espacio interior que se ha construido desde la infancia. Decorar y adecuar es narrar una historia personal con objetos en el espacio físico que

se habita. Las fotografías cuentan de los afectos, los cuadros y pinturas de los gustos, la ausencia de estos mismos objetos también habla de ausencias en el habitante, los objetos religiosos y la forma como están dispuestos en el espacio llevan palabras del sentido místico y religioso, los colores que prevalecen dicen cosas de los estados emocionales. La forma como está decorada y adecuada una habitación dice cómo ha vivido el habitante en el mundo exterior y de qué manera expresa su mundo interior.

2 Conocido también como el síndrome de la acumulación. Quienes padecen este trastorno del comportamiento suelen acumular gran cantidad de objetos en su vivienda, otros acumulan animales, comida e incluso desperdicios. Es bastante frecuente en las personas de avanzada edad que viven solas, pero también lo padecen algunos jóvenes. La soledad y la falta de superación de la muerte de un cónyuge o familiar suelen ser factores desencadenantes de este cuadro ("Síndrome de Diógenes", s. f.).

Imágenes 22, 23, 24 y 25. Arriba izquierda: divinidades religiosas y místicas en medio de objetos de cristal. Arriba derecha: una gran biblioteca que da cuenta de las inquietudes intelectuales del habitante. Abajo izquierda: muñecos con trajes típicos de diferentes países. Abajo derecha: acumulación de objetos apilados en el centro de una habitación, para el habitante solitario que padece el síndrome de Diógenes,² no importa tanto la cualidad de los objetos como sí su cantidad y significación emocional.



Limpiar y ordenar

Los ritmos de la limpieza y, en general, todo lo relativo a la higiene de la morada son hábitos aprendidos en el núcleo familiar y reforzados con la educación escolar. Con estos ritmos se busca no sólo la higiene

del espacio habitado, sino también que cada uno y los demás perciban la morada como un lugar acogedor y limpio. La limpieza y el orden suelen descubrir rasgos muy íntimos y particulares de quien la habita.

Todos los hábitos, los afectos y los modos de comportamiento relativos a la higiene son, en realidad, adquiridos por las personas en el curso de la vida cotidiana mediante el autocontrol, la disciplina, el compromiso hacia las tareas por desarrollar, etc.; como si una especie de repercusión imperceptible de la serie de mandatos aprendidos continuara operando en los individuos (Londoño, 2007, p. 7).

El organizar es un ritmo que se repite día a día, pues el solo hecho de disponer del espacio y de los objetos provoca que el habitante los cambie de lugar continuamente, esto produce el desorden que impide luego localizarlos. La limpieza, por su parte, también se repite de manera ininterrumpida debido a que el uso de las cosas hace que se ensucien y que haya que lavarlas de forma frecuente.

Al lavar o desinfectar una casa o habitación, se quiere, además de matar gérmenes, purificar el espacio mediante rituales higiénicos que controlan la suciedad. La frecuencia de estas acciones domésticas es testimonio de que las prácticas de higiene sólo limpian y purifican el espacio temporalmente, puesto que debe repetirse una y otra vez. La norma dice: lo limpio debe estar, a su vez, en orden, es un aprendizaje del hogar (Londoño, 2007, p. 172).

Un ejemplo de lo anterior lo constituyen los utensilios de cocina, los cuales se deben lavar después de cada comida, la ropa que se ensucia, la cama que debe hacerse diariamente, y el polvo que se acumula sobre la superficie de los muebles. El orden tiene como objetivo, entre otros, ejercer un control eficaz de todos los elementos que hacen parte del hábitat doméstico, la limpieza por su parte garantiza la higiene de los elementos y del hábitat en general. Quien organiza y limpia su morada suele amarla, estar a gusto con ella, la embellece a la par que organiza su vida. Organizar y limpiar la morada es disponer el escenario para los sueños, es brindarle al cuerpo y a la mente la soberanía sobre lo que se manipula en la morada, es también intentar comprender, o al menos apreciar, el espacio existencial que se ocupa en la vida.

No obstante, quienes poco se encargan del orden en sus moradas parecen vivir continuamente en un acto de revolución contra lo sistemá-

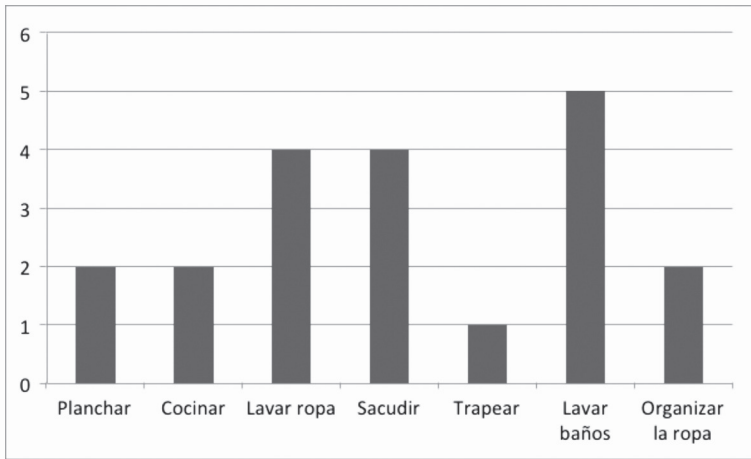
tico, manejan sus propios códigos que les hacen encontrar fácilmente lo que buscan en medio del caos, es un desorden entendible, un orden con su propia lógica que sólo comprende quien habita ese espacio. Orden y desorden son maneras de marcar y ejercer soberanía en el espacio habitado. A diferencia de quien vive acompañado, la morada de un solitario está siempre a su gusto, sólo él dispone del orden o el desorden a su antojo. Únicamente las visitas, es decir la mirada externa del otro que no hace parte de la morada y que juzga, pueden ocasionar “cambios formales”, y al terminar la visita el habitante solitario regresará de nuevo a sus hábitos domésticos, complacido quizá de la libertad que lo diferencia de la normatividad que se rige en las moradas compartidas.

Se había afirmado anteriormente que habitar a solas lleva a desarrollar un gran sentido de responsabilidad con el propio ser, porque se piensa constantemente en las circunstancias de la vida, en las relaciones con los demás y en la forma como se percibe el cuerpo habitado. Esta responsabilidad se extiende además a las pertenencias materiales que se tienen en la morada, ya que a nadie se puede responsabilizar de la pérdida de estas, lo cual en la mayoría de los casos suele conducir a desarrollar el sentido del orden en el espacio habitado.

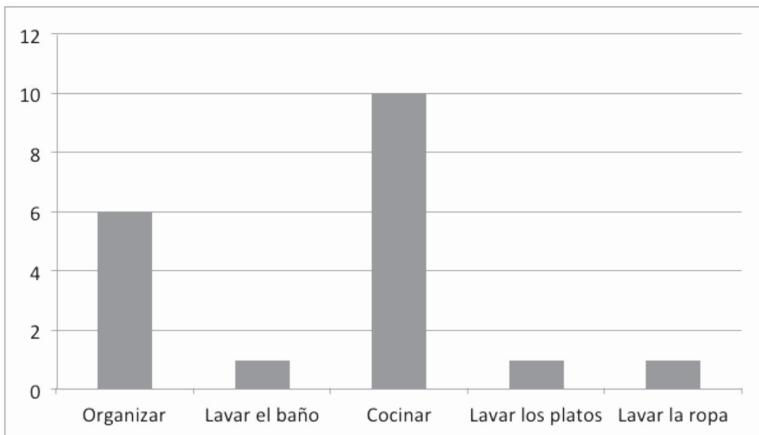
Yo era mucho más desorganizado de lo que soy ahora, en mi casa yo desordenaba y mi madre volvía a poner todo en su lugar. Aquí me tocó volverme ordenado porque se me embolataban las cosas o se me estaba dañando mucha ropa y comida, así que me tocó coger juicio (entrevista realizada por el autor a Alejandro Martínez, Medellín, 2011).

Imágenes 26 y 27. Desorden y orden, dos formas de ser y estar.



Gráfico 4. Oficios NO favoritos

En el gráfico se observa que lavar los baños, lavar la ropa y sacudir el polvo de los objetos son tareas poco agradables para quienes habitan a solas. Cuando se cuenta con recursos esta tarea es encomendada a una empleada doméstica.

Gráfico 5. Oficios favoritos

Cocinar y organizar la morada suelen ser actividades domésticas que normalmente son del agrado de la mayoría de las personas que viven solas. El gráfico es consecuente con algunos de los oficios no favoritos del cuadro anterior (lavar el baño, lavar la ropa) que en este ocupan un bajo perfil.

El trabajo de limpieza de la casa es pariente cercano del ritual: sacudir el polvo, limpiar la suciedad del suelo con una escoba, apilar platos, son actos reiterados que contribuyen a proporcionar tanto el orden físico de la casa como el aseo personal de sus ocupantes (Londoño, 2007, p. 167).

Imágenes 28 y 29. Orden y desorden pueden decir cosas de la personalidad, estado emocional, agrado o desagrado por las labores domésticas y disponibilidad de tiempo. Los recursos económicos de quien habita a solas no son determinantes frente al orden o el desorden.



Tiempo de descanso, tiempo de ocio

A excepción de una sola persona que reveló salir poco de su morada con el fin de hacer un descanso habitual de los ritmos domésticos y compartir con otros, en la información arrojada por las encuestas y las entrevistas realizadas en el trabajo de campo el resto de los habitantes solitarios manifestó tener una vida social activa, o simplemente cultivar relaciones con sus parejas, su familia, así como con amigos o compañeros de grupos a los cuales pertenecen. Veinticuatro habitantes solitarios, de veinticinco, declararon asistir con relativa frecuencia a algún tipo de reuniones sociales y eventos culturales, o recibir algunas visitas en su morada. Incluso, las personas entrevistadas que contaban con menos recursos económicos dijeron dedicar la tarde de algunos domingos para asistir a eventos religiosos o culturales, salir a caminar con alguien o simplemente compartir unas palabras con sus vecinos. El vivir a solas favorece la sociabilidad, ya que se carece de la obligación de dedicar el tiempo de descanso y de ocio únicamente a la familia o a la pareja con quien se convive.

Los fines de semana los paso en la casa de mi madre, quien también vive sola. Llego desde el sábado después de haber salido con algunos amigos y allí duermo, algunas veces salgo al día siguiente con mi madre a almorzar, a ver una película o simplemente me quedo descansando todo el día allí, regreso a mi casa por la noche del domingo o el lunes si es festivo. Algunas veces también me voy con ella los puentes a pasear a alguna finca o lugar, otros me voy con algunos amigos de paseo, pero siempre paso en la casa de mi madre, así sea una noche (entrevista realizada por el autor a Héctor Ceballos, Medellín, 2012).

La imagen del habitante solitario que cierra definitivamente sus puertas al mundo social dista mucho de la realidad. Los mismos adelantos tecnológicos han contribuido a que el hecho de vivir solo no sea asociado necesariamente a la soledad, y el tiempo del descanso y del ocio no siempre significa estar solos en la morada, ocupando el tiempo en los asuntos domésticos, leyendo o simplemente haciendo zapping³ frente al televisor. La llegada masiva de aparatos que instalan la voz y la imagen de los otros en la morada ha hecho que la presencia física no sea necesaria en algunos casos. A lo anterior se le suma la gran cantidad de páginas virtuales que dan consejos sobre los diferentes aspectos de la vida doméstica para los hombres, mujeres, jóvenes y ancianos que viven solos. Internet ha complacido también la necesidad de ocupar el tiempo libre a los habitantes solitarios, porque no sólo ofrece la capacidad de poder comunicarse con otras personas, sino que además les brinda música, videos, películas, juegos, información de casi todo tipo e incluso sexo virtual. Sin embargo, la compañía de los parientes, vecinos y amigos es la alternativa elegida los días de ocio y descanso. Especialmente por los adultos mayores y, desde luego, por aquellos que por algunas razones aún no acceden al universo virtual.

3 Zapping o zapeo, es el acto de saltar de programación o de canales de televisión. Es decir, cambiar continuamente de canales con el control remoto. Con la aparición del mando a distancia, en el año 1956, se produce un cambio en el papel del espectador y su relación con la televisión ("Zapeo", 2013).

Imágenes 30 y 31. Izquierda: Alba Carvajal: pensionada de 65 años. Le gusta ocupar sus fines de semana en los asuntos del hogar, pertenece a un grupo de personas que practican la medicina alternativa y el yoga. Derecha: Leontina Correa de 74 años quien vive en uno de los pequeños apartamentos del Centro Social de Vivienda Compartida para personas de inquilinatos. Leontina se mantiene gracias a la ayuda de sus familiares y vecinos, su morada suele ser frecuentada por algunos de los vecinos del edificio con quienes pasa los fines de semana.



LA MIRADA DESDE LOS OTROS: DE AMARGADOS A INDEPENDIENTES

En el capítulo de la contextualización histórica se observó cómo han existido varias representaciones del habitante solitario en el tiempo; tales como las de las brujas solitarias, el ermitaño, los solterones, entre otros. También se ha visto cómo el desarrollo tecnológico, en especial Internet, y los dispositivos de comunicación han desdibujado en cierto modo dichas representaciones.

Las nuevas tecnologías de la comunicación hacen de vivir solos una experiencia social, de modo que estar solos en casa no se percibe como un confinamiento solitario. Internet nos abre un mundo de gente, información e ideas, y no parece aislar a la gente de relaciones y amistades reales (Klinenberg, 2012, p. 2).

Al cambiar las representaciones sobre los habitantes solitarios también cambia la manera de nombrarlos. Términos como el solterón, la solterona, la beata, el amargado o amargada, aparecen en desuso frente

a calificativos como él o la “independiente”, término más utilizado en la actualidad para designar a las personas que habitan solas.

Cuadro 3. Percepción sobre los habitantes solitarios

Mujer	Hombres	Ambos
Perezosa, emprendedora, audaz, calculadora, activa, reprimida, amargada, seria, disciplinada, inteligente, triste vulnerable, limpia, aburrida	Reservado, desamparado, pasivo, alcohólico, irresponsable, impuntual, libertino, rumbero	Independencia, autonomía, libertad, paciencia, tranquilidad, solitarios, con recursos, desorden, trabajo, responsabilidad, fuerte orden, seguridad, definidos, egoístas

Estos son algunos de los calificativos positivos y negativos utilizados para referirse a los habitantes solitarios; en ambos casos la palabra más utilizada fue “independientes”, también se les asoció con el emprendimiento y con la suficiencia en cuanto a recursos económicos.

En la encuesta de percepciones sobre el habitante solitario se le pidió a las personas que dijeran tres palabras sobre los hombres que vivían solos; alcohólico, rumbero, libertino, impuntual, irresponsable fueron algunos de los apelativos que recibieron ellos y que, de paso, confirman la visión que se tiene de la falta de disciplina de los hombres al vivir solos y de ser desorganizados en su vida doméstica.

Por el contrario, las mujeres recibieron más calificativos positivos tales como disciplinada, limpia, emprendedora, inteligente, activa. Sin embargo, también se les calificó como amargadas, tristes, calculadoras, reprimidas, aburridas; adjetivos demasiado comunes a lo largo de la historia de las mujeres que viven solas. La palabra amargada fue utilizada sólo dos veces para calificar a las mujeres y no aparecieron palabras como solterones (as) o beatos (as), adjetivos muy comunes en otras épocas. Tanto los hombres como las mujeres compartieron otros calificativos; en ello, la palabra más utilizada para definir a ambos fue independientes, seguida de autónomos, libres, tranquilos, pacientes, seguros, definidos y responsables.

El hecho de que la palabra independiente fuera la más utilizada para calificar tanto a hombres como mujeres parece poseer una nueva mirada hacia las personas que viven solas. Mirada que en el fondo tiene que ver más con las oportunidades económicas y laborales que se les presentan, pues en la actualidad muchas empresas prefieren mujeres y hombres solos y solteros porque muestran mayor disponibilidad de tiempo y menos inconvenientes en el caso de viajes, entre otros asuntos.

SOLITARIOS INVOLUNTARIOS

Como se ha afirmado, en el habitar influyen muchos aspectos de la vida de las personas, entre los que se encuentra el azar. Factores como la muerte, el abandono y el desplazamiento suelen ser razones por las cuales una persona se ve en la obligación o necesidad de vivir sola. Se suma a estas circunstancias el fenómeno del “nido vacío”, etapa en la cual los hijos se marchan del hogar y que suele ser particularmente difícil si además de la despedida de los hijos se ha terminado la relación de convivencia con la pareja o se ha enviudado, lo cual lleva a las personas a convertirse en habitantes solitarios.

Se le va cogiendo el gusto (crónica)

Me llamo Helena y nací en una vereda de Santa Fe de Antioquia en 1950, en una familia de doce hermanos. Como eramos tantos mi casa parecía una escuela. Eso sí, muy hermanados. Nos acompañábamos para ir a buscar leña, para lavar la ropa en el río Tonusco, para ir al pueblo a vender frutas y concentrado de tamarindo. No fuimos a la escuela, mi padre nos enseñó a leer en una cartilla y nos pellizcaba si no aprendíamos. Jamás estuve sola y desde pequeña la soledad me parecía cosa de gente rara.

Oiga le cuento, cuando ya tenía como 12 años mi familia me mandó a trabajar a Medellín a la casa de una familia rica, la señora era muy amarrada, doña Teresita... que Dios me perdone, pero que en paz descanse.

Cuando ya tenía como 15 años me fui para otra casa en el barrio Prado y allá sí conocí la soledad, pues era la de una pareja que viajaba mucho y no tenían hijos. Las primeras noches que me tocaba dormir sola lo hacía con las luces encendidas, como tenían muchos libros de novelas me los leí casi todos.

De esa casa me salí porque me quedaba mucho sola y no me gustaba. Trabajé en otras dos casas más y en la última conocí mi segundo novio, Rodolfo, con quien me casé. Rodolfo era obrero de Noel y desde que lo conocí me pareció muy buen mozo y educado. Conseguimos un lotecito en la parte baja del barrio Castilla, construimos una casita pequeña y nos dedicamos a pasar bueno y procrear. Como ya en 1970 teníamos a Sol y a Nubia, las mayores, y estábamos esperando otro (Ignacio, que es el del medio); por eso decidimos agrandar la casa y del solar que era grande sacamos dos piezas más. La casa quedó de cinco piezas, con dos patios, solar, cocina, dos baños y sala-comedor.

Claro que la cosa no paró ahí y seguimos teniendo hijos, luego de esos tres vino Mireya, después Arturo que es un hijo gay que estudió

idiomas y que ahora vive en Canadá, por último Alejandro que resultó muy buen estudiante.

Vivíamos muy bueno, porque Rodolfo no era “tomatrago”, era muy responsable y por eso sacamos adelante los seis hijos. Tuvimos seis, dizque para no quedarnos solos de viejos. Cuando se casó Sol, la mayor, le echó plancha a la casa y construyó el segundo piso y se fue a vivir allí, yo contenta porque la tenía ahí a la mano con los nietos, pero el esposo compró otra casa en el barrio Cabañas y se fueron a vivir allá porque es de más estrato para criar los tres hijos que tienen. Sol entonces le alquiló la casa barata a Ignacio, el hijo mío del medio que vivía con una muchacha, pero a él le resultó un viaje para Estados Unidos, se separó de la muchacha y se fue hace ya doce años. Allá se casó con una gringa que habla muy bueno y tienen dos niñas, me visitan cada cuatro años los diciembres. La otra mayor, Nubia, estudió enfermería y luego se fue a vivir a Guarne con el compañero que es veterinario, en diciembre también vienen y se quedan hasta quince días haciéndome visita o mandan a los niños, tienen dos, niño y niña.

Mireya, que era la que no se despegaba de mí, que no me dejaba ni a sol ni a sombra, se casó muy enamorada de un odontólogo como ella. Le rogué que se vinieran a vivir a la casa de arriba pero al marido, que es como de buena familia y de modo, no le gustó el barrio. A duras penas me visitan en diciembre y el día de madres. Ella tiene un hijo ya grande que está en la Universidad de Antioquia y una niña de 10 años. Esos son dos nietos que no perdonan las vacaciones y vienen a quedarse sea una o dos semanas, porque les gusta estar con los primitos. Como ya le conté, Arturo me resultó gay y se fue a vivir a Canadá, allá vive con un mono que no habla español, hasta alquilaron un vientre y tienen una niña de 5 años que es un tesoro, el viene también cada cuatro años a visitarme, se pone de acuerdo con Ignacio, el hermano de Estados Unidos. En la última visita de Arturo vino con el mono que se llama Tony y la nena de un año que es monita muy linda, pero se parece es a Arturo. Alejandro que fue el mejor estudiante y el menor también es profesional como Mireya que es odontóloga y como Arturo que estudio idiomas. Claro que Alejandro que estudió periodismo también hizo una especialización y ahora vive en Bogotá, no se ha casado y es muy buen hijo, me manda plata y me ruega que me vaya a vivir con él por allá, pero a mí no me gusta ese frío y yo quiero mucho mi casa y mi barrio. Alejandro se queda casi todo el mes de diciembre en esta casa, algunas veces trae la novia, el adora los sobrinos. Mi esposo Rodolfo murió de un ataque al corazón al poco tiempo de que Ignacio se fue para Estados Unidos, es lo más doloroso que le ha pasado a mi familia y lo único malo gracias a Dios.

Me quedé sola en esta casa de cinco piezas, de día ni me doy cuenta porque vivo ocupada, pero en las noches siento la casa más grande de

lo que en verdad es. A mí sí me da como ironía pensar que con Rodolfo queríamos vivir acompañados de viejos y mire, me quedé sola como un cusumbo. Definitivamente, los hijos sí son prestados, y la soledad es como la muerte: en donde uno está lo desentierra y se queda al lado mientras uno ve la televisión.

Claro que, si soy sincera, si hay algo que me parece más irónico todavía es que a la soledad se le coge gusto. Lo digo porque en diciembre la casa se me llena de nietos, de hijos, de los esposos y esposas de mis hijos, vienen mis hermanos, mis sobrinos... en fin. Esto parece la hora de llegada, uno grita, la otra berrea, la otra escucha música, el otro habla a todo taco. Mi casa es muy distinta en las vacaciones escolares de mitad de año y los diciembres, con decirle que mantengo hasta dolor de cabeza. Aunque todos son muy buenos y los amo con todo mi corazón, y ellos me aman y se quieren entre todos y hay entendimiento, de todas formas una no puede descansar. La otra vez que los niños estaban muy necios y corrían por toda la casa, los hijos se reían y conversaban en la sala, el teléfono no paraba de sonar y con esa música que escuchan mis nietos adolescentes que no la entienden ni ellos mismos, estaba tan agotada que pensé algo que nunca imagine que pensaría: "Cuándo se acabarán estas vacaciones para estar de nuevo solita y tranquila en mi casa".

GÉNERO, SEXUALIDAD Y GENERACIÓN

Aunque no es una constante las maneras de ser un habitante solitario suelen variar en función del género, pues por lo general no se entrena al hombre y la mujer para asumir la vida doméstica de la misma manera, razón por la cual los roles en la construcción del hábitat doméstico suelen ser distintas. También son distintas en cuanto a la edad de los habitantes solitarios, ya que además de las expectativas también son desiguales las formas dinámicas y vitales del cuerpo, así como el conocimiento y la experiencia de muchos aspectos de la vida.

La sexualidad es también un factor que determina las realidades de los habitantes solitarios, pues los límites para aquellos que ejercen una "sexualidad por fuera del orden regular" (Correa, 2007) pueden poner un cerco a sus expectativas, presentándose la soledad no como una opción, sino como una consecuencia de sus preferencias sexuales.

Hombres

Como se ha visto, las estructuras sociales han naturalizado las labores del hogar asociándolas a lo femenino. Frente a tal naturalización el hombre fue considerado como un ser dependiente en los asuntos

domésticos, por lo tanto al habitante solitario masculino se le asoció muchas veces al homosexualismo, al fracaso, al alcoholismo y, en especial, al desorden y al abandono de su morada y de su propio cuerpo.

La vivienda de un soltero difícilmente nos causará la impresión de habitabilidad y la de un viudo no lo logrará nunca... mantener la habitabilidad que imperaba antes [...] al hombre solo, al soltero le es imposible alcanzar una verdadera habitabilidad de su vivienda y al viudo se le escapa esta habilidad (Minkowski citado por Bollnow, 1993, p. 92).

Una de las preguntas de la encuesta, que se le hizo a las personas sobre la forma como perciben a los habitantes solitarios, era: ¿Cree que un hombre que habita solo puede arreglar fácilmente su vida doméstica? la respuesta fue unánime de forma positiva. Es decir, la mayoría de las personas no ven ningún inconveniente para que un hombre que viva solo pueda desarrollar una vida doméstica satisfactoria y saludable.

Esa vieja visión del hombre dependiente del cuidado femenino, cuya vida doméstica en solitario está condenada al fracaso, dista mucho también de la imagen del posmoderno y saludable metrosexual,⁴ siempre ocupado de su imagen física y de la perfección de su vida en todos los aspectos. Allí, en el ambiente limpio, ordenado y quizás perfumado de su morada, este hombre asiduo visitante del gimnasio y de las cremas faciales sorprenderá a su conquista con una receta que tal vez encontró en un libro o que aprendió de su familia. Aquí no hay cabida para las imágenes del abandono y fracaso; por el contrario, el orden de la morada, la estupenda sazón del plato preparado, la impecable y saludable presencia del hombre metrosexual que habita solo, se presentan como técnicas de seducción masculina. Son garantes de que el anfitrión sea un hombre de éxito que conduce su vida acertadamente. Estos elementos de limpieza, orden y perfección no se muestran como la feminización de la morada masculina, sino como una nueva forma identitaria del habitar a solas del hombre. El temor a ser tildado de homosexual se pierde en la satisfacción de disfrutar un espacio propio en el cual la autonomía y la libertad son la mayor recompensa.

No obstante, estos ideales del hombre que vive solo y que lleva una vida doméstica satisfactoria y saludable aún son una construcción inacabada. Especialmente en una sociedad conservadora, donde las mujeres suelen levantarse a tempranas horas a preparar el desayuno y el almuerzo de los varones, ordenar y limpiar su cuarto y ocuparse del aseo de la ropa. Una frase muy común en las mujeres es: “Debo madrugar a despachar a mi esposo, a mi hijo... mis hijas se despachan ellas solas”.

4 La palabra metrosexual fue inventada en Inglaterra por Mark Simpson en 1994, usando las palabras “metro” de Metrópolis y “sexual” de sexo. Define al “nuevo hombre” del siglo XXI. El metrosexual no necesariamente debe ser adinerado, vive en la metrópolis y le gusta vestirse con ropa a la moda, se arregla las uñas (manicure) lo cual no es una regla o un patrón definido, cuida su piel (tratamientos faciales, entre otros), usa cremas, se tiñe el pelo (lo cual no es una regla o un patrón definido), etc. Puede ser homosexual, heterosexual o bisexual. Lo que importa es que se “gusta” a sí mismo y no tiene miedo de hacerlo saber o de manifestarlo de forma evidente (“Metrosexual”, 2016).

Imagen 32. “Para los que decían que no podía vivir solo”. La imagen del hombre solo que tiene todos los aspectos de su vida bajo control. Aquí se observa que un hombre joven, de saludable aspecto, sonríe mientras cocina sus alimentos. Nuevas formas de habitar ya reconocidas por el mercado y la publicidad, dispuestas a llamar la atención de estos clientes.



Fuente: publicidad Electrodomésticos Haceb.

No hay que olvidar que los ritmos domésticos son también técnicas de sobrevivencia. La falta de entrenamiento masculino para los ritmos vitales del mundo doméstico y la dependencia para el desarrollo de los mismos suelen causarle problemas a los hombres que después de haber dependido toda su vida de los cuidados femeninos se ven luego en la necesidad o deseo de habitar a solas:

algunas investigaciones epidemiológicas demuestran que para algunas personas, sobre todo para los hombres, vivir solo no es nada saludable. Fallecen antes, se vuelven inválidos más pronto y presentan en general mayor tendencia a las enfermedades de la civilización, como las causadas por el cigarrillo, el alcohol y las drogas. Estos son, desde luego, datos estadísticos que tal vez no atañen directa-

mente a los casos particulares. Pero es seguro que vivir solo —y esto se pone de relieve en casi todas las investigaciones empíricas— exige mayor actividad, esfuerzo y autodisciplina que vivir en el seno de una familia. A algunas de las personas que viven solas les cuesta mucho trabajo esta autodisciplina, sobre todo tratándose de varones (Jaeggi, 1995, pp. 22, 23).

El mundo doméstico del hombre que habita a solas quiere encontrar otras posibilidades. Por lo pronto algunas páginas de Internet se ocupan de darles consejos, cuando no de caricaturizar y tomar con humor las anécdotas del habitante solitario masculino. El mundo cibernético que asiste la soledad sugiere también alternativas para la eficiencia doméstica. Cuando se habita en solitario se asumen todos los roles del hogar, las cosas simples e importantes del diario vivir no conocen de convencionalismos de género. Los rituales domésticos simplemente se ejecutan en su urgencia, disfrutarlos en sus detalles es una de las formas de complacerse en la construcción del espacio habitado.

Dos formas masculinas de vivir el mundo doméstico

Ovidio y Pablo Emilio son dos hombres separados que viven solos. Pero además de tener diferencia de edades también los separa su nivel educativo y económico. Ovidio es un hombre de 69 años que recorre las calles del centro de la ciudad con un coche de bebé lleno de dulces para vender; su aspecto luce un tanto descuidado, incluso no usa calcetines y su camisa esta un tanto sucia. “Me separé de mi mujer hace 16 años, desde entonces vivo solo en una pieza de inquilinato, tengo una hija de 28 años pero nunca me llama ni me busca, debe ser porque no tengo plata, donde tuviera dinero ahí sí me buscaba” (entrevista realizada por el autor a Ovidio Jiménez, Medellín, 2011).

Pablo Emilio es un funcionario público del municipio que trabaja en la ejecución de proyectos. Este hombre de 48 años está separado de su mujer hace diez años. A diferencia de Ovidio se esmera un poco más en su aspecto personal, sin llegar a los extremos:

Desde que me separé he podido conocer la dicha de lo que es la casa para mí solo, sin una vieja chancluda con tubos en la cabeza haciendo mala cara y vinagrándome la vida. Los sábados y domingos me levanto un poco más tarde y me pongo a leer la prensa, luego me arreglo un desayuno, ordeno la casa y preparo un almuerzo bien rico, pues esos días me suelen visitar los hijos. Tengo dos: una muchacha

de 23 que está en la universidad y un jovencito de 17 que termina bachillerato este año, con ambos tengo excelentes relaciones, pero con la mamá de ellos no (entrevista realizada por el autor a Pablo Pérez, Medellín, 2011).

Por el contrario, Ovidio reniega abiertamente de los asuntos del hogar y muestra una clara inapetencia hacia los mismos:

Eso de estar arreglando la casa es de homosexuales, tampoco tengo tiempo para cocinar y no me gusta. En el centro compro un almuerzo de \$2.500, el desayuno y la comida los embolato con un chocolate y un buñuelo o un pan. Lo único que hago es lavar la ropa una vez a la semana, jamás tiendo la cama ¿Para qué? Si hay que volverla a destender por la noche. Cuando hay mucha basura en la pieza la arrinconó a un lado y cuando ya hay un montón grandecito la saco en una bolsa para botarla... No hay de qué preocuparse, tanta bobada para morirse uno al final (entrevista realizada por el autor a Ovidio Jiménez, Medellín, 2011).

Hay una marcada diferencia en la forma como estos dos hombres separados asumen las labores del hogar. Mientras para Ovidio la vida doméstica es casi inexistente pues la asocia al homosexualismo, para Pablo Emilio el llevar una vida doméstica donde todo funciona a la perfección es una forma de mostrarle a sus hijos y familia que no necesita de su esposa para tener una casa en perfecto orden, un delicioso y bien preparado almuerzo para sus hijos que lo visitan los fines de semana y, desde luego, una vida saludable en la cual, al parecer, la ausencia de su pareja es un triunfo. Muy seguro de sus palabras afirma:

Mis propios compañeros de trabajo se asombran. A la hora del almuerzo todos se dirigen al restaurante a comprar, en cambio yo que vivo solo siempre llevo mi almuerquito que preparo todas las noches. No me gusta la comida de la calle, siempre que llego por la tarde saco al perro, riego las matas, arreglo la casa, preparo la comida y empaco para el almuerzo. Hombre, con decirle que lo que hace que vivo solo hasta la comida me sabe mejor, no me cambio por nada. Así como estoy me siento perfecto (entrevista realizada por el autor a Pablo Pérez, Medellín, 2011).

Estas formas de afrontar el habitar a solas hacen pensar en la manera como se ha percibido o representado al hombre que habita solo. Quedan muchas otras maneras de vivir, asumir y construir ese mundo doméstico masculino que se abre constantemente en múltiples posibilidades. Tantas como espacios interiores se renuevan constantemente en el pensamiento humano.

Mujeres

Al igual que para los hombres también para las mujeres el habitar a solas sin ser juzgadas por su conducta moral ha sido un camino largo y difícil. Sin embargo, la soledad y el retraimiento en los hombres algunas veces se interpreta como una actitud propia de su género, mientras para las mujeres el estar sola, y aún más el vivir solas, suele entenderse como una carencia negativa, pues como se ha visto, a lo largo de la historia se ha considerado que la mujer que habita sola es altamente vulnerable.

Dada la necesidad humana básica de conexión, aceptar la soledad suele ser duro tanto para hombres como para mujeres. Sin embargo, prevalece una diferencia esencial: los hombres que están solos no son marginales. [...] Los hombres solitarios tienen una pátina heroica; incluso su retraimiento es considerado seductor. [...] Nuestra cultura se entusiasma ante la visión de un hombre sin ataduras, mientras que las “solteronas”, casi por definición están condenadas (Falk, 2007, p. 25).

En la película colombiana *Confesión a Laura* del director Jaime Osorio, que se desarrolla el 9 de abril tras la muerte Jorge Eliécer Gaitán, los prejuicios sobre las mujeres que viven solas se ponen en evidencia cuando Santiago, el personaje masculino, lee un artículo en un periódico sobre las mujeres solas, mientras Laura que es su vecina y vive sola lo observa:

Laura —¿Qué lee?

Santiago —no nada.

Laura —sí ya me di cuenta, es eso... eso que dicen sobre las mujeres... las mujeres solas, ¿cierto? [...] ¿Y qué le parece?... seguro que usted piensa lo mismo, ¿no? [...] ¡Todos se equivocan! (mirándolo fijamente) y usted también se equivoca (Cardona, 2010, p. 60).

Las nuevas necesidades del mercado laboral han posicionado un estereotipo de mujer independiente, representado en la ejecutiva que habita a solas y cuya vida gira alrededor de su trabajo. Este modelo de mujer independiente y exitosa no es extensible a todos los estratos sociales, pues las mujeres que viven solas, al igual que los hombres, no habitan la ciudad ni sus moradas de manera homogénea, sobre ellas pesan diferencias de tipo económico y cultural, entre otras. Incluso, la forma de conducir la vida doméstica varía de una mujer a otra, según algunos factores como la personalidad, la forma como se educó en el seno de su familia y el tiempo que dispone para los ritmos y rituales del hogar. Tampoco todas las mujeres disfrutaban de las labores del hogar, incluso algunas aunque saben cocinar detestan hacerlo y según sus recursos le pagan a una empleada doméstica:

No tengo tiempo para estar todo el día sobando la casa, la verdad hasta me da pereza cocinar... contraté una empleada que hace el aseo dos veces a la semana y prepara comida para guardar en el congelador, por las noches la descongelo y esa es mi cena (entrevista realizada por el autor a Liliana, Medellín, 2011).

Aunque no todas las mujeres entrevistadas señalaron tener una disciplina inquebrantable en asuntos del orden y la limpieza sí dijeron llevar un relativo orden en los horarios de comida y ninguna de ellas contestó que no sabía cocinar.

Me gusta cocinar para mis amigos y familia cuando me visitan. Incluso sé preparar muchos platos, pues tengo una intuición natural para la cocina, con solo saborear algo sé que ingredientes lleva y hasta la forma como está preparado. De regreso a mi casa todas las tardes en el Metro hago memoria de lo que tengo en la cocina, entonces desde el mismo viaje voy pensando lo que voy hacer; cuando me bajo voy a la tienda y compro lo que me hace falta para la comida, cocino rápido y fácil y a diferencia de muchas personas no me da pereza cocinar para mí sola (entrevista realizada por el autor a Isabel Moreno, Medellín, 2012).

Tanto hombres como mujeres son aptos para desempeñar las labores domésticas con eficiencia. Sin embargo, la naturalización que a lo largo del tiempo la sociedad y la cultura han hecho de estas labores como propias del género femenino ha logrado darle a algunas mujeres una memoria más amplia sobre la disciplina y los conocimientos domésticos:

para desperdiciar la ropa blanca la unto toda de jabón azul de barra y la dejo en remojo durante toda la noche, al otro día la juago [...] nunca desperdicio la leche cortada, le coloco unas astillas de canela y unos trozos de panela, la cocino a fuego lento mientras la revuelvo y obtengo un dulce delicioso [...] aprendí a darle un color y sabor especial a las sopas cocinando un tomate entero en el caldo, luego lo saco, lo licuo y lo vierto de nuevo en el mismo caldo, es un viejo truco que aprendí de mi abuela (entrevista realizada por el autor a Natalia Duque, Medellín, 2012).

LA SEXUALIDAD POR FUERA DEL ORDEN REGULAR

En el texto *Del rincón y la culpa al cuarto oscuro de las pasiones: formas de habitar la ciudad desde las sexualidades por fuera del orden regular* (Correa, 2007) el autor se ocupa de los momentos y los lugares en los cuales los individuos que practican una “sexualidad por fuera del orden regular” iniciaron un proceso de construcción subjetiva en distintos espacios de la ciudad de Medellín.

Partiendo en el tiempo de los años setenta, Guillermo Correa señala cómo de los sótanos y rincones se pasó a las discotecas y bares y posteriormente a saunas y cuartos oscuros para encuentros sexuales; vistos todos estos lugares desde donde aquellas personas lograron resignificar y resquebrajar las imágenes del desprecio y la negación. Como la mirada del autor se centra en los espacios públicos de la ciudad, el tratamiento de los espacios domésticos sólo queda esbozado y, cuando se refiere a la morada, se le nombra desde la pareja estable y la habitación compartida, situación y escenarios que también los mismos gays construyeron al tomar como base la forma de vida de las personas heterosexuales.

Paradójicamente lo gay al institucionalizarse (generalizarse como experiencia de identidad) se construye sobre un símil de las relaciones heterosexuales, privilegiando la relación monogámica e invirtiendo el juego de seducción y vinculación a partir del sistema de cortejos [...] Lo gay conquistará más allá del espacio de la rumba, la habitación, el apartamento, para dos hombres, en cierta forma porque es en este momento donde la noción de pareja adquiere un sentido compartido, más allá de los ejemplos aislados y camuflados que en años anteriores puedan reverenciarse (Correa, 2007, p. 110).

Además de los espacios públicos conquistados el habitar una morada a solas es la opción más inmediata que suelen pensar las personas gais al cumplir la mayoría de edad. Se sueña con una morada para habitar a solas, no para disfrutar de la soledad propiamente, sino para poder vivir la vida sexual libre y plenamente. Es decir, el vivir solo se convierte en una forma de atraer una posible pareja, o simplemente tener relaciones sexuales y amorosas con otros sin temor a la censura. No sorprende esta decisión, especialmente en una sociedad donde los derechos sexuales aún son materia de discusión y debate. Pareciera además que hay un claro entendimiento no explícito en palabras, que el ser gay lleva a cierto estado de soledad.

Tengo 35 años y ya he tenido dos parejas con las que he convivido, pero la cosa no ha funcionado, parece que mi destino final es vivir solo el resto de mi vida. Fue algo que intuí desde muy joven, por eso decidí irme a vivir solo desde los 21 cuando ingresé a la universidad, ya que quise adaptarme a la soledad desde joven (entrevista realizada por el autor a Alberto Hincapié, Medellín, 2012).

La morada de los habitantes solitarios que experimentan sus deseos sexuales por fuera del orden regular y que no desean hacerlo público se presenta como una prolongación tangible de su secreto interior, a veces sólo se escucha el murmullo de ese secreto en la fotografía de un amigo que se guarda desde hace años o en un objeto que parece querer decir algo. La casa además de permitir soñar, como asegura Gaston Bachelard, también oculta y resguarda la historia de los amores fallidos o no, esos que se guardan sin palabras para siempre hasta la muerte.

Este buzo que llevo puesto es del gran amor de mi vida. Él se fue hace ya hace dos años a vivir a Ecuador, sólo me queda este buzo de recuerdo. Algunas veces cuando llueve me lo pongo y me duermo con él, es como si me abrazara, como si nunca se hubiera ido (entrevista realizada por el autor a Alberto Hincapié, Medellín, 2012).

Hay otros a los que no les interesa guardar su sexualidad como un secreto y luchan por desprenderse de las marcas e injurias que lo heterosexual les ha asignado. En esta conquista de los derechos y el respeto lo gay suele convertirse en un estilo de vida, del cual se nutre la sociedad de consumo.

Aunque inicialmente identifique a un sujeto con una sexualidad determinada, lo gay ha terminado derivando hacia un modo y una manera de ser y de estar que alcanza a desprenderse de una noción vinculante con la práctica sexual; de tal forma que un hombre de identificación heterosexual puede asumirse y leerse como gay sin que ello signifique una reorientación de su sexualidad, es decir, ingresa y vive en una trama de sociabilidad gay, adoptando los estilos, los gustos, la música, la ropa, las relaciones y construcciones simbólicas e incluso gesticulaciones, sin abandonar sus relaciones heterosexuales (Correa, 2007, pp. 55-56).

Esta afirmación de Guillermo Correa concuerda con los preceptos de ciertos formatos de shows televisivos de gran éxito en la población gay y heterosexual. Es el caso de *Queer eye*, programa de televisión estadounidense que comenzó a emitirse desde el 2003. Este es una serie de corte doméstico cuyo objetivo son los hombres heterosexuales que habitan a solas. En el programa cinco sofisticados gais expertos en temas como cocina, decoración, arreglo personal, etiqueta y moda, ingresan a la casa de un hombre heterosexual soltero con el fin de ayudarlo a cambiar la decoración de su casa, aconsejarle como vestirse, atender las visitas y enseñarle a cocinar algunos platos. Además de una inspección de la morada y varias preguntas sobre los hábitos también recolectan información sobre el mismo habitante solitario, al consultar a su familia y amigos. Acto seguido, cada uno de los cinco gais se centra en su especialidad, para modificar la morada y la imagen física del heterosexual en lo que ellos consideran más acorde y sofisticado de acuerdo a la personalidad y gustos del habitante. Este formato tuvo éxito en algunos países, incluso en Chile se hizo una versión igual de exitosa con el nombre *Ojo con clase*. En este programa cuatro gais chilenos también se ocupaban de buscar un habitante solitario heterosexual, al cual entrenaban en los asuntos domésticos y de la apariencia personal.

Las rutinas domésticas y formas de habitar varían según el nivel económico y cultural de las personas con sexualidad por fuera del orden regular. Por ejemplo, es común acondicionar un espacio de la morada a manera de gimnasio entre los hombres jóvenes gais de cierto nivel económico, con el fin de incorporar a las rutinas el entrenamiento físico; además, en las clases altas y medias es común contratar una empleada doméstica que se ocupe de la mayoría de las labores de la morada. Sin embargo, no se puede afirmar que existen elementos en común en la forma como habitan los hombres gais; incluso, entre individuos del mismo nivel económico. Sólo si se tiene el cuidado de examinar detenidamente los objetos que decoran las habitaciones se encontrará en

algunos artículos que la sociedad de consumo ha vendido como símbolos gays, o que los mismos gays han adoptado como iconos, o que simplemente muestran una inclinación hacia la admiración del cuerpo masculino: un libro de desnudos masculinos, un CD o un LP de algún artista o grupo icono gay, entre otros. Lo gay se instala de un modo u otro en el ambiente doméstico, ya sea de forma evidente, algunas discretamente y otras, como se anotó anteriormente, de manera casi imperceptible como un secreto.

Imágenes 33 y 34. Izquierda afiche con carátula del LP *Diez*, de Alaska y Dinarama, icono gay de las discotecas a finales de los años ochenta y principios de los noventa. Derecha: mesa de centro con objetos y el libro *The nude male*, texto ilustrado de Taschen con fotografías de desnudos masculinos.



JÓVENES

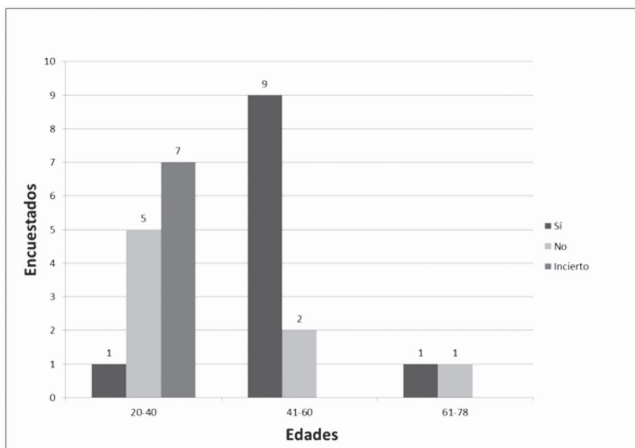
Como se ha dicho, las decisiones y condiciones de las formas del habitar están sujetas a los azares y las circunstancias del medio, así como a los deseos siempre cambiantes e impredecibles de la naturaleza de los seres. En la encuesta hecha a los habitantes solitarios una de las preguntas era: ¿Piensa que su forma de habitar a solas será permanente? Esta pregunta tenía como intencionalidad averiguar si el habitar a solas era una decisión que se pensaba para el resto de la vida, o simplemente esta forma de habitar podría cambiar en un futuro según los intereses y sueños de cada habitante solitario entrevistado.

Con el resultado de las respuestas a esta pregunta se establecieron varios rangos de edad, uno de ellos entre los 20 y los 40 años. A estas personas se les consideró en el grupo de jóvenes. Las expectativas de las personas jóvenes son comúnmente distintas a las de las personas mayores, especialmente en cuanto a lo que se espera en el futuro. La

mayoría de las personas entre ese rango de edad piensan que habitar a solas es una experiencia más de sus vidas y que en un futuro compartirán su morada con una pareja. La pregunta se hizo a veinte personas de diferentes edades y géneros. Adicionalmente, en las entrevistas se hizo puntualmente esta misma pregunta a otras cinco personas. Se obtuvieron entonces veinticinco respuestas de habitantes solitarios con un rango de edades entre los 20 y los 78 años.

En el siguiente gráfico se puede observar cómo las personas ubicadas en el rango entre los 20 y 40 años contestaron en su mayoría que no. Es decir, la mayor parte de los habitantes solitarios ubicados en este rango de edad se proyectan en un futuro con una pareja, con su familia de origen o con una familia nueva conformada por ellos. En el rango entre los 41 y 60 años las expectativas están divididas, pero ya se muestra una marcada tendencia a aceptar el habitar a solas como un modo de vida definitivo. Las personas ubicadas entre los 61 y 78 años ya han aceptado su habitar a solas como una condición definitiva y las expectativas de conseguir una pareja, volver con su familia de origen o formar una nueva familia no hacen parte de su pensamiento. Algunos habitantes solitarios en este último rango contestaron que tal vez la única forma que se ven con otros en un futuro es en un hogar geriátrico.

Gráfico 6. ¿Piensa que su forma de habitar en solitario será permanente?



En el gráfico se observa que las personas jóvenes tienen mayores expectativas de vivir acompañadas en un futuro y asumen su vida doméstica en solitario como algo pasajero. A medida que se hacen más altas las edades asumen su soledad como una forma de vida permanente. Las personas mayores de 60 años piensan que definitivamente continuarán solas hasta su muerte.

Muchas veces habitar a solas en la juventud se presenta como una alternativa para poder disfrutar de las libertades que en la casa de la familia no están permitidas.

La verdad te digo que tengo una vida sexual activa y llevar mi pareja a mi casa a veces no era fácil, además me gusta estar reunida con mis amigos o compañeros de trabajo. Que si nos dio la gana de tomarnos unos traguitos y bailar nadie nos dijo nada, ni molestamos a nadie. También me gusta la marihuanita y pensaba “qué rico llegar a la casa cansadita después del trabajo, bañarme, comer algo y fumarme un baretico tranquila sin que nadie me moralice...” por esas cosas decidí que vivir solita era la mejor decisión y te digo que no me equivoqué (entrevista realizada por el autor a Amalia Castaño, Medellín, 2011).

Desde luego que las condiciones de habitabilidad de las personas jóvenes que habitan a solas también varían según su situación económica, su sexualidad y otros factores como el apoyo de la familia. Finalmente, además de la esperanza o anhelo de conformar una pareja o una familia en el futuro también parece ser común a todos los habitantes solitarios el sentido de responsabilidad e independencia, el cual se afianza aún más a medida que transcurre el tiempo.

LA VEJEZ

Se pueden distinguir dos grupos entre los adultos mayores que son habitantes solitarios. En el primer grupo están quienes permanecieron solteros durante toda su vida. Un segundo grupo lo componen aquellos habitantes solitarios que a pesar de conformar una familia enviudaron o se separaron y sus hijos o nietos —si los hay— no conviven con ellos.

En el primer caso, varios son los factores para haber permanecido solteros y llegar a una avanzada edad en solitario. Uno de estos factores es precisamente el impedimento de asumir plenamente la sexualidad cuando está por fuera del orden regular, lo cual incide en que las personas terminen su vida en solitario. Otra razón es la de quienes se dedican al cuidado y compañía de sus padres de los cuales dependen también económicamente. En el texto de Juan López Doblas *Personas mayores viviendo solas*, la autonomía en alza el autor expone algunas razones para este primer grupo:

Son casos en los que la permanencia en el hogar familiar de origen ha venido determinada por la escasa o nula implicación de la persona soltera en el mercado de trabajo y, en base a ello, por su falta de recursos. Es lo que han conocido fundamentalmente numerosas mujeres, que han debido sacrificar su inserción profesional por los roles doméstico y familiar en los cuales fueron socializadas desde la infancia y que alcanzaron su punto culminante el ejercer como cuidadoras en la vejez de los padres.

Bien diferente es la motivación que han hallado los varones solteros para no salir del domicilio paterno. En sus casos, mucho más que el factor económico, el argumento principal para explicar el escaso deseo de independencia ha consistido casi siempre en su falta de preparación en materia doméstica, una carencia que se hace especialmente notoria en el tema de la alimentación (López, 2005 p. 56).

En este primer grupo, el habitar en solitario puede empezar desde el momento cuando se asume o se reconoce la sexualidad y se empieza a habitar a solas, o bien desde el momento que mueren los padres ya ancianos con quienes se convivía, o en algunos casos el hermano o la hermana también soltera. Es el siguiente caso en el barrio Prado:

Siempre viví en esta casa, aquí me crié, fuimos cuatro hermanas de las cuales se casaron dos, otras dos vivimos con mis padres aquí en esta casa, primero falleció mi madre en 1980 y a los dos años murió mi padre. Quedamos mi hermana Marta y yo, pero ella falleció también en 1995, quede aquí sola con la empleada que también se fue al jubilarse. Sí, a ver yo hago cuentas... vivo sola como hace diecisiete años, mis sobrinos me quieren llevar a vivir a una finca pero yo de aquí no me muevo (entrevista realizada por el autor a Matilde Mejía, Medellín, 2012).

En el segundo grupo se ubican las personas que alguna vez tuvieron pareja e incluso tuvieron o aún tienen hijos con quienes no conviven. En este el tránsito de la compañía a la soledad puede ser más traumático. La mayoría de los habitantes solitarios ancianos en este grupo han tenido que atravesar por la etapa del “nido vacío”, lo cual por lo general empieza al entrar en la vejez, cuando los hijos se marchan a realizar sus vidas. Esta etapa puede ser más dura aún si a la partida de los hijos se le suma la muerte o partida del cónyuge.

El tercer gran perfil de personas mayores que viven solas, el más importante sin duda en términos cuantitativos, lo constituyen quienes han enviudado entrada ya la vejez o, al menos, hallándose esta no demasiado lejana. Un denominador común de todas ellas es que la muerte del cónyuge les sobrevino una vez que todos los hijos se habían emancipado, de forma que la pareja atravesaba por la etapa del ciclo familiar denominada de “nido vacío”. Se trata así pues de personas que, cerca de cumplir los 65 años o bien rebasando tal edad, vieron diluirse su relación matrimonial, adentrándose en otra etapa de su trayectoria vital, muy diferente a la anterior, marcada por su condición de viudedad y por su residencia en solitario (López, 2005, p. 64).

Imágenes 35 y 36. Izquierda: Ernestina Medina de 64 años. Vive sola y espera la llegada de su hijo que se fue al exterior. Derecha: sala con múltiples objetos de una anciana de 75 años con síndrome de Diógenes o acumulación.



Es distinta la forma de sobrellevar la vejez y la viudedad en ambos géneros cuando se habita en solitario; en especial, si se formó una relación muy tradicional donde el elemento femenino se encargaba de los asuntos domésticos. Los hombres ancianos tienen más dificultad que las mujeres en adaptarse a una vida en solitario después de la muerte de su pareja; ya que por lo general su dependencia doméstica es más acentuada. Esta dependencia incluye el cuidado de sí mismo en muchos aspectos de la vida doméstica cotidiana, que en adelante deberá ser asumido por ellos mismos: horario de comidas, horario de medicinas, visitas al médico, higiene de la morada, arreglo de la ropa, compras de

viveres, etc. Aunque no es una regla, es más común que las mujeres ancianas viudas que viven solas sobrevivan más tiempo a diferencia de los hombres ancianos viudos que viven solos.

Fui viuda estando mis hijos casi niños, los levanté yo sola. Al crecer mis hijos la hija se casó e hizo su vida en el exterior, el hijo varón murió en un accidente, me quedé sola en este apartamento donde están los objetos de mis hijos y algunas de las cosas de mi marido. Pero puedo asegurarle que tal vez ahora vivo con menos preocupaciones y angustias que cuando vivía con mi familia (entrevista realizada por el autor a Brigitte Clerin, Medellín, 2012).

Tanto en los adultos mayores del primer grupo como los del segundo se presenta un sentimiento de temor a la soledad que está relacionado con el deterioro de la salud y la pérdida de las capacidades físicas; este temor se incrementa con la constante preocupación de tener que pedir ayuda, lo que significa “molestar a la familia”. No obstante, los miedos que subyacen en el habitar a solas no son exclusivos de las personas mayores, estos conviven continuamente con los habitantes solitarios, cualquiera que sea su género o edad.

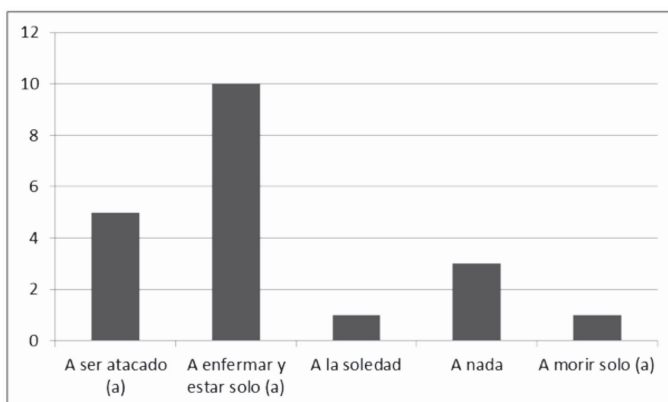
LOS TEMORES

Algunas de las preocupaciones de las personas que viven solas están relacionadas con la incertidumbre sobre la existencia o no de una red de soporte, tanto en la estructura familiar como la de los amigos, vecinos, compañeros de trabajo y de estudio. Es decir, la posible falta de apoyo de estos, y que no es exclusivamente económico, genera temor en muchas de las personas que habitan a solas pues a la no convivencia física con los otros se suma el aislamiento social, lo que se suele asociar con la invisibilización como ser y la soledad total.

Los temores también están relacionados con las formas de estigmatización con los cuales la sociedad excluye: preferencias sexuales, vejez, enfermedad y pobreza.

Además del temor a la exclusión y la total soledad también hay otros que comparten tanto hombres como mujeres, ancianos y jóvenes, uno de ellos en especial parece ser el más común, según el siguiente gráfico:

Gráfico 7. ¿A qué le teme en su habitar solitario?



Según indica el gráfico el temor más común es el de enfermarse y no contar con la ayuda de otra persona, este temor se hizo también explícito en las quince entrevistas. El ser atacado al interior de la morada es otro de los temores comunes.

Mi temor más grande es el de enfermarse de repente y que no tenga a nadie que me socorra. El otro día estaba regando una mata y me resbalé en un charco de agua que quedó en la baldosa, me caí y cuando me pare no pude evitar pensar en una situación más grave y yo aquí solo (entrevista realizada por el autor a Alexander Vélez, Medellín, 2012).

Siempre viene a mi mente un solterón que vivía solo y murió en la ducha con el agua caliente, lo encontraron prácticamente cocinado. Algunas veces que estoy en la ducha pienso en eso y me da nervios que me pase lo mismo (entrevista realizada por el autor a Emilio Bedoya, Medellín, 2012).

Otro de los temores es el de morir solo. Un entrevistado que expresó este sentimiento dijo que lo que más le preocupaba era que su cuerpo en descomposición fuera hallado por el olor. Todos los habitantes solitarios, tanto encuestados como entrevistados, manifestaron tener comunicación continua ya sea con su familia, amigos o vecinos. Esta medida trae un poco de tranquilidad, no sólo a los habitantes solitarios, sino también a los seres cercanos que los aman y se preocupan por su seguridad.

El temor de ser atacado en la misma morada es el que comparte la mayoría de la población LGBTI, y en especial los hombres gais, los cuales son vulnerables a la estigmatización. Muchos de los asesinatos, tanto pasionales como de odio, en contra de esta población se efectúan en el mismo domicilio. Los asesinos buscan en las redes sociales hombres gais que vivan solos, concretan citas con ellos y una vez en la vivienda los roban y algunas veces los asesinan.

Imágenes 37 y 38. Derecha: uno de los avisos que denuncia el asesinato de hombres homosexuales que viven solos. Izquierda: anuncio ilustrativo que da algunas recomendaciones a los gais que viven solos: que los amigos conozcan el “ligue” (amante ocasional) de la noche y le tomen una fotografía juntos; no salir con dos personas desconocidas al mismo tiempo, por ningún motivo llevar ligues a la morada.



Fuente: página de Facebook: “Están matando hombres que viven solos”.

Existe una página de Facebook titulada “Están matando hombres que viven solos” cuyo propósito es dar a conocer los crímenes de odio que se realizan cada año en Medellín y otras ciudades del mundo. Desafortunadamente, entre la población gay que vive sola existe una tendencia a llevar extraños al apartamento con fines sexuales. La página aconseja tomar las medidas pertinentes para evitar ser atacados, además denuncia los crímenes contra los gais cometidos en la morada donde habitan solitarios.

MORIR A SOLAS

En algunos países la muerte de ancianos que habitan a solas es algo común. Sin embargo, el 22 de octubre del 2012 el hallazgo del cadáver de un anciano en particular conmovió al mundo. Al norte de Francia,

en la población de Lille, un hombre nacido en 1921 fue hallado muerto en su casa después de quince años. Estaba en su cama en estado esquelético y llevaba puesta su pijama. Las autoridades explicaron que se trataba de una muerte natural; al parecer el hombre no tenía familiares cercanos ni relaciones con las personas de su barrio (“Hallado un anciano español que llevaba al menos quince años muerto en su casa en Francia”, s. f.).

Como se ha anotado, además de enfermar o accidentarse otro temor frecuente es el de morir en soledad. La visión del propio cuerpo inerte hallado por el olor putrefacto o después de varios años es una visión que casi ningún habitante solitario desea proyectar en su mente. En las sociedades de occidente la vejez, la enfermedad, los moribundos y la muerte están relacionados de un modo u otro con la soledad. Algunos ancianos son aislados en asilos o viven solos hasta su muerte. Los enfermos de extrañas y graves enfermedades son separados de otros, los moribundos son alejados del resto de los enfermos, los cuerpos de los muertos son convertidos en cenizas en pocas horas y de esta forma la visita a los panteones y tumbas se hace innecesaria. Si se prescindió de la compañía en vida, después de la muerte la soledad se convierte en olvido.

Dondequiera que se ponga el acento, este motivo vivencial de la muerte en solitario aparece en la Edad Moderna con mucha mayor frecuencia que en cualquier otra época anterior. [...] El especial acento que recibe en la era moderna la idea de que al morir estamos solos se corresponde con el mayor acento que también recibe en este período la sensación de que estamos solos en la vida (Elias, 2011, pp. 97-98).

Soledad y muerte dialogan continuamente. Es incierto saber en cuál de esos diálogos se pacta una partida definitiva que anula la vida del habitante solitario. Incluso, la mayoría de suicidios se cometen cuando las personas se encuentran a solas o son estas quienes buscan la soledad para su autoeliminación. Soledad y muerte tienen estrechos lazos desde tiempos inmemoriales. Los actos de autoagresión contra el cuerpo, como cortarse con cuchillas o navajas, se comenten a solas; las personas que padecen desórdenes alimenticios como la bulimia se inducen el vómito a solas. Por último, es bueno advertir que no es aconsejable que las personas depresivas, con desórdenes alimenticios, tendencias suicidas, con problemas de drogadicción o alcoholismo vivan solas; a menos que posean una férrea voluntad y se encuentren en un proceso voluntario de recuperación; proceso que debe ser monitoreado por los

allegados y la ayuda de un especialista. Como ya se ha escrito, vivir a solas requiere de todo el concurso de las capacidades físicas y mentales si se quiere tener una vida sana y productiva, o al menos tranquila.

Lo anterior para señalar que la muerte en solitario tampoco es exclusiva de ancianos; de hecho, algunas celebridades jóvenes han muerto a solas. La mala alimentación, la falta de ejercicio físico, la poca atención que se le presta a los problemas relacionados con la salud y en especial marcadas tendencias a la depresión, el tabaquismo, el alcoholismo y la drogadicción son algunas de las causas que pueden ocasionar la muerte de los habitantes solitarios, muchas veces sin la oportunidad de recurrir a auxilios urgentes de ninguna clase. Es la muerte del habitante solitario en absoluta soledad.

Asumirse plenamente como un habitante solitario es reconocer también la probabilidad de morir a solas. Se apaga abruptamente la luz en el espacio interior del ser habitado y los objetos que permanecen en la morada observan mudos el ocaso del cuerpo soberano que los manipulaba constantemente. Mientras hubo luz en el espacio interior existieron o no alternativas de elegir cómo habitar la vida. La sutil poética de la muerte decide finalmente cómo y cuándo consumir sin retorno los ritmos y rituales domésticos de las soledades humanas.

REFLEXIONES FINALES EN TORNO AL HABITAR SOLITARIO

Habitantes solitarios

Existen realidades de vida muy distintas entre los habitantes que pueblan una ciudad como Medellín, lo cual implica que las formas de habitar no son homogéneas y que las maneras de construir hábitat tampoco. Incluso, cuando se piensa en las personas que habitan a solas, estas tampoco pueden homogenizarse como un tipo específico de habitantes ya que las memorias, condiciones y circunstancias de vida de cada ser difieren unas de otras.

Se empieza a ser habitante en el momento mismo que se tiene conciencia de un espacio interior en el cual se halla la inmensidad de la propia vida. Es desde allí, desde ese espacio interior, donde se encuentran los insumos de primera mano para la construcción del hábitat doméstico que se sueña. No obstante, las situaciones externas afectan la forma como se construye ese hábitat doméstico desde la soledad. Sin embargo, a diferencia de quienes viven en compañía, los habitantes solitarios pueden moldear con mayor libertad el hábitat doméstico de sus sueños.

La libertad debe ser considerada elemento constitutivo en la construcción del hábitat, ya que sólo a través de ella se puede dar voz y presencia a las palabras y los pensamientos que habitan el espacio interior de cada ser. Sólo cuando se posee la libertad de ser y decir lo que se anhela y lo que verdaderamente se es, es cuando se construye realmente el hábitat de los sueños propios y no el de las agencias vivendistas mercantiles, ni el de los discursos esquemáticos incapaces de escapar de la retícula medible con la cual se intenta cuadrar el significado de ser habitante.

El hábitat como campo de conocimiento debe procurar indagar sobre las particularidades, las expresiones y la inclusión de las subjetividades del ser constituyéndose desde lo heterogéneo y lo diverso; sólo así se incluirá la libertad como elemento base en la creación del hábitat, ya que desde la libertad se eligen y se expresan los elementos para habitar y ser habitante.

La libertad como elemento constitutivo del hábitat habla el lenguaje de la poética, ya que es a través de este lenguaje que las personas pueden develar su espacio interior. Sólo habita realmente este mundo quien encuentra su propia poética, pues a través de ella los seres descubren las palabras y acciones precisas para contar su propia versión de la vida.

El hábitat comprendido como concepto que se empieza a construir desde el espacio interior de cada ser no se agota en los espacios físicos del afuera, pues la construcción del hábitat además de iniciarse en lo inefable de cada persona se materializa también en las prácticas, en los hábitos, en las preferencias al habitar, y desde la historia de vida de cada quien.

A lo largo de la historia los habitantes solitarios han sido percibidos y representados como seres al margen de una sociedad que privilegia la vida en conjunto. El convento, la vida monástica y el celibato fueron durante la colonia y buena parte del siglo xix una manera de escapar a la mirada peyorativa y juzgadora de una sociedad que sospechaba de aquellos que no pertenecieran a alguna “casa”; es decir, a una familia con la cual convivieran. El nuevo orden de la modernidad a principios del siglo xx convocó a las multitudes en torno a la urbe industrializada, y creó también sus propias normas en las cuales los habitantes solitarios no encontraron una representación que les diera un nombre en común, para dejar por fuera un gran conjunto de realidades y expectativas referidas a las diversas formas de habitar de los grupos y los individuos.

Los hombres y mujeres que habitan a solas fueron asociados al fracaso y a la tristeza, pero también a lo maligno y la rebeldía. Se sospechó de su conducta moral, aunque en algunos casos también se les asoció a los sabios, a los líderes espirituales y a los anacoretas. Sólo a finales del siglo xx los habitantes solitarios empezaron a tener relevancia como seres reales, con necesidades, ambiciones y preocupaciones comunes y similares de las de aquellos que viven en compañía. Precisamente, a finales del siglo xx la economía global les da el apelativo de “independientes” y los lleva a hacer parte de un nuevo orden laboral contemporáneo, donde la soltería y el apartamento unipersonal se convierten en garantía de éxito.

No obstante, no se debe generalizar, ya que el ser independiente y exitoso sólo está relacionado y dirigido a determinados niveles educativos, sociales, sexuales y generacionales. Es decir, aquel éxito del ser solitario e independiente es igualmente la suma de dos o más condiciones relacionadas con los estudios, el nivel social, las preferencias sexuales y la edad. De esta forma, por ejemplo, un habitante solitario que no posea un buen nivel educativo, pertenezca a un estrato social bajo, practique una sexualidad “por fuera del orden regular” y tenga una edad avanzada, no posee las condiciones necesarias requeridas para que la sociedad lo considere digno de ser un habitante solitario independiente y, por lo tanto, exitoso.

Respondiendo a uno de los objetivos secundarios del presente trabajo, que indagaba por las percepciones y representaciones sobre el habitante solitario, se puede afirmar entonces que estas han cambia-

do en el tiempo pues dependen especialmente de factores económicos, sociales y políticos, pero que aún subsisten antiguas representaciones asociadas con el temor al aislamiento de los individuos y que en determinados contextos sociales y culturales las personas que habitan a solas no dejan de ser el blanco de especulación sobre su sexualidad, creencias y prácticas, que son miradas con recelo. En estos contextos, el quehacer doméstico de los habitantes solitarios genera interrogantes, se teme al habitante solitario porque sus actividades permanecen ocultas a otros que comparten esas actividades, ya sea censurándolas o aprobándolas.

En la actualidad muchas personas asocian el habitar a solas como una marca de distinción relacionada al éxito laboral y económico. Quienes observan a las personas que habitan a solas y desean habitar de igual manera perciben al habitante solitario como una persona autónoma e independiente, cuya máxima virtud en su forma de habitar es encontrarse fuera del conflicto y la problemática a la que conllevan la convivencia diaria. Sin embargo, son diferentes las circunstancias y realidades entre quienes poseen la convicción, el deseo y los recursos necesarios para ser un habitante solitario frente a quienes, por motivos ajenos a los deseos propios, deben afrontar la soledad como única manera de establecer un hábitat doméstico.

Otro de los interrogantes que hace parte de los objetivos secundarios se pregunta por la autopercepción de los habitantes solitarios sobre sí mismos y su forma de habitar. Esta respuesta está mediada por varios factores, uno de ellos apunta hacia los temores relacionados en su mayor parte por la salud y la situación económica, de la cual depende la subsistencia, ya que se teme perder la independencia de la cual se goza, como también se teme a la pérdida de las relaciones con otras personas que en determinados momentos puedan servir de apoyo, el cual no necesariamente ha de ser económico. A diferencia de lo que comúnmente se piensa los habitantes solitarios suelen tener una vida social más activa que aquellas personas que viven en compañía.

Esta autopercepción sobre el habitar a solas es más fuerte en momentos de crisis desencadenados por diferentes motivos, ya que se hace inevitable la comparación de quienes afrontan estas crisis en compañía y la forma como se hace en soledad. Los habitantes solitarios que han afrontado crisis en todos los niveles y las han superado suelen fortalecer su carácter de independencia y desarrollar aún más la autonomía sobre su forma de habitar, de construir hábitat de una manera única y personal, por lo cual su morada pasa a convertirse en el centro de sus existencias a partir del cual organizan el universo de sus vidas fundado en su espacio interior. Esto quiere decir que muchos de los habitantes solitarios, a pesar de percibirse vulnerables en sus temores, también se

descubren con carácter y fortaleza para afrontar situaciones difíciles. El superar dichas situaciones fortalece su tenacidad como habitantes con capacidad de establecer un hábitat doméstico propio, desde donde irradian su luz.

Los avances tecnológicos, especialmente en el campo de la comunicación, han aportado nuevas aristas a la forma de pensar la soledad y, de forma especial, a las maneras de habitar a solas, ya que la constante comunicación con los otros a través de los dispositivos tecnológicos ha hecho del habitar a solas una experiencia que puede llegar a ser compartida con otros. Incluso, la utilización de estos dispositivos se ha incorporado a la vida doméstica cotidiana del habitante solitario. La ausencia física de los otros sigue constituyéndose en factor determinante en la experiencia de vivir a solas.

En el aspecto del derecho a la vivienda, como personas solas que conforman un hogar unipersonal, en Colombia los habitantes solitarios aún no han escrito su primera página pues son más susceptibles a la vulneración de sus derechos. En la actualidad, la vivienda de interés social para personas solas como derecho no tiene la relevancia que merece, en la medida que tanto las nuevas formas laborales y las búsquedas existenciales contemporáneas, así como la violencia y el desplazamiento rural y urbano, han contribuido a la formación de un gran número de hogares unipersonales. En ello se destacan aquellas personas que deben llevar una vida en solitario debido a circunstancias adversas que cambiaron de manera traumática el curso de sus existencias. Cuando a estos eventos trágicos se les suma la soledad, los individuos son doblemente susceptibles de ser ignorados y vulnerados.

Cuando se examina la publicidad para promocionar la venta de casas o apartamentos y se observan sólo familias nucleares sanas, bellas y sonrientes, se evidencia la negación de la diversidad de hábitats domésticos que componen ese collage de habitantes en la ciudad. Estos anuncios suelen responder a modelos cuyos ideales ignoran a grandes sectores de la sociedad los cuales no constituyen precisamente minorías.

El objetivo principal de explorar cómo se da el hábitat en lo doméstico desde el habitar solitario encontró una respuesta en la cual se identificaron condicionantes frente a múltiples factores, por ejemplo, cómo en el campo doméstico han prevalecido patrones sociales de dominio femenino, así como esquemas culturales donde la organización económica relegaba a las mujeres a los espacios cerrados, lo que paradójicamente ha privado a los hombres de la poética y el gusto por los quehaceres del hogar. Privación que desencadenó finalmente en la dependencia del hombre hacia las mujeres con respecto al cuidado de sí mismos, a la preparación de sus propios alimentos, su arreglo personal e incluso en cuestiones relacionadas con la salud, ya que a la mujer se

le encomendó el cuidado del esposo y los hijos para ser la moldeadora del hogar y enfermera de su familia, entre otros oficios.

No se ha llegado a pensar la vida doméstica como lo que realmente es; es decir, técnicas de sobrevivencia con las cuales se habita, se fortalece, se poetiza y se complace la existencia. Cocinar, limpiar, adecuar, decorar son asuntos relacionados con la práctica del ser poético que no sólo le compete al género femenino, sino a los sentidos internos de ese ser poético, sea hombre o mujer y que necesariamente necesita sus propias palabras.

No obstante, en términos generales, en la construcción de su hábitat doméstico los habitantes solitarios asumen ambos roles de género socialmente señalados, ya que afrontan las responsabilidades de tipo económico de su morada e igualmente asumen los roles de cuidado y rituales domésticos del diario vivir. La forma como el habitante solitario se adjudica los rituales domésticos está condicionada por su memoria de vida, así como por su memoria ancestral en la cual está inmersa su cultura. El espacio interior de un habitante solitario suele recrearse a su manera en la forma como adecúa, decora y sigue los rituales y ritmos del diario vivir; así, la morada de un habitante solitario es el reflejo de sí mismo, de su historia y de su espacio interior. Finalmente, en este punto, hay que anotar que el universo doméstico lleva implícito un trazo político y existencial que se hace evidente en la forma como cada quien vive.

Habitar a solas es un acto que implica madurez como persona, sentido de responsabilidad por el cuerpo y el espacio que se habita, además valentía y sensatez para afrontar momentos difíciles en los cuales las soluciones dependen de la decisión única de quien habita a solas en su morada. Se requiere de todo el concurso vital del cuerpo y la mente para velar y satisfacer las propias necesidades básicas que se presentan en la cotidianidad del hogar.

Los temores se complacen y fortalecen en soledad. El habitar a solas conlleva un temor distinto que nace en ese espacio interior en el cual habitan los recuerdos y las visiones más oscuras en la vida de cada quien. Por último, la muerte puede llegar a apagar esas visiones y esos recuerdos en el momento de la más íntima soledad. Sólo entonces ese espacio interior donde se constituyó la vida como habitante y desde donde se encontró la libertad como elemento base en la construcción del hábitat doméstico se cierra y se apaga definitivamente, y hace que el acto de morir en soledad sea la acción concluyente de un cuerpo único que fue libre y ungido de soledad, tanto en la vida como en la muerte.

Ser habitante solitario no significa no depender de nadie, ya que la mayoría de los seres tienen vínculos con la familia, los vecinos y amigos. Cuando se carece de estos vínculos por diferentes circunstancias

el Estado y los estamentos sociales deben acoger al individuo y proporcionarle las garantías mínimas para la reconstrucción de sus derechos como ciudadano y deben propiciar los elementos necesarios para la restitución o construcción de un hábitat doméstico sano. La vivienda de interés social o prioritario debe ser extensiva también a las múltiples formas de la soledad. Se deben elaborar políticas públicas que se ocupen de ciertos sectores de la población, que no están cobijados por ningún programa o política del Estado y que no cuenten con nadie; es decir, aquellos solitarios de solemnidad, que no son pocos.

La pugna por los derechos sexuales, reproductivos, existenciales y, en general, por la manifestación de las subjetividades de las nuevas generaciones ha desembocado en hechos sociales de gran trascendencia que propician un nuevo ordenamiento social y político. No sólo Colombia, sino Latinoamérica, experimenta en la actualidad nuevas articulaciones y conformaciones en la familia tradicional, entre las cuales se encuentran las distintas maneras de configurar los hogares unipersonales. Lo anterior también se asocia a un cambio en los roles de género en cuanto a la vida doméstica y el campo laboral. En este contexto, las uniones libres y la soltería cobran cada vez más vigencia como formas de estado civil, y como maneras de ser habitante, lo que reivindica de paso la heterogeneidad en las formas de construir hábitat.

Cuando se piensa en la normatividad imperante al habitar, que imponen los poderes sociales, es inevitable preguntarse si para ser habitante es necesario pasar por las etapas reguladas de la vida que se presentan como una fórmula para todos: crecer, obedecer a los padres, maestros, escuela, colegio, buscar novia o novio, profesionalizarse, trabajar, casarse, tener hijos, envejecer junto a la pareja, morir rodeado de nietos e hijos que igualmente repiten este ciclo interminable. ¿Es esa la forma como debe habitarse y llenar la existencia? ¿De qué otra manera se puede ser habitante de la vida? Las respuestas, que muchas veces la absurda vergüenza o el miedo creado impiden escuchar, se revelan constantemente en el profundo silencio de los sueños más audaces.

- ALCALDÍA de Medellín (2003). Decreto 0867. Recuperado de <https://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/wpccontent/Sites/Subportal%20del%20Ciudadano/Plan%20de%20Desarrollo/Secciones/Informaci%C3%B3n%20General/Documentos/vivienda/documentos/Decreto%20867%20de%202003.pdf>
- ALCALDÍA de Medellín (2010). Decreto 1262. Recuperado de <https://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/wpccontent/Sites/Subportal%20del%20Ciudadano/Nuestro%20Gobierno/Secciones/Publicaciones/Documentos/Gaceta%20Oficial/2010/Gaceta%203721/DECRETO%201262%20DE%202010.pdf>
- ARANGO, G. (1993). *La mentalidad religiosa en Antioquia: prácticas y discursos, 1828-1885*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Facultad de Ciencias Humanas.
- ARANGO, L. G. (1991). *Mujer, religión e industria, Fabricato 1923-1982*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia
- BACHELARD, G. (2010). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BAUDELAIRE, C. (1996). *Poemas en prosa*. Bogotá: El Áncora.
- BÉJAR, H. (1995). *El ámbito íntimo: privacidad, individualismo y modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- BOLLNOW, O. (1993). El hombre y su casa. *Revista Camacol*, 16(3), 76-92.
- CARDONA, A. (2010). *Confesión a Laura*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- COLLINS, D. y Metzler, D. (2003). *Queer Eye [telerrealidad]*. Estados Unidos: Scout Productions.
- CORREA, G. (2007). *Del rincón y la culpa al cuarto oscuro de las pasiones: formas de habitar la ciudad desde las sexualidades por fuera del orden regular*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Facultad de arquitectura, CEHAP.
- DE CERTAU, M. (1999). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- DEPARTAMENTO Administrativo Nacional de Estadística (DANE) (2005). Censo General 2005. Recuperado de <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/censo-general-2005-1>

- DERESIEWICZ, W. (2010). El fin de la soledad. *Revista El Malpensante*, 105, 21-27.
- ECHEVERRÍA, M. C. (2009). Hábitat: concepto, campo y trama de vida. En *¿Qué es el hábitat? Las preguntas por el hábitat* (pp. 15-85). Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Facultad de arquitectura, CEHAP.
- ELIAS, N. (2011). *La soledad de los moribundos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FALK, F. (2007) *Yo sola, el arte de aprender a disfrutar de la soledad*. Bogotá: Editorial Norma.
- FERNÁNDEZ, B., David, L. y Romero, A. (2002). Estudio multidimensional de representaciones sociales: el caso de los colectivos agropecuarios. *Utopía y Praxis*, 7(17), 37-51.
- FRANCO, J. (1994). *Hildebrando*. Medellín: Bedout.
- GARCÉS, A. (1992). *Imágenes femenino-masculinas en el espacio de Medellín 1900-1930* (tesis de pregrado). Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Colombia.
- GARCÉS, A. (2004). *De-venir hombre... mujer: paso de la Villa de la Candelaria a la ciudad de Medellín 1900-1940*. Medellín: Editorial Universidad de Medellín.
- GARCÍA, G. (2001). *Cien años de soledad*. Bogotá: Editorial Norma.
- GARRIDO, M. (1996). La vida cotidiana y pública en las ciudades coloniales. En B. Castro (comp.) *Historia de la vida cotidiana en Colombia* (pp. 131-159). Bogotá: Editorial Norma.
- GÓMEZ, R. (director) y Segoviano, E. (productor) (1971-1980). *El Chavo del ocho* [serie de televisión] México: Televisión Independiente de México.
- GÓMEZ, L. M. (2008). *Tres ideas de lo moderno en la concepción del hogar: Bogotá, años cincuenta*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia
- GROENING, M. (1989). *Los Simpson* [serie de televisión]. Estados Unidos: Gracie Films, 20th Century Fox.
- HALLADO un anciano español que llevaba al menos quince años muerto en su casa en Francia (s. f.). Recuperado de <http://www.lagacetadesalamanca.es/ocio-gente/2012/10/20/hallado-anciano-espanol-llevaba-15-anos-muerto-casa-francia/75423.html>
- HEIDEGGER, M. (1989). Construir, morar, pensar. *Revista Camacol*, 12(39), 144-154.
- JÆGGI, E. (1995). *Vivir a solas, una opción moderna*. Barcelona: Herder.
- JARAMILLO, A. (1995). Industria, proletariado, mujeres y religión. Mujeres obreras, empresarios e industrias en la primera mitad del siglo xx en Antioquia. En *Las mujeres en la historia de Colombia*, tomo II. Bogotá: Editorial Norma.

- JARAMILLO, A. (1988). *Algunas lógicas de diferenciación social en la Villa de Nuestra señora de La Candelaria de Medellín 1750-1800* (tesis de pregrado). Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Colombia.
- KLINENBERG, E. (2012). El objetivo es vivir solo, no en soledad. *El espectador*, 10-11.
- LEROI-GOURHAN, A. (1971). *El gesto y la palabra*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca Central de Venezuela.
- LONDOÑO, A. (2007). *El cuerpo limpio, higiene corporal en Medellín 1880-1950*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- LÓPEZ, J. (2005). *Personas mayores viviendo solas, la autonomía en alza*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Laborales.
- LO QUE ELLAS QUIEREN (1905). *El Colombiano* [archivo del periódico en la ciudad de Medellín].
- MANN, T. (1985). *La muerte en Venecia*. Bogotá: Seix Barral.
- MENDOZA, M. (2010). *La locura de nuestro tiempo*. Bogotá: Seix Barral.
- METROSEXUAL (2016). Recuperado de <http://es.wikipedia.org/wiki/Metrosexual>
- PAYNE, C. (1986). Crecimiento y cambio social en Medellín 1900-1930. *Revista de Estudios Sociales FAES*, 1(1), 130-138.
- PAZ, O. (2007). *El laberinto de la soledad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- PERROT, M. (1989). Al margen: célibes y solitarios. En *Historia de la vida privada. De la revolución francesa a la Primera Guerra Mundial* (pp. 293-310). Madrid: Taurus.
- PRECIADO, B. (2010). *Pornotopía: arquitectura y sexualidad en "Playboy" durante la guerra fría*. Barcelona: Anagrama.
- PEZEU-Massabuau, J. (1988). *La vivienda como espacio social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- QUINTERO, A. (2007). *Diccionario especializado en familia y género*. Buenos Aires: Lumen.
- QUINTERO, G. (1999). *Los modelos femeninos en Medellín 1950-1975* (tesis de maestría). Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Colombia.
- REYES, C. y González, L. (1996). La vida doméstica en las ciudades republicanas. En B. Castro (comp.). *Historia de la vida cotidiana en Colombia* (pp. 205-241). Bogotá: Editorial Norma.
- RODRÍGUEZ, P. (1996). Casa y orden cotidiano en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII. En B. Castro (comp.). *Historia de la vida cotidiana en Colombia* (pp. 103-131). Bogotá: Editorial Norma.
- RODRÍGUEZ, P. (1997). *Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII*. Bogotá: Ariel.
- "SÍNDROME de Diógenes" (s. f.). Recuperado de <http://www.lineaysalud.com/tercera-edad/154-el-sindrome-de-diogenes.html>

- URIBE, P. (2010). Los hogares unipersonales: nueva tendencia en la estructura familiar. *Tendencias y Retos*, 15, 57-67.
- ZAPEO (2013). Recuperado de <https://es.wikipedia.org/wiki/Zapeo>
- ZULETA de, P. (1996). La vida cotidiana en los conventos de mujeres. En B. Castro (comp.). *Historia de la vida cotidiana en Colombia* (pp. 421-445). Bogotá: Editorial Norma.

Juan Fernando Hernández/

Habitantes solitarios.

Poéticas del habitar en la vida doméstica

se terminó de imprimir en noviembre de 2019.

Impreso y hecho en Medellín, Colombia por la

Sección de Publicaciones, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

Para su elaboración se utilizó propalbeige de 75 g,

en páginas interiores, y Propalcote 250 g para la carátula.

Las fuentes tipográficas empleadas son GoudySans Lt BT y

GoudySans Md BT 10,6 puntos, para texto corrido y

SerpentineDBol 14 puntos en títulos.